F. L. CORNELY

# CULTURA DIAGUITA CHILENA Y CULTURA DE EL MOLLE

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.



BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO DE CHILE
COLLECTIO MEDINENSIS

[illegible]
[illegible] EN QUE SE ENCUENTRA
[illegible] DE ESTA OBRA
[illegible] DEL VOLUMEN

Bs. 11
71
38

AAF1319

1.–Diaguita

Es propiedad. Derechos reservados para todos los países de habla española. Inscripción Nº 18279. Copyright by Editorial Del Pacífico S. A., Ahumada 57, Casilla 3126, Santiago de Chile, 1956.

IMPRESO Y HECHO EN CHILE
PRINTED AND MADE IN CHILE
EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.
IMPRESORES
178

F. L. CORNELY

# CULTURA DIAGUITA
# Y
# CULTURA DE EL MOLLE

F. L. CORNELY
Director del Museo Arqueológico de La Serena

# CULTURA DIAGUITA CHILENA
# Y
# CULTURA DE EL MOLLE

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.
SANTIAGO DE CHILE

# *NOTA DEL EDITOR*

*La "Cultura Diaguita Chilena" se publicó por primera vez en la Revista* Chilena de Historia Natural, *tomo LI-LIII, págs. 119-262. La corta tirada, aparte de 50 ejemplares que recibió el autor, la repartió éste entre los arqueólogos, investigadores y museos, especialmente del extranjero, y los institutos nacionales relacionados con las investigaciones prehistóricas.*

*La presente edición, destinada a un público más amplio, transcribe aquélla revisada y ampliada.*

*"La Cultura de El Molle", que va en la segunda parte de este libro, fue impresa por el Museo Arqueológico de La Serena para los museos e institutos científicos del país y del extranjero. De ella se hicieron 500 ejemplares, hoy virtualmente agotados.*

*En la presente edición, "La Cultura de El Molle" no sólo ha sido revisada sino que se le han agregado nuevos capítulos. Estos corresponden a los últimos e importantes hallazgos que el autor de esta obra hizo en el valle de Elqui, en 1938.*

*A través de veintisiete años he mantenido íntimo contacto con todo lo relacionado con las culturas prehistóricas de las provincias de Coquimbo y Atacama. Durante este tiempo efectué innumerables excavaciones, explorando, asimismo, diversos sitios en que podían hallarse restos arqueológicos. Paralelamente, examiné miles de objetos indígenas, dejando apuntes, fotografías y dibujos de ellos. Este continuo observar y comparar terminaron por darme una idea clara sobre aquellas culturas, llamadas hoy* Cultura Diaguita Chilena.

*La presente obra intenta condensar todos esos estudios. Naturalmente, cualquier trabajo de esta índole adolece de imperfecciones. Sobre todo en este caso, en que los estudios existentes al respecto son muy pobres. A sus autores, les ha faltado en general una mayor experiencia de primera mano, ya que se han guiado principalmente por materiales de museos y colecciones privadas. Es muy distinto desenterrar personalmente —o ayudado de excavadores— las especies arqueológicas, imponiéndose de los infinitos y preciosos detalles que las rodean.*

*La mayoría de las colecciones particulares, e incluso de los museos, carecen de datos precisos acerca de aquellos hallazgos, datos tan interesantes como necesarios para el estudio de cualquier cultura. Muchas veces, ni siquiera se menciona la procedencia de los restos allí clasificados.*

*No pretendo, sin embargo, que esta obra agote el tema.*

*Sólo aseguro que ella expone todo lo que hasta hoy he podido comprobar sobre la materia, sin que me haya adentrado por estos en más especulaciones de las que se desprenden por sí mismas.*

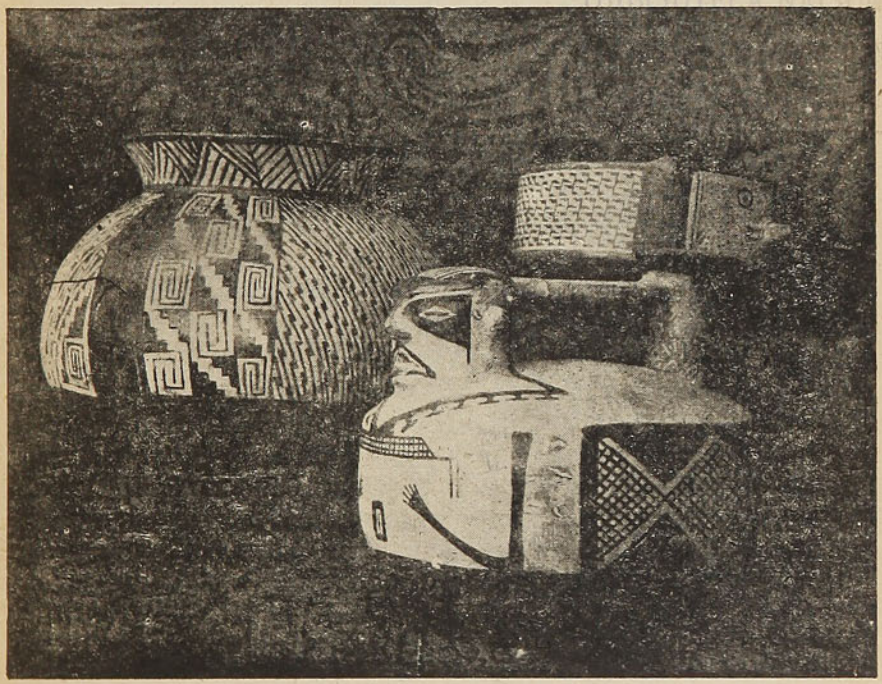
*Espero, de este modo, dar un paso más en el estudio de las culturas prehistóricas de América, especialmente de Chile, donde quedan al respecto muchos vacíos por llenar.*

*F. L. Cornely.*

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

# LIBRO PRIMERO

## LA CULTURA DIAGUITA CHILENA



# CAPITULO I

## PREHISTORIA DEL TERRITORIO DIAGUITA CHILENO

Los españoles encontraron en América cuatro culturas adelantadas: dos florescientes, la del Imperio de los Aztecas en México y el Imperio de los Incas en el Perú. Otra cultura, la de los Mayas en Centro América estaba en plena decadencia y de la cuarta encontraron sólo sus restos arqueológicos: los grandiosos monumentos de piedra labrada de Tiahuanaco, cuyos orígenes se pierden en las brumas de un misterioso pasado, hasta ahora inescrutable.

Fuera de estas culturas adelantadas existían otras culturas de mediano desarrollo, como la de los Chibchas en Colombia, la de los Diaguitas en el Noroeste argentino y la de los Atacamas y de los Diaguitas-Chilenos en el Norte de Chile. Estos últimos ocuparon el territorio que forma hoy las provincias de Atacama y Coquimbo.

No podemos abarcar aún todo lo que concierne a la prehistoria de estas provincias, porque falta mucho que investigar, pero estamos en situación de conocer, a través de los estudios arqueológicos, a los pueblos que han vivido en este territorio, en tiempos prehispanos y por deducciones lógicas podemos reconstruir muchos trazos del pasado de estos pueblos que aunque no forman la prehistoria en el verdadero sentido de la palabra, pueden servir de base y quizás de esqueleto para las futuras investigaciones.

Los historiadores españoles casi no mencionan a nuestros indios del Norte. Uno de los poquísimos relatos que se refie-

Como la expedición de Almagro tardara en llegar, los tres soldados resolvieron escribir carta por duplicado, imponiéndole a Almagro de todo lo que habían hecho para su expedición. Dos de ellos salieron con las cartas, quedando el tercero en el valle de Coquimbo. Calculando que la expedición de Almagro había de tomar uno de los dos únicos caminos que conducían a Chile, uno de los soldados se metió al desierto, siguiendo la vía construída por el Inca y colocó la carta en lugar donde pudiera ser vista y el otro atravesó la Cordillera y la fué a colocar en el camino a Tucumán, —esta última fué la que encontró Almagro antes de cruzar la Cordillera.

Vuelto los dos jinetes de colocar las cartas, se unieron en Copiapó y juntos siguieron a Coquimbo donde los esperaba el tercero, —pero como los meses pasaron sin que llegase la expedición que ellos habían anunciado y para la cual habían hecho acopio de víveres—, el cacique Aníen, gobernador de Coquimbo y el cacique Mercandie, creyendo haber sido burlados por los tres españoles, acordaron darles muerte, en cuyo acto tuvieron participación algunos jefes del valle de Copiapó.

Por fin, después de increíbles penurias, llegó la expedición de Almagro a Coquimbo, donde fué bien recibido por los indios y por el cacique gobernador. Almagro pudo averiguar todo lo referente a la muerte de los tres soldados españoles, pero esperó un momento propicio para vengarlos, entrando entretanto en muy buenas relaciones con los indios, de los cuales, sin embargo, desconfiaba, porque los indios peruanos que le acompañaban, le habían abandonado.

Pronto se presentó una ocasión para efectuar la venganza. Llegaron a reunírsele los destacamentos que había dejado en Copiapó y en Huasco trayendo algunos indios comprometidos en la muerte de los tres jinetes. Almagro, aparentando desentenderse del crimen ejecutado, ordenó sólo que los vigilaran.

Una noche en que los españoles se creían ya libres de temor, descubrióse una conspiración para incendiar la tienda del Adelantado, resultando culpable el cacique Mercandie y treinta indios más, entre los cuales se encontraron los que ha-

bían dado muerte a los tres jinetes Sedizo, Gutiérrez y Pérez del Río.

Tremenda fué la venganza del conquistador Almagro: ante el pabellón de Castilla erigióse en Coquimbo una pira y sin piedad alguna fueron arrojados a las llamas los treinta indios y sus caciques.

Este relato de Llovera nos demuestra que los primeros españoles que pisaron suelo chileno encontraron en Atacama y Coquimbo indios organizados que disfrutaban de bienestar, ya que fueron capaces de juntar en corto tiempo grandes cantidades de víveres y en segundo lugar nos da a entender, que en los valles de Copiapó, Huasco y Coquimbo habían gobernadores incaicos o núcleos peruanos con los cuales Sedizo pudo entenderse en el idioma quichua.

Sobre la conquista de las provincias de "Copayapu" (Copiapó) y "Cuquimpu" (Coquimbo) por los Incas, escribe Garcilaso de la Vega, en su relato sobre la conquista de Chile por el Inca Yupanqui:

"Desde Atacama envió el Inca, corredores y espías que fuesen por aquel despoblado, y descubriesen paso para Chile, y notasen las dificultades para el camino, para llevarlas prevenidas. Los descubridores fueron Incas, porque las cosas de tanta importancia, no las fiaban aquellos reyes, sino de los de su linaje, a los cuales le dieron indios de los de Atacama, y los de Tucma, (por los cuales, como atrás dijimos había alguna noticia del reino de Chili) para que los guiasen, y de dos y dos leguas fuesen y viniesen con los avisos de lo que descubriesen; porque era así menester, para que les proveyesen de lo necesario. Con esta prevención fueron los descubridores, y en su camino pasaron grandes trabajos, y dificultades por aquellos desiertos, dejando señales por donde pasaban, para no perder el camino cuando volviesen. Y también porque los que le siguiesen, supiesen por donde iban. Así fueron yendo y viniendo como hormigas, trayendo relación de lo descubierto, y llevando bastimiento, que era lo que más habían de menester. Con esta diligencia, y trabajo horadaron ochenta leguas de despoblado, que hay desde Atacama a Copayapu, *que es una provincia pequeña, aunque bien poblada, rodeada de largos y anchos desiertos;* porque para pasar adelante hasta Cuquimpu, hay otras ochenta leguas de despoblado. Habiendo llegado los descubridores a Co-

payapu, y alcanzado la noticia que pudieron haber de la provincia por vista de ojos volvieron con toda diligencia, a dar cuenta al Inca de lo que habían visto. Conforme a la relación, mandó el Inca apercibir diez mil hombres de guerra, los cuales envió por la orden acostumbrada con un general, llamado Sinchiruca, y dos Maeses de Campo de su linaje, que no saben los indios decir como se llamaban. Mandó que les llevasen mucho bastimento, en lugar de cornaje; porque es muy buena carne de comer". bastimento, en lugar de carnaje; porque es muy buena carne de comer".

"Luego que Inca Yupanqui hubo despachado los diez mil hombres de guerra mandó apercibir otros tantos, y por la misma orden los envió en pos de los primeros, para que a los amigos fuesen de socorro, y a los enemigos de terror, y asombro. Los primeros, habiendo llegado cerca de Copayapu, enviaron mensajeros, según la antigua costumbre de los Incas, diciendo se rindiesen y sujetasen al hijo del Sol, que iba a darles nueva religión, nuevas leyes y costumbres, en que viviesen como hombres y no como brutos. Donde no, que se apercibiesen a las armas; porque por fuerza o de grado habían de obedecer al Inca, señor de las cuatro partes del mundo. Los de Copayapu se alteraron con el mensaje y tomaron las armas: y se pusieron a resistir la entrada de sus tierras; donde hubo algunos recuentros de escaramuzas, peleas ligeras; porque los unos y los otros andaban tentando las fuerzas, y el ánimo ajeno. Y los Incas, en cumplimiento de lo que su rey les había mandado, no querían romper la guerra a fuego y a sangre, sino contemporizar con los enemigos a que se rindiesen por bien. Los cuales estaban perplejos en defenderse; por una parte los atemorizaba la Deidad del hijo del Sol, pareciéndoles que habían de caer en alguna gran maldición suya, si no recibían por señor a su hijo. Por otra parte los animaba el deseo de mantener su libertad antigua, y el amor de sus dioses, que no quisieran novedades, si no vivir como sus pasados".

"En estas confusiones los halló el segundo ejército, que iba en socorro del primero, con cuya vista se rindieron los de Copayapu, pareciéndoles que no podrían resistir a tanta gente, y así capitularon con los Incas lo mejor que supieron, las cosas que habían de recibir, y dejar en su idolatría. De todo lo cual dieron aviso al Inca; el cual holgó mucho de tener camino abierto, y tan buen principio hecho en la conquista de Chili: que por ser un reino tan grande, y tan apartado de su Imperio, temía el Inca el poderlo sujetar. Y así estimó en mu-

(*) Llamas.

cho que la provincia de Copayapu quedase por suya por vía de paz y concierto, y no de guerra, y sangre. Y siguiendo su buena fortuna, habiéndose informado de la disposición de aquel reino, mandó apercibir luego otros diez mil hombres de guerra, y proveídos de todo lo necesario, los envió en socorro de los ejércitos pasados. Mandándoles que pasasen adelante en la conquista y con toda diligencia pidiesen lo que hubiesen menester. Los Incas con el nuevo socorro, y mandato de su rey pasaron adelante otras ochenta leguas, y después de haber vencido muchos trabajos en aquel largo camino, *llegaron a otro valle, o provincia que llaman Cuquimpu; la cual sujetaron*. Y no sabemos decir si tuvieron batallas, o recuentros; porque los indios del Perú por haber sido la conquista en reino extraño, y tan lejos de los suyos, no saben en particular los trances, que pasaron, mas de que sujetaron los Incas aquel valle de Cuquimpu. De allí pasaron adelante conquistando todas las naciones, que hay en el valle de Chili, del cual toma nombre todo el reino llamado Chili. En todo el tiempo que duró aquella conquista, que según dicen fueron más de seis años, el Inca siempre tuvo particular cuidado de socorrer los suyos con gente, armas y vestimento, vestido y calzado, que no les faltase cosa alguna; porque bien entendía cuanto importaba a su honra, y su majestad, que los suyos no volviesen un pie atrás. Por lo cual vino a tener en Chili más de cincuenta mil hombres de guerra, tan bien bastecidos de todo lo necesario, como si estuvieran en la ciudad del Cuzco".

## El historiador Cobo atribuye a Tupa Inca Yupanqui el conocimiento y dominio de Chile.

"Y teniendo noticia de las grandes provincias de Chile, Tupa Inca Yupanqui, hizo abrir camino para ellas por la provincia de los Lipes, que era la última de su reino; y envió para conquistarlas un ejército de más de doscientos mil soldados; y él se volvió al Cuzco. Los indios chilenos si bien se aventajaban a los peruanos en ser más fuertes y briosos, con todo eso, por vivir como vivían en behetrías, sin cabeza ni caudillo que los rigiese y confederase, no pudieron resistir a la multitud de los del Inca, y así fueron vencidos dellos los habitantes del Huasco y Coquimbo con los otros valles marítimos hasta el de Mapocho donde se habían convocado muchos de chilenos, entre los cuales se encontraban los valientes Araucanos, que llamados los de Mapocho, habían venido en su ayuda. Trabóse una muy sangrienta batalla entre los unos y los otros y en

lo más recio de ella les llegó socorro a los del Inca que fué causa desmayasen los chilenos y que los del Inca quedasen victoriosos".

Uno de los últimos cronistas de Chile, Carvallo y Goyeneche, dice sobre este punto:

"En 1425 envió Tupac Yupanqui para esta empresa al general Sinchiruca, con un ejército de 50.000 hombres, dividido en cinco columnas.

"La primera entró por el despoblado, quitó impedimentos, allanó dificultades, previno aguajes y puso valizas para las demás que debían seguirla. Penetró Sinchiruca hasta las inmediaciones de Copiapó, y atacado por los chilenos, se mantuvo en la defensiva sin hostilizar el país.

"Los Copiapenses persuadidos de que aquellas tropas eran contra su amada libertad, repitieron sus avances, pero los peruanos se propusieron ganarlos con suavidad, dándoles con esa conducta una justa idea de la moderación de su gobierno".

"No trabajaron mucho para suavizar a los copiapinos: *es gente de natural bondad y buena índole,* y sin llegar a las armas, se rindieron a la política de aquéllos. Con moderación y sin estrépido, introdujeron los peruanos su gobierno en aquellos primeros chilenos, y por mediación de éstos se fueron abriendo paso hasta el río Cachapoal".

Nuestras investigaciones arqueológicas nos han permitido determinar los puntos de asiento de esos gobernadores peruanos en Copiapó y en el valle de Coquimbo, donde hemos podido localizar dos cementerios incásicos cerca de Altovalsol (valle de Elqui), lugar que probablemente ha sido el escenario de lo relatado por Llovera.

Ahora, ¿quiénes eran estos indios?

Felizmente los antiguos pobladores de Coquimbo y Atacama nos han dejado las muestras de sus adelantos culturales en múltiples objetos arqueológicos que constituyen su ajuar funerario, especialmente en su alfarería artísticamente dibujada, que es sin duda la más hermosa que se ha encontrado en suelo chileno, esta alfarería es, por su decoración a base de dibujos geometrizantes, aplicados con maestría y arte a sus tiestos de greda —única en su clase.

Conocían estos indios la metalurgía, tuvieron herramientas y artefactos de cobre y de bronce —a lo lejos encontramos también algún adorno de oro y de plata, tallaron en hueso y

ren a los indios de Coquimbo y Atacama es el de Mariño de Llovera, que cuenta cómo los tres primeros españoles llegaron al valle de Coquimbo. Este relato proyecta cierta luz sobre el estado en que se encontraron los indios de esta región a la llegada de los españoles, por eso voy a destacar de él lo más importante, como una especie de introducción.

En 1535, tres intrépidos españoles: Juan Sedizo, Antonio Gutiérrez y Diego Pérez del Río recibieron orden de su cuartel general en Cuzco de ir a Tupiza (Bolivia), para interceptar el convoy del tributo, que los indios de Chile tenían que mandar ese año al Inca. La expedición de Almagro ya estaba en preparación y se quería evitar que el tributo cayera en manos de los antiguos amos del Perú.

Como los tres españoles no encontraron en su trayecto el convoy con el tributo, se dejaron conducir por pérfidos guías, de seguir a Chile por el despoblado de Atacama, llegando al valle de Copiapó, después de las consiguientes penurias sufridas en el desierto, cuya extensión calculaban en 120 leguas.

Aquí fueron bien recibidos y atendidos y uno de ellos, Juan de Sedizo, que hacía de cabo y que se había hecho muy práctico en la lengua quichua, dió a los habitantes noticias de los sucesos del Perú y de la próxima marcha de la expedición de Almagro hacia este país.

De aquí hicieron lo mismo en el valle del Huasco y en seguida en el de Coquimbo.

Las noticias de que eran portadores estos hombres tan extraños para los indios hicieron creer a éstos, que los españoles venían animados para ayudarles y librarlos del tributo del Inca, tanto más que les dijeron que en la expedición que iba a venir, vendrían varios miembros de la casa real del Inca (el gran sacerdote Villac Umo y el Príncipe Paultu Tupac). Todo esto había contribuído para que los tres animosos soldados españoles se captaran la benevolencia de los nativos, ofreciéndose éstos a esperar a los españoles como amigos, a cuyo efecto JUNTARON CUATRO MIL FANEGAS DE MAIZ, MATARON OTROS TANTOS GUANACOS DE LOS CUALES HICIERON CHARQUI Y 15.000 PERDICES, DE LAS CUALES HICIERON CECINAS, etc...

probablemente también en madera, que por el clima húmedo no se ha conservado, igual que los tejidos.

La arqueología ha podido establecer, que estos indios tenían una cultura propia que se ha desarrollado mucho antes de la dominación por los Incas, de los cuales ha recibido algunas influencias durante el corto tiempo que éstos dominaron en Chile.

Por cierta semejanza de los objetos culturales de estos indios y también por analogías en la nomenclatura geográfica, etc., con las antiguas provincias Diaguitas argentinas, don Ricardo E. Latcham, Director del Museo Nacional de Santiago (Chile), propuso el nombre de *"Diaguitas-Chilenos"* para los indios de Coquimbo y Atacama, nombre que se ha generalizado.

Los diaguitas-chilenos poblaron los valles fértiles de Copiapó, Huasco, Elqui, Limarí y Choapa como también el litoral y todos los pequeños valles desde el mar hasta la Cordillera. Las tribus que vivieron al interior se dedicaron de preferencia a la agricultura y a la crianza, como también a la caza, mientras que los indios que se avecindaron en la costa se dedicaron principalmente a la pesca, para la cual disponían de redes, anzuelos de cobre y arpones, usando las balsas de cuero de lobo inflados para salir a alta mar. Entre los indios de la costa y del interior debe haber habido un intercambio de productos, porque encontramos conchas de mariscos y restos de pescado en las sepulturas, hasta en los apartados valles cordilleranos.

Sus sepulturas en la última época, antes de la llegada de los Incas, eran cistas de piedras lajas, hechas con mucha habilidad. Los restos óseos indican una raza con cráneos braquicéfalos, de buena contextura y en la cual no eran escasos individuos de alta estatura. La dentadura en la costa era perfecta, encontrándose muy rara vez dientes o muelas careados.

¿De dónde vinieron y cuándo aparecieron estos indios en estas tierras? Son preguntas que aun no podemos contestar con fijeza. Latcham, basado en la cronología de Max Uhle cree que han llegado entre el año 500 a 900 de nuestra era, desde el Noroeste de la Argentina. Aceptamos provisoriamente esta

tesis, porque podemos comprobar que estos indios han vivido un largo tiempo en esta parte de Chile; lo podemos constatar por la evolución de su alfarería que ha evolucionado desde formas primitivas y decoraciones sencillas hasta alcanzar formas artísticas con decoración menuda y dibujada con una técnica sorprendente. Su desarrollo hasta llegar a la perfección de los últimos años antes de la llegada de los peruanos, debe haber necesitado un largo tiempo.

Dividimos la evolución de la alfarería dibujada de este pueblo en cuatro etapas: *la arcaica, la de transición, la clásica y la de influencia incaica.* Cuántos años habrá durado cada etapa, es difícil decir; seguramente la evolución al principio fué muy lenta y hacia las etapas finales, cuando ya dominaron la técnica en mayor grado, era más rápida, pero intervienen otros factores en el desarrollo, que trataremos de analizar.

Las diferentes etapas que ha pasado la alfarería diaguita chilena se perfilan nítidamente. Las influencias que aparecen sucesivamente nos servirán para seguir el paso del desarrollo de este pueblo.

No aparece una precultura o época primitiva, sino, encontramos en su cementerio más antiguo conocido hasta la fecha, una cultura con alfarería pintada que denominamos "arcaica" y restos de elaboración de cobre. Me refiero al cementerio que tuve la suerte de encontrar en la Quebrada de Las Animas, cerca de Altovalsol, en el valle de Elqui.

En este cementerio los huesos se habían desintegrado en gran parte. La alfarería constaba de algunos cantaritos y ollas rústicas, algunos de los cantaritos eran de forma alargada hacia adelante con una asa atrás, tal como los encontramos en sus enterratorios posteriores —y una serie de platos semiglobulares con dibujos interiores de líneas gruesas que forman figuras geométricas y que tenían generalmente por el lado exterior una línea o franja dibujada, angosta cerca del borde; a veces el mismo dibujo interior se aplicaba también en el exterior del plato. Los colores eran rojo, como color de fondo y usado también en el dibujo, blanco y negro. En los más antiguos, aquéllos que se encontraban en sepulturas donde los huesos ya se habían desintegrado—, los colores eran rojo, amarillo y negro (Ilust. 1, a, b, c).

Ilustración 1

1ª *Etapa "arcaica"*.

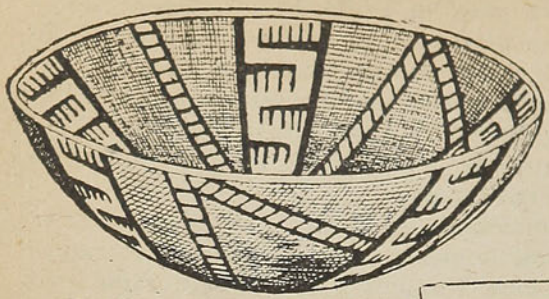


Fig. a.—Plato de forma semiglobular, dibujado por fuera y por dentro en los colores rojo, blanco y negro. Factura gruesa. Dimensiones 27 cms. diám. por 9 cms. alt.



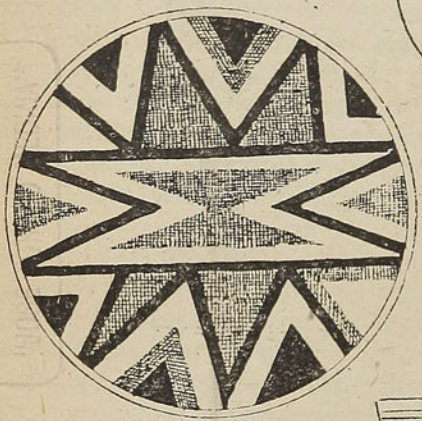


Fig. b.—Plato semiglobular, dibujado por dentro, colores rojo, amarillo y negro. Por fuera lleva una franja de color amarillo de 1 ½ cm. de ancho a 1 cm. de distancia del borde. Factura gruesa. Dimensiones: 23 cms. por 8 cms. de alto.



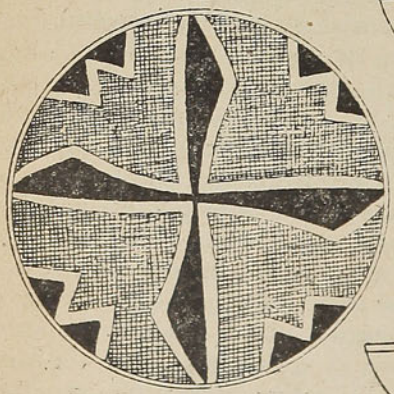


Fig. c.—Plato semiglobular, dibujado por dentro, rojo, amarillo y negro. Por fuera una orilla de color amarillo. Factura gruesa. Dimensiones: 20 cms. diám. por 7½ cms. de alto.



Nota.—Los originales N.os a, b y c, proceden del cementerio de la Quebrada de las Animas y se encuentran en el Museo de Historia Natural de Santiago.

Los dibujos que adornan estos platos son tan distintos a los de las etapas siguientes, que al no haber encontrado también en otros cementerios diaguitas platos del mismo estilo y los mismos cántaros de uso doméstico, habríamos creído que se trataba de una cultura distinta. Pero en el mismo cementerio de Las Animas encontramos las pruebas y los principios de su evolución hacia la siguiente etapa que llamamos de *transición*. De esta etapa de transición encontramos un cementerio a una distancia de unos dos kilómetros del anterior, al otro lado del río.

En este cementerio de transición que se encuentra en el fundo "Altovalsol" de D. Ernesto Munizaga, aparecen por primera vez motivos en el dibujo de la alfarería, que D. Ricardo Latcham clasifica de netamente *Chincha*. La manera de enterrar sus muertos ha cambiado en este cementerio; mientras en el cementerio de Las Animas encontramos sólo algunas sepulturas dentro de cuadros de piedras grandes de río y el resto sin protección alguna —en este cementerio aparecen las primeras lajas graníticas, no en forma de cistas, sino una sola o dos lajas paradas en línea, con inclinación sobre la osamenta.

Es evidente que en ese tiempo en que se produjeron estos cambios deben haberse hecho sentir influencias extrañas que hicieron cambiar el estilo de alfarería e innovar en costumbres como en la sepultación de los muertos. La aparición de motivos de la cultura Chincha, nos señala de donde vinieron esas influencias.

Ya el sabio arqueólogo Max Uhle pudo determinar con sus excavaciones en el territorio de la cultura atacameña, la influencia chincha en esa cultura y expresa intuitivamente, que la cultura chincha debe haberse extendido en un radio mucho más amplio de lo que él ha podido comprobar y efectivamente, Latcham, establece primero, la influencia de los chinchas en la alfarería diaguita en forma amplia.

Es entonces probable que el primitivo pueblo cuyos restos encontramos en Las Animas y en otros puntos de la provincia de Coquimbo, ha recibido una influencia directa, probablemente por la invasión y es también probable que ese pueblo invasor se ha mezclado con los primitivos habitantes, im-

Ilustración 2

2ª *Etapa* (*Transición*).

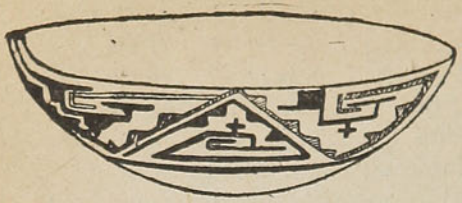


Fig. a.—Ejemplar encontrado en el cementerio de transición de Altovalsol. Aparecen motivos chinchas en la decoración de la alfarería.

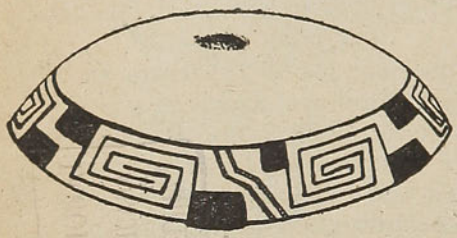


Fig. b.—Los platos de esta etapa llevan en el asiento una hundidura circular del diámetro de una pulgada más o menos.

Los platos de esta época son de color rojo por dentro y fuera incluyendo el borde.



Fig. c.—El dibujo es aplicado sobre una franja blanca con los colores negro y rojo.

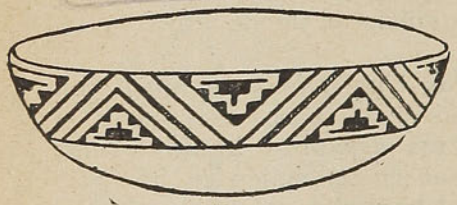


Fig. d.—Ejemplar encontrado en la Cía. Baja cerca de La Serena.

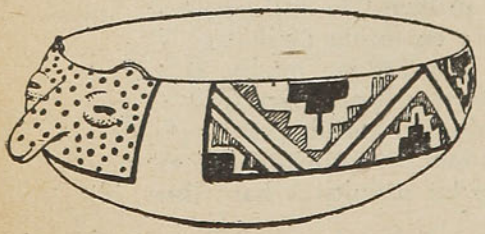


Fig. e.—Procursor de los platos antropomorfos (ejemplar encontrado en Paihuano).

primiéndoles nuevos rumbos, porque en lo sucesivo vemos aparecer en su alfarería la mayoría de los motivos decorativos de esta cultura (Ilustr. 2, a, b, c, d, e).

Uhle en su cronología asigna a la civilización chincha-atacameña el período desde 1100 hasta 1350 de nuestra era. Podemos tomar también como base este período para la influencia chincha-diaguita, pero con la prolongación hasta la llegada de los Incas, más o menos en la última parte del siglo XV.

Este mismo autor (Uhle), después de sus excavaciones en Tacna y Arica, dice: "Los efectos de la civilización Chincha-Atacameña alcanzaron parte de la costa hacia el Sur, la región propiamente atacameña de Calama, la provincia de Jujuy y se extendieron remotamente hasta el país de los araucanos; en el Este se notan en numerosos restos de la hoya del lago Titicaca y Tiahuanaco, y hacia el Norte se les puede seguir hasta el Cuzco, explicándose por ello en parte, el tipo de ornamentación usado por los Incas. Abrazaba así su influencia una vasta región...".

Latcham en un trabajo publicado en los "Anales de la Sociedad Científica Argentina", Tomo 104, pág. 159 y siguientes, titulado las "Influencias Chinchas en la Alfarería Indígena de Chile y la Argentina", analiza estas influencias y llega a la conclusión que la mayoría de los motivos decorativos en la alfarería diaguita pertenecen a la civilización "Chincha".

Como hemos dicho, aparece la influencia chincha en la alfarería diaguita-chilena en la segunda etapa de la alfarería dibujada, en este período que llamamos de *transición* y que se distingue por platos más planos dibujados muchas veces por dentro y en que aparecen ya escalas, ganchos, volutas y muchos de los temas usados después, pero con una ejecución más tosca que en la época siguiente.

Esta etapa no debe haber durado mucho, porque conocemos un solo cementerio típico de esta época, aunque en casi todos los cementerios preincaicos encontramos alfarería de este tipo en mayor o en menor cantidad, pero ya mezclada con la de la etapa siguiente, *la clásica*, que es la más abundante.

Dentro de esta época se produjo después otro notable cambio que dió motivo para nuestra clasificación en que con-

Ilustración 3.

3ª *Etapa de la alfar. diag. "clásica".*

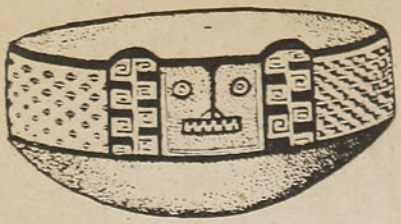


Fig. a.—Plato antropomorfo, dibujos menudos. Diám. 18 cms. Alt. 9 cms.

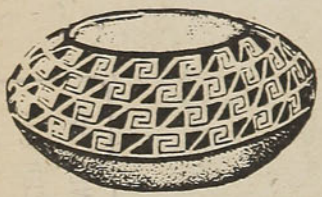


Fig. b.—Pequeños recipientes generalmente finamente dibujados. Diám. 9 cms. Alt. 5,7 cms. Abert. 4,5 cms.

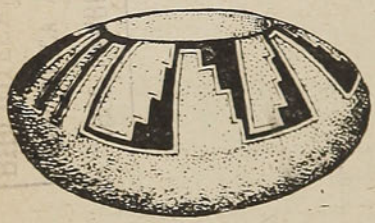


Fig. c.—Recipiente globular con dibujos del estilo nuevo. Diám. 15 cms. Alt. 8,5 cms.

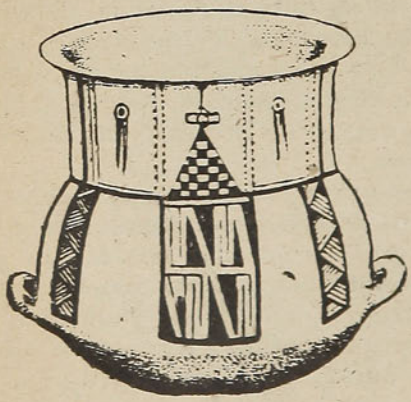


Fig. d.—Urna o recipiente grande que pertenece a las tres etapas. En las dos primeras su factura es más tosca y no son decoradas. Piezas muy escasas en la alfarería diaguita-chilena y no parecen haber servido para la sepultación de párvulos como en la Argentina. Diám. 26 cms. Alt. 28 cms. Abert. 24 cms.

Ilustración 4.



Fig. a.—Cántaro de adorno que se encuentra en múltiples formas distintas, piezas relativamente escasas. Alt. 13 cms. Diám. del depósito 9 cms.

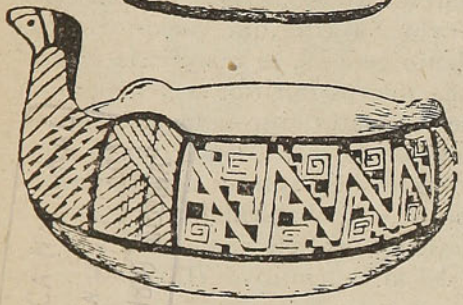


Fig. b.—Platitos ornito o zoomorfos de los cuales se encuentran generalmente uno o dos en cada cementerio. Largo 15 cms. Alto 5 cms.



Fig. c.—Jarro de adorno muy variado en sus formas, pero escaso. Alto 13,5 cms. Diám. mayor 9,7 cms.

sideramos esta nueva etapa como la etapa *clásica* de esta cultura.

En esta etapa aparecen los platos con paredes perpendiculares, los dibujos se hacen nítidos y el arte de estos indios llega a un verdadero clacisismo muy bien definido. Aparecen los platos antropomorfos como verdaderos exponentes de sus dibujos menudos geometrizantes, aplicados con seguridad y gusto artístico; en este tiempo también deben haber aparecido los jarros patos; aparece entre los temas de sus dibujos un estilo nuevo o diferente —estilo que la Dra. Grete Mostny llama el 4º estilo—, dibujos sencillos de tamaño grande en color negro sobre fondo rojo con una fina raya blanca que circunda el dibujo negro. Es una decoración sencilla, sobria, de aspecto elegante.

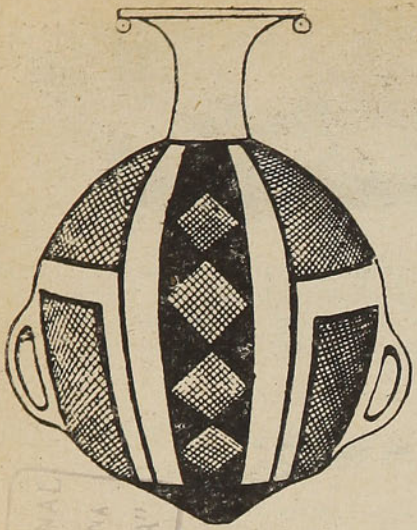
En esta etapa de su alfarería dibujada, este pueblo llega a un estado cultural adelantado. Su arte, que puede considerarse un medidor de su adelanto general, se manifiesta en forma definida y segura y busca nuevos horizontes y expansión (aparición del jarro pato, de los platos antropomorfos, del estilo nuevo, etc.). En la decoración forman planos con la repetición de sus temas geometrizantes que aplican con verdadero gusto artístico a sus cerámicas y probablemente ha pasado igual cosa con sus tejidos, cestería, etc., en una palabra su arte se eleva muy por encima del arte primitivo (Ilustr. 3, a, b, c, d).

En la sepultación se establece una nueva modalidad: la cista de piedras lajas, correctamente alineadas y tapadas con grandes planchas del mismo material.

No podemos determinar por el momento si este nuevo impulso ha sido autodesarrollo o si ha venido de afuera. Sin embargo, no se ve de donde puede haber venido exteriormente; ni por el Norte ni por el Sur y tampoco en el Este encontramos pueblos que pudieran haber traído esta influencia tan importante; por eso creemos que esta etapa pertenece a un desarrollo propio de este pueblo que se ha formado por la amalgama de esas dos culturas: la original, cuyo cementerio encontramos en Las Animas y la de los Chinchas, que vinieron del Norte.

Durante esta etapa que hemos llamado la *clásica*, irrumpen las huestes del Inca Yupanqui en el territorio diaguita en

Ilustración 5.



*Cuadro demostrativo de la influencia incaica en la alfarería diaguita.*

Fig. a.— Aribalos y derribados. Cántaros con dos asas, de bellas formas, introducidos por el Inca en el norte y centro de Chile.



Fig. b.— Plato genuino diaguita con el fondo muy abovedado.



Fgi. c.— Plato diaguita después de la influencia incaica (fondo casi plano y paredes inclinadas hacia afuera).



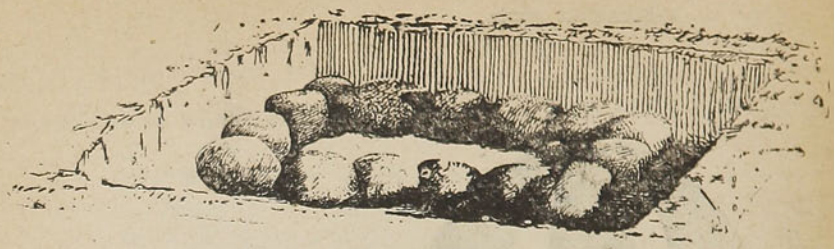
Fig. d.— Plato campanuliforme, preferido en las regiones donde la influencia incaica llegó a extenderse.



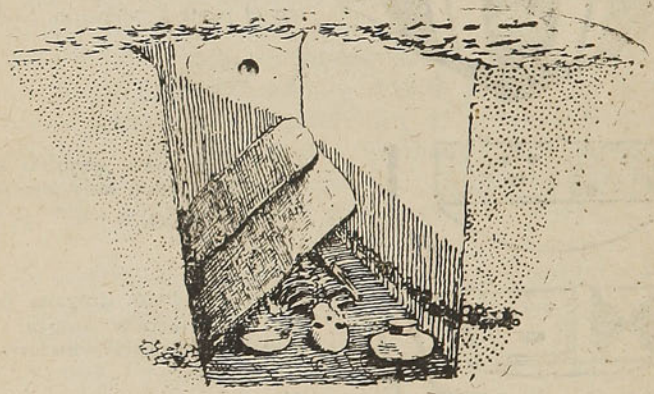
Fig. e.— Plato plano con asa y con dibujo interior, introducido por el Inca.



Fig. f.— Plato plano que lleva por asa una cabeza de ave o de animal, introducido por el Inca.



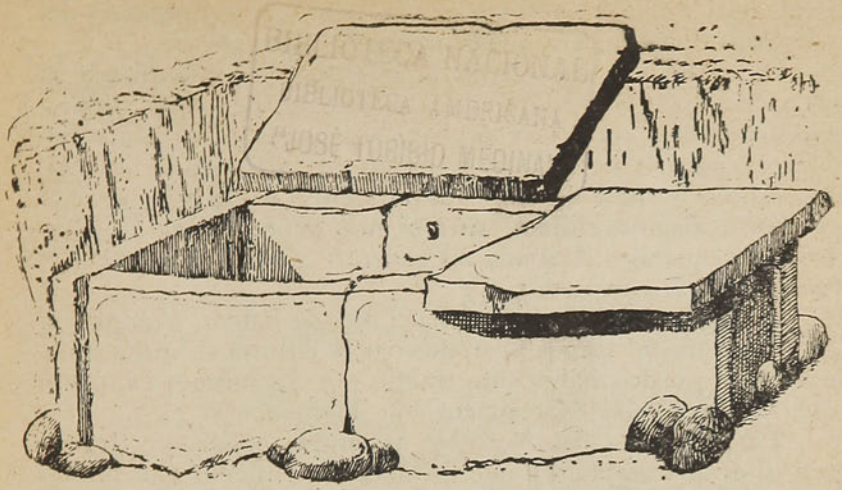
Ilustr. 6.—Sepultura diaguita chilena de la 1ª etapa "arcaica". Piedras grandes de río forman un cuadro alrededor del muerto a una profundidad de unos 0.80 cms. La posición del cadáver parece haber sido de lado, con las piernas encogidas (Cementerío de la Quebrada de las Animas).



Ilustr. 7.—Sepultura diaguita chilena de la 2ª etapa "transición". Una o dos planchas de piedra granítica en línea con el cadáver se inclinan sobre éste a una profundidad de 1.50 a 2 m. El cadáver tendido de lado con las piernas dobladas desde las rodillas (Cementerio de Altovalsol).

su marcha de conquista hacia el Sur y los diaguitas-chilenos quedan bajo el dominio del Inca.

El Inca trató de imponer en sus nuevos dominios sus sistemas de organización y sus mejoras en los métodos de la producción, ya sea en la agricultura, en la ganadería o en la minería, tratando así de aumentar la producción y con eso el po-



Ilustr. 8.—Sepultura diaguita chilena de la 3ª etapa "clásica". Consta de una cista de piedra laja, forma cónica, un poco más larga que el occiso, más ancha en la cabecera y más angosta en los pies —con los bordes superiores bien alineados para recibir la tapa del mismo material. El cadáver fué depositado en toda su extensión en decúbito (Cementerio de la Compañía Baja, Peñuelas, Paihuano, etc.). Profundidad total de la sepultura: 0.80 a 1.20 m.

der tributario; esas mejoras se extendieron también a las industrias caseras, la alfarería, tejidos, etc. Para conseguir esto, el Inca formó centros en las partes conquistadas, centros donde vivían sus "curacas" o gobernadores rodeados de expertos que esparcieron esos adelantos.

Como ya hemos mencionado, hemos descubierto uno de estos centros en el valle de Elqui (Coquimbo); otro de estos centros existió en Copiapó y probablemente existió otro en el valle del Huasco, siendo el más antiguo de los tres, el de Copiapó.

Nuestras investigaciones a través de largos años, nos permiten definir en qué consistió la influencia incaica en la alfarería diaguita-chilena, que igual que en otros campos de ac-

tividades ha traído nuevos impulsos para algunas regiones del territorio diaguita, especialmente en su parte Norte.

La influencia incaica en la alfarería diaguita-chilena se caracteriza por la introducción del aribalo, de platos planos, ornitomorfos o con asa y probablemente del plato campanuliforme, además de algunas reformas en la forma de los platos, calidad y color de ellos; esa influencia no es pareja en el territorio diaguita-chileno, sino es más expresada en la parte Norte (Copiapó y Atacama en general) y disminuye hacia el Sur (Ilustr. 5, a, b, c, d, e, f).

Las influencias de Tiahuanaco de que hablan algunos autores son mucho menos aparentes en la cultura diaguita-chilena y bien pueden haber sido traídas por los mismos Chinchas que habían estado en contacto con Tiahuanaco.

La influencia del Noroeste argentino puede ser de origen, si es que aceptamos que los diaguitas-chilenos han venido del otro lado de la Cordillera —pero, se pueden explicar también suficientemente por un intercambio. Estas influencias en realidad no son muchas, como se verá en el capítulo siguiente.

Las huellas de la cultura diaguita-chilena las encontramos en los valles cordilleranos hasta más arriba de los 3.000 metros de altura y es de suponer que estos indios han atravesado la Cordillera y por consiguiente hubo un intercambio, si bien no muy intenso, con la otra banda.

Llego a la conclusión respecto a los diaguita-chilenos, que el pueblo cuyos restos culturales encontré en la quebrada de "Las Animas" ha recibido su primera influencia directa por la invasión o inmigración en masa de ese pueblo expansivo que se extendió desde las costas meridionales del Perú hasta el altiplano boliviano y hacia el Sur por las provincias del Norte de Chile y quizás hasta la misma Araucanía.

Este pueblo, los Chinchas, que en algún tiempo deben haber tenido contacto con la cultura de Tiahuanaco, naturalmente propagó también lo que absorbió de dicha cultura.

La segunda influencia directa fué la de los Incas, que establecieron en esta región de los diaguitas-chilenos, centros administrativos que influyeron sobre las principales actividades de los nativos como hemos podido comprobar.

Pero no sólo los diaguitas-chilenos vivieron en las provincias de Atacama y Coquimbo.

En 1938 tuve la suerte de descubrir otra cultura que se ha denominado *"Cultura de El Molle"*, por haber encontrado 6 cementerios cerca de la localidad El Molle en el valle de Elqui y en pleno centro de la cultura diaguita (*).

Esta cultura se distingue en rasgos generales de la de los diaguitas:

1. Por el uso de un adorno labial de piedra: la tembetá.
2. Por el uso de cachimbas de piedra de dos brazos y un depósito central.
3. Por su alfarería, que consta en su mayor parte de cántaros y jarros altos sin asa, con fondos planos; algunas de estas cerámicas están finamente pulidas, de color gris piedra, de negro o rojo.
4. Por sus cráneos de paredes enormemente gruesas (hasta 11 mm.).
5. Por la manera de sepultar sus muertos a la profundidad de cerca de dos metros, marcando las sepulturas en la superficie.

Este pueblo, cuyos vestigios hemos encontrado también en otras partes más al Norte y en la costa, es sin duda más antiguo en este territorio que el de los diaguitas chilenos. Posiblemente la raza portadora de la cultura de El Molle ha llegado a Chile durante las grandes migraciones de pueblos en tiempos pretéritos, desde el Brasil o el Chaco, donde la tembetá está aún en uso en algunos pueblos como los Guaranies, raza fuerte, cuyas migraciones abarcaron grandes partes de Sudamérica. También el Dr. Aureliano Oyarzún cree que la tembetá ha sido introducida en Chile por los Tupí-Guaranies.

Como pueblo cazador y con conocimientos rudimentarios de la agricultura sus primeros asientos en Chile deben haber sido en el interior del país, quizás la región de El Molle.

Luego se extendieron hacia el Norte y Sur y hacia la costa donde probablemente se mezclaron con los indios pescadores aceptando de aquellos algunas costumbres. Este mestizaje debe haberse producido en tiempos bastantes remotos, porque

(*) Véase la segunda parte de este libro.

entre los cráneos que hemos encontrado en la costa ya no se encuentra el cráneo típicamente grueso de El Molle, aunque su grosor es siempre sobrenormal.

Los indios de El Molle parece que no conocieron el uso del arco y de la flecha; por eso es probable que, cuando llegaron los diaguitas del otro lado de la Cordillera, con mejores armas y mayores adelantos, conquistaron esa región que conocemos hoy como territorio diaguita, desplazando, subyugando o exterminando la raza de El Molle; prueba de esto es que en muchos cementerios diaguitas encontramos un pequeño porcentaje de cráneos gruesos y semigruesos, provenientes probablemente, de la mezcla del vencedor con las mujeres de los vencidos.

Los diaguitas chilenos fueron después subyugados por la fuerza del Inca. También es probable que los diaguitas tuvieron guerras con los indios de más al Sur del Choapa, porque "Illapel", último punto hacia el Sur donde he encontrado cementerios diaguitas, es voz araucana, lo que indicaría que ese lugar ha pasado de una mano a otra.

Los diaguitas, sin embargo, parece que han sido una raza relativamente apacible, lo que se puede deducir del aspecto de la actual población de la región en que sobrevive el alma indígena. Comparativamente este pueblo es mucho más pacífico que los descendientes de araucanos y españoles. Los cráneos diaguitas de los cementerios preincaicos ya demuestran un mestizaje con diversas otras razas y vemos también que su resistencia contra el conquistador español fué relativamente débil; pocos castigos ejemplares hicieron someterse este pueblo indígena al conquistador español y muy pronto se produjo su disolución como entidad étnica, asimilándose por completo y aun olvidando su propio idioma que hoy no existe más que en la Toponimia y en algunos apellidos.

Nos resta echar una mirada a las tribus que vivían en la costa de estas dos provincias, para completar este boceto etnológico. En la costa encontramos no menos de cuatro pueblos distintos: Los diaguitas cuyos restos culturales encontramos en todo el litoral desde Caldera hasta Los Vilos con importantes cementerios y conchales en todos los sitios apropiados

para el aprovechamiento de las riquezas alimenticias del mar, especialmente en las ensenadas y caletas tranquilas. En seguida la raza de El Molle o subraza de ésta que usaba la tembetá corta y la cachimba de piedra de dos brazos, cuyos restos hemos encontrado ya en varias partes de la costa sin poder determinar por el momento su radio de dispersión.

Encontramos dos entidades étnicas más, de indios pescadores, una que no había salido de su etapa paleolítica y que vivía de la pesca y de la caza, usaba el arco y la flecha con puntas de silex o de pedernal, anzuelos de conchas, de huesos y de espinas de cactus y no conocía la alfarería. Esta raza enterraba sus muertos extendidos y dejaba marcadas sus sepulturas con círculos de piedras grandes o con cuadros de piedras plantadas, sobre las cuales se amontonaban pedazos de roca y piedra.

La otra entidad de estos indios costinos enterraba sus muertos en sus propios conchales en decúbito sin ningún ajuar funerario ni señales superficiales.

Parece que estas dos entidades de pescadores primitivos tenían el cráneo alargado —los que hemos visto se pueden considerar subdolicocéfalos—, pero este aspecto aun no está estudiado suficientemente y esperamos que algún especialista emprenda una vez el estudio osteológico de las tribus que han vivido en la costa. Los estudios que hicieron algunos anteriormente, parece que no tuvieron mucho valor, porque midieron cráneos de diaguitas, mollinos y pescadores primitivos conjuntamente, llegando a resultados erróneos con respecto a la verdadera clasificación craneal.

En Pisagua y en Taltal, se han encontrado yacimientos muy antiguos en los conchales de los primitivos pobladores de pescadores; es muy posible, que de esos centros, los pescadores primitivos se hayan extendido hacia el Sur. Los indios de la cultura de El Molle deben haberse mezclado con ellos cuando llegaron a la costa, pero no así los diaguitas que deben haber desplazado en parte a los pescadores primitivos porque tomaron posesión de todas las bahías, ensenadas y de todo punto importante para la explotación del marisco; eso no quiere de-

cir que no pueden haber convivido con algunas tribus que se sometieron.

Así parece probarlo el hecho de haber encontrado últimamente en un cementerio diaguita en Peñuelas (entre Coquimbo y La Serena) en una sepultura tapada de piedras lajas, dos cráneos; uno de hombre con la característica deformación diaguita (antero-posterior), junto con otro de mujer, de cabeza alargada como la de los pescadores primitivos.

Existe la denominación de "Changos" para los indios pescadores de la costa, creemos que este es un nombre genérico, que se ha aplicado a todos los indios que se dedicaban a la pesca.

## EN RESUMEN

No sabemos nada del hombre primordial que vivió en esta región que fué el asiento de la cultura diaguita-chilena.

Nuestra prehistoria comienza con la llegada de los indios portadores de la tembetá, cuya cultura hemos denominado de El Molle, pueblo, que debe haber llegado mucho antes que los diaguitas, lo que se deduce de la comparación de sus restos óseos, tomando en cuenta las condiciones de su conservación. Debemos buscar el origen de ese pueblo en el centro de la América del Sur, de donde probablemente se ha esparcido la tembetá.

Hacia el año 500 ó 600 llegaron probablemente los diaguitas a Chile (según la cronología de Latcham, basado en la de Uhle) y hubo guerra entre el invasor y los Molles (hemos encontrado una fortaleza primitiva de ese pueblo en un cerro cerca de El Molle). Los indios de la cultura de El Molle sucumbieron a causa de sus armas inferiores y los diaguitas se extendieron en todo el territorio, haciéndose dueños de las actuales provincias de Atacama y Coquimbo, mezclándose en parte con las mujeres de la cultura de El Molle y conviviendo probablemente con algunas tribus de pescadores de quienes aprendieron a utilizar los productos del mar.

En el siglo XII invaden los Chinchas el territorio, amal-

gamándose con los nativos a quienes imprimieron nuevos rumbos en sus artes y costumbres.

Los diaguitas fueron subyugados a su vez por los Incas, aproximadamente a fines del siglo XV, quienes mantuvieron centros y guarniciones en varios puntos del territorio diaguita-chileno, de los cuales conocemos dos, el de Copiapó y el de Altovalsol. Antes de la llegada de los españoles en 1535 el gobernador incaico con su séquito se fuga hacia la cordillera.

## CUADRO CRONOLOGICO PARA EL TERRITORIO DIAGUITA-CHILENO

| | |
|---|---|
| Principios de la Era Cristiana: | Llegada de los indios que formaron la cultura de El Molle (?) |
| Siglo V ó VI | Llegada de los diaguitas. Lucha con los indios de la cultura de El Molle. Expansión de los diaguitas en el territorio actual de Coquimbo y Atacama. |
| Siglo XII | Invasión por los Chinchas y mezcla de ambos pueblos. |
| Siglo XV | Hacia fines de este siglo: Conquista por los Incas (quedan los diaguitas tributarios del Incanato). |
| Siglo XVI | En 1535 llegan los primeros españoles. |

Este cuadro cronológico no tiene más pretención que presentar una posibilidad y una probabilidad, igual que las cronologías de Uhle y de Latcham, que han servido de base para la presente. El punto débil en estas cronologías lo constituye la edad de Tiahuanaco, cuya variación influiría en la apreciación de todas las demás culturas.

# CAPITULO II

## DIAGUITAS ARGENTINOS Y DIAGUITAS CHILENOS

En el Noroeste de la Argentina hay un vasto territorio que en tiempos de la conquista se denominaba "Provincias Diaguitas".

Según los historiadores y los estudios arqueológicos, este territorio comprendía la parte suroeste de Salta, toda Catamarca, los valles occidentales de Tucumán, toda la Rioja, excepto su parte más meridional, la parte montañosa de San Juan y la región de Santiago del Estero que limita con Catamarca.

No están en todo de acuerdo los arqueólogos argentinos sobre esta delimitación, pero en general es aceptada, como consta de un croquis publicado por D. Antonio Serrano, que nos ha servido de base para presentar el apunte geográfico que señala la situación de los diaguitas argentinos con relación a los diaguitas chilenos.

Parece que en las "provincias diaguitas" no estaba incluída la porción que hoy día llamamos de los "Diaguitas Chilenos", aunque la provincia de San Juan que formaba parte del territorio diaguita, pertenecía entonces a la Audiencia de Chile y es curioso, que los historiadores al hablar de los indios diaguitas, no mencionan esta porción tan importante que corresponde a las actuales provincias de Coquimbo y Atacama.

Los argentinos poseen una abundante documentación referente a los indios diaguitas, en cambio en Chile carecemos de referencias históricas sobre estos indios que han vivido en el Norte de Chile.

Mientras los historiadores españoles se explayan ampliamente sobre los indios del Sur de Chile, no encontramos casi nada que se refiera a los indios del Norte, aunque éstos han poseído una mayor cultura. Nos explicamos este hecho solamente, porque los indios del Norte se sometieron más fácilmente al conquistador, no dándole que hacer como los araucanos.

El indio del Norte debe haber sido de carácter más dócil, menos arrogante y valiente que el araucano. Pocos, pero drásticos castigos por el conquistador español bastaron para someterlo completamente, asimilándose en seguida y perdiendo

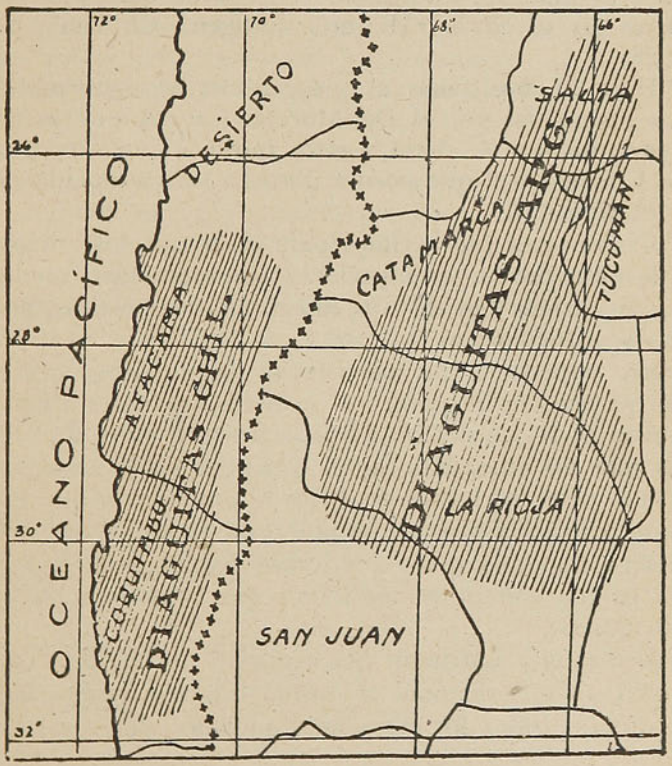



Ilustración 9.

muy rápidamente sus costumbres y su propio cultura. A esto debe haber contribuído también la distribución en "encomiendas" y su consiguiente trabajo esclavizado.

En efecto, se puede observar una marcada diferencia entre el producto de la mezcla entre españoles e indios del Norte de Chile, y de la región Central y Sur; en este último tipo prevalece aún algo de la fiereza indómita del araucano, mientras que el coquimbano o atacameño, es de un carácter mucho más apacible.

Fué don Ricardo E. Latcham quien propuso el nombre de "Diaguitas Chilenos" para los indios que vivían en las actuales provincias de Coquimbo y Atacama. Dice don Ricardo Latcham en su libro "Alfarería Indígena Chilena", editado en 1928:

"Hace 20 años o más, el que esto escribe, confirmando sospechas insinuadas por el Dr. Moreno y otros autores argentinos, propuso que se diera a estos indios el nombre de "Diaguitas Chilenos", el que poco a poco ha sido adoptado por autores posteriores".

"Las razones que tuvimos para creer que los antiguos indios de estas provincias estuvieran emparentados con los diaguitas argentinos son de tres categorías: lingüísticas, antropológicas y arqueológicas".

Con respecto a los parentescos lingüísticos, aduce Latcham, que cuando llegaron los primeros españoles a Chile, encontraron al Norte del río Choapa hasta el valle de Copiapó, tribus que no entendían ni el quichua, ni el aimará, ni el araucano, pero los indios de Jujuy y Catamarca, que trajeron en su séquito los españoles, se pudieron entender con ellos; de ahí colige Latcham que estos indios hablaban el Kakan que era la lengua común de las tribus que formaban las provincias diaguitas.

Además cita Latcham una cantidad de nombres comunes y geográficos que denotan el mismo origen a ambos lados de la cordillera, como los siguientes, tomados del libro de Latcham:

"Antofagasta, Chalingasta, Conil, Sapotil, Mialqui, Elqui,

Sotaqui, Atacama, Calama, Tilama, Toconao, Lamar, Camár, Ticnamar, Combarbalá, Salalá".

"Apellidos: Albayay, Albancay, Calchin, Campillay, Caymanqui, Chavilca, Chapilca, Chupiza, Liquitay, Laimacache, Pachinga, Payman, Quilmatai, Quismaichai, Sapiain, Talinay, Tamango, Salmaca, Chillamaco".

"Plantas: Chañar, yalipalqui, copao, jume, gualtata, ataco, chilca".

Como se ve, muchos de estos nombres corresponden a la región atacameña, mucho más al Norte, donde se hablaba el "lican antey" o "kunza".

Antropológicamente, creo, que aun no se han hecho bastantes estudios para permitir una confrontación entre las diferentes tribus que constituían los diaguitas.

La arqueología de la región diaguita argentina y chilena muestra diferencias notables entre una y otra. Tengo a la vista algunas publicaciones argentinas como "Alfarería draconiana de la región Diaguita", de Eric Boman y Héctor Greslebin —"Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de San Juan", por Salvador Debenedetti—, "Los Diaguitas", "Los Diaguitas y la guerra" y "Las antiguas Provincias Diaguitas", por el Dr. Fernando Márquez Miranda y "El arte decorativo de los Diaguitas", por Antonio Serrano —que me permiten una comparación.

Comenzando por la alfarería, cuyas formas y decoraciones son elementos típicos para las diferentes culturas, tenemos que constatar una gran diferencia entre uno y otro lado de la cordillera.

Mientras en la región diaguita argentina las urnas son la forma principal y típica, lo son a este lado de la cordillera los platos o "pucos", como los llaman al otro lado de la cordillera.

Latcham habla de una importante influencia diaguita argentina en la alfarería de los diaguitas chilenos e ilustra en su libro "Alfarería Indígena Chilena" una urna encontrada en San Félix que efectivamente tiene el carácter de las urnas argentinas, por su decoración —los ojos oblicuos, etc., pero debo constatar que se trata de una excepción, ya que en 20

años que recorro la región diaguita chilena, haciendo excavaciones y estudiando colecciones o piezas sueltas, no he encontrado otra del mismo tipo, por lo que creo, que en este caso se trata de una importación.

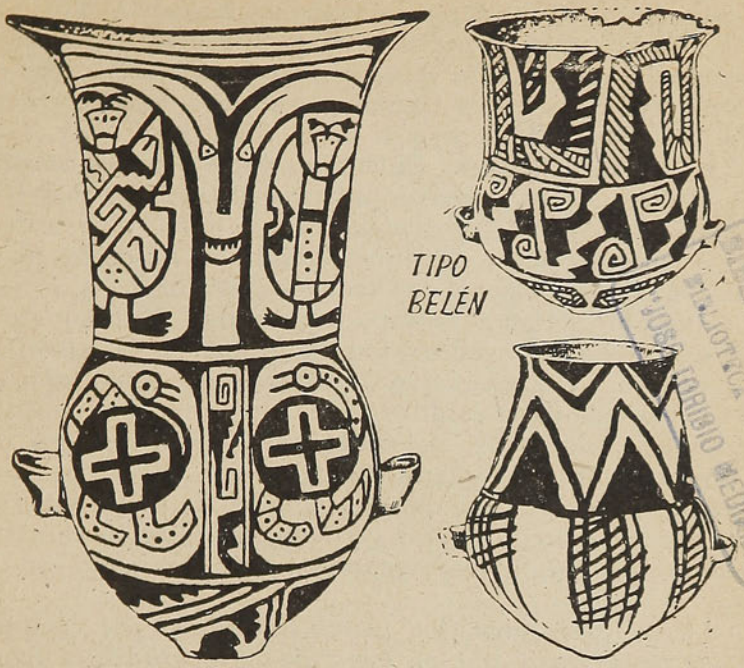
Latcham ilustra también en el libro mencionado, tres platos ofidiomorfos encontrados en territorio diaguita chilenos; son los únicos que conozco y creo que también son importaciones, porque no hemos encontrado decoraciones de esta clase en la cerámica diaguita-chilena.

El Ñandú o avestruz, que es un motivo muy frecuente en la decoración argentina, no se encuentra en la decoración diaguita chilena anterior a la conquista por los Incas. En la alfarería influenciada ya por los Incas aparece en la decoración un ave estilizada con el cuello y las patas largas que debe haber tomado Latcham por el avestruz, pero, que también puede representar la garza que existe en los valles diaguitas chilenos.

Otra decoración de influencia argentina ve Latcham en esas caras dentro de triángulos alternados y que se representa con dos ojos circulares con un punto céntrico y debajo una hilera de dientes, como un engranaje que según ese autor representa al tigre del noroeste argentino. Latcham llega a esta conclusión porque en un platito zoomorfo que fué encontrado en la Hacienda Campanario en el Departamento de Ovalle (plato que actualmente se encuentra en el Museo de La Serena), figura una cara de esta especie en la parte opuesta a una cabeza de felino que figura en la parte delantera del platito.

No estamos de acuerdo en eso, de considerar esa decoración como representación del tigre, porque los ojos redondos y los dientes alternados como un engranaje, son los mismos de los platos antropomorfos de esta cultura y más bien creemos que son una de sus antropomorfizaciones que vemos con frecuencia en los vasos diaguitas chilenos que representan animales o pájaros; ahí tenemos los jarros pato que tienen el cuerpo del pato, pero la cabeza es generalmente antropomorfizada; en otros vasos representan aves con ojos humanos, con pestañas o caras humanas, con picos de pájaro, etc.

Ilustración 10. a, b, c




## URNAS ARGENTINAS

(De "La Antigua Provincia de los Diaguitas", p. F. Márquez M.)

Los dientes que representan los diaguitas chilenos alternados en forma de un engranaje, son seguramente humanos, a lo menos en la mayoría de los casos, y no del tigre, porque en el tigre de frente, no se verían los dientes parejos o iguales, sino resaltarían los caninos, separados por dientecitos más pequeños.

Las urnas chilenas son muy escasas, difieren en la forma y en la decoración, sus asas son redondas y no tableadas como las argentinas y parece que no han servido para sepultar pár-

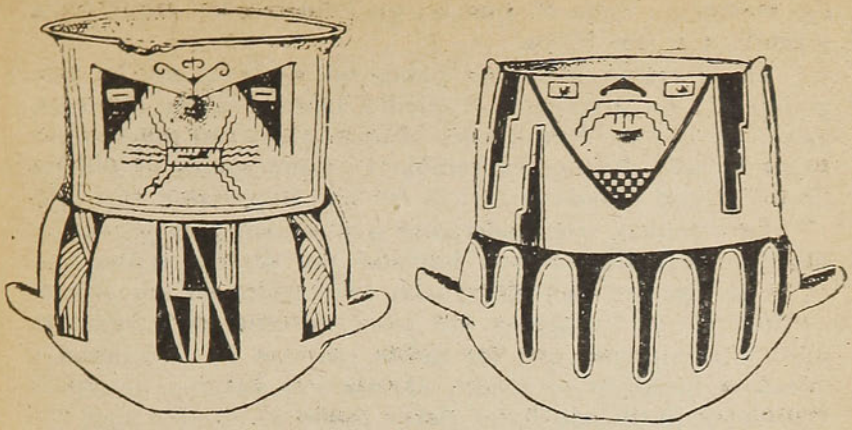
vulos como en la Argentina, donde se encuentran cementerios de párvulos y debe haber constituído un verdadero culto y ritual, la sepultación de párvulos en sus hermosas urnas, en cementerios especiales. Ahí tenemos ya una diferencia muy notable, en la factura y en costumbres, a uno y otro lado de la cordillera (Ilustr. 10, a, b, c, e. Ilustr. 11, a, b).

En la región diaguita chilena los pucos o platos constituyen un 80% de las piezas de alfarería decorada o más bien pintada y dibujada. Hay diferencia en la forma y en la decoración entre los pucos argentinos y chilenos. La de los platos chilenos es esencialmente con motivos geometrizantes, con rara aplicación de figuras antropo o zoomorfas. El dibujo de la serpiente como del avestruz, son excepcionales, lo mismo los del batracio y el jaguar, que constituyen elementos principales al otro lado de la cordillera.

La alfarería de uso doméstico puede tener analogía con la argentina, en esos cántaros con depósito alargado hacia adelante (asimétricos), con una asa atrás en el borde superior. Este tipo de alfarería es muy corriente en la región chilena y lo mencionan los libros argentinos, pero con pocas ilustraciones.

En la región argentina parece que faltan por completo los hermosos jarros, que en este lado de la cordillera llamamos "Jarros pato" que, aunque no son muy numerosos, constituyen piezas sumamente características de la cultura diaguita chilena.

En lo anterior hacemos ver la marcante diferencia entre la alfarería argentina y chilena, diferencia que se ahonda mucho más si examinamos los elementos que componen la decoración, que a este lado de la cordillera es generalmente linear, con muy pocas líneas curvas y pocas figuras estilizadas. En la región argentina, en cambio, la ornamentación geometrizante es auxiliar para hacer resaltar o realzar las figuras estilizadas y se sirve de círculos espirales, volutas, etc. La decoración chilena es, sobre todo en su última etapa, muy menuda y fina, denotándose una técnica muy perfecta, mientras la decoración argentina se vale de líneas gruesas y es más bien representativa como composición y expresión ideográfica.



Ilustr. 11. a, b. Urnas diaguitas chilenas

En la metalurgia encontramos analogías en algunos objetos: los cinceles, los tumís sencillos y las pinzas. No encontramos hachas ceremoniales, placas pectorales ni manoplas (excepto una en la región Norte); las manoplas parece que aquí en Chile han pertenecido a la cultura atacameña de donde deben haberse difundido a la parte Norte de la región diaguita.

La metalurgia de los diaguitas chilenos parece que era un tanto más primitiva, que la de los argentinos; no encontramos decoración realzada ni grabada y son relativamente escasos los objetos de metal.

Las puntas de flechas, dardo y lanza son las mismas a ambos lados, en forma y material, excepto las de hueso que no existen en el lado chileno. No hemos encontrado pucarás o fortalezas diaguitas ni construcciones que valgan la pena mencionar comparado con las ruinas que ilustran los libros argentinos. Existen tamberías en los valles cordilleranos —hemos visto sólo una en el valle del Pingo, pero estaba muy destruída y las murallas en el suelo, formadas de pedazos de roca natural; no tuvimos oportunidad de sacar fotografías ni hacer un estudio más detenido, pero me parecen muy inferiores co-

mo exponente cultural, que las que ilustran los arqueólogos argentinos en sus libros.

En la región argentina había un adelanto mucho más grande en los artefactos de piedra labrada como morteros, vasos, platos y esculturas; estas últimas faltan casi por completo en el lado chileno; en cambio la manufactura de objetos de hueso, con tallados artísticos era más importante en Chile.

En resumen, si consideramos que las antiguas provincias diaguitas argentinas fueron formadas por diversas tribus, que entre sí, demostraban diferencias apreciables en sus objetos culturales, que su ligazón era principalmente su lengua común y admitiendo que los indios chilenos de Coquimbo y Atacama hablaron el mismo idioma —el kakán—, se puede considerar justificado hasta cierto punto el nombre de "diaguitas chilenos"; puede ser, que con el tiempo se puedan aducir más elementos probatorios a este respecto, lo que por ahora se ve difícil, en vista que el único vocabulario del kakán del Padre Bárzana se debe haber perdido, según lo afirman los arqueólogos argentinos.

Existe en el territorio diaguita chileno en el valle de Elqui un pequeño pueblo que se llama "Diaguitas", estación del Ferrocarril de Coquimbo a Rivadavia; es naturalmente interesante conocer el origen de este nombre, pero lo único que hemos podido averiguar al respecto, es que, mucho tiempo atrás vivían en este lugar unas niñas a las que decían "las diaguitas" y que se hizo después costumbre de llamar el lugar así. No hemos podido saber si estas niñas habían inmigrado del otro lado de la cordillera, o por qué se les daba este nombre.

Creemos verosímil esta versión, porque en el mismo valle se encuentra un lugar "Las Rojas" y es notorio que en este valle el apellido Rojas abunda; puede ser un caso parecido que el lugar ha tomado el nombre del apellido de sus primeros habitantes o del nombre con que llamaban a estos habitantes, aquí "Diaguitas".

# CAPITULO III

## MANUFACTURAS DEL NORTE Y DEL SUR

Entre la parte Norte y Sur del territorio que ocuparon los diaguitas chilenos hay apreciables diferencias en sus manufacturas. El territorio diaguita chileno se puede dividir en dos zonas, una zona Norte, que comprende Copiapó y Huasco con sus valles y su litoral y una zona Sur que abarca toda la actual provincia de Coquimbo, desde el valle de Elqui hasta Illapel.

En la zona Norte se nota una mayor influencia incaica en la alfarería, se encuentran muchos aribalos, aribaloides y formas afines, que en la zona Sur son mucho más escasos.

En la zona Norte la forma de los platos, en su corte vertical es cónica con un pequeño asiento plano, unas veces cortado en su borde, otras veces con el borde suavemente vuelto hacia fuera, tomando la forma de una campana ancha, vuelta hacia arriba, (Ilustr. 5 d), esta forma es excepcional en la zona Sur.

En la zona Sur prevalece el plato con paredes rectas o perpendiculares, que constituye la pieza más característica de la alfarería de esta parte de la región diaguita, en cambio esta forma es más bien excepcional en la zona Norte.

Parece que las dos ramas, Norte y Sur, partieron en un tiempo de la misma base, de la forma semiglobular para sus platos; eso debe haber sido en la época que llamamos de la alfarería "arcaica" y mientras la rama Sur evolucionó en la forma como indica la Tabla "Evolución del plato diaguita" (Ilustr. 22, a, b, c, d y 23, a, b, c, d), la rama Norte desarrolló

y refinó su plato bajo la influencia incaica sobre la forma básica, perfeccionando su decoración y su calidad.

En la zona Norte usaban más colores para pintar la alfarería; fuera del rojo oscuro, blanco y negro, los colores corrientes en la zona Sur, empleaban un hermoso anaranjado para enlucidos interiores, un ocre para enlucir pequeñas fuentes exteriormente, un color café y un color lasurante rosado, casi lila. Este último color lo hemos visto una sola vez en la zona Sur en un plato campanuliforme, encontrado en Vicuña, procedente probablemente del centro incaico de Altovalsol.

En Caldera se han encontrado varias piezas de alfarería que denotan origen atacameño, que también pueden haber sido importaciones de la región de más al Norte.

En la decoración de su alfarería los indios de la zona Norte usaban mucho los campos de líneas cruzadas, lo que también consideramos de influencia incaica.

Los objetos de huesos son idénticos en ambas zonas, pero en la zona Norte son generalmente mejor tallados, más artísticos como las cucharas o espátulas talladas que reproducimos en el capítulo referente, y que fueron hallados en un cementerio de Isla Grande (Litoral de Atacama).

En la zona Norte se encuentran con más frecuencia pequeños objetos de oro; aros como el que reproducimos en el capítulo Metalurgia, que encontramos en Bahía Salada, no lo hemos encontrado nunca en la zona Sur, pero de la misma forma se han encontrado dos en el Huasco, ejemplares que están actualmente en el Field Museum de Chicago. Las otras formas de aros son iguales en ambas zonas, con la diferencia que en el Norte, al menos en el litoral, le ensartaban muchas veces unos discos de piedra.

Pinzas, cinceles, agujas de cobre, cuchillos en forma de tumís, brazaletes y anzuelos, hemos encontrado de igual forma en ambas regiones, pero la manopla que encontramos sólo en la zona Norte y especialmente en el litoral, es un artefacto que aparece también en la cultura atacameña.

Por fin, hay que mencionar, que en la zona Sur no hemos encontrado nunca restos del perro, mientras en el pequeño cementerio de Bahía Salada encontramos dos esqueletos de este animal.

Todo indica que en la parte Norte del territorio diaguita era mayor la influencia incaica o ésta ha durado más tiempo.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

# CAPITULO IV

## PRIMERA EXPLORACION ARQUEOLOGICA DEL LITORAL DE ATACAMA

Diversos datos sobre hallazgos arqueológicos en Caldera y en la costa entre Caldera y Huasco me hicieron concebir el proyecto de hacer un reconocimiento arqueológico de esa región, para estudiar en el terreno mismo los restos dejados por las culturas prehistóricas.

Me pareció especialmente interesante este viaje porque Caldera parece haber sido un centro poblado en tiempos prehistóricos, como lo atestiguan seis cementerios indígenas en sus alrededores; parece que era un punto límite entre dos culturas, la diaguita-chilena y la atacameña y quizás de otra intermedia, con asiento en Taltal, porque en los hallazgos arqueológicos de Caldera se reflejan varios estilos, como si en esta parte hubo un intercambio y una confluencia de esas culturas.

Contaba para mi proyecto con el apoyo moral de D. Ricardo E. Latcham, quien, al anunciarle mi propósito, me envió un salvoconducto como "Colaborador científico" del Museo Nacional de Historia Natural, que por cierto, en el desierto, no me sirvió de gran cosa, pero fué de todas maneras un aliento para mi expedición, para la cual contaba además de mi innato entusiasmo para esta clase de investigaciones, con el apoyo de un amigo, que quedó de acompañarme en este viaje.

Como no tuve ayuda económica para mi exploración, tuve que organizarla por mi cuenta y por supuesto con la mayor economía posible; desde luego resolvimos no llevar traba-

jador y partimos a Caldera, punto inicial de nuestra expedición (*).

En un viaje anterior a Caldera ya me había informado de las posibilidades para emprender una pequeña expedición y había encontrado a un hombre que nos podría servir de guía; era un antiguo pescador, quizás el mejor conocedor de estas costas, especialmente en lo que se refiere a yacimientos arqueológicos, porque había acompañado a su padre en innumerables viajes, en un tiempo en que casi todos los pescadores de Caldera se dedicaban a excavar y saquear los numerosos cementerios indígenas que se encuentran en el litoral; eso debe haber sido alrededor de los años 1890 a 1900, cuando Caldera era una ciudad de cierta importancia, funcionando ahí dos establecimientos metalúrgicos.

Como nos pudimos convencer después, estos cementerios tenían entre su ajuar funerario pequeños objetos de oro y plata, que naturalmente constituyeron el principal aliciente para los pescadores, quienes los vendieron con las demás cosas "bonitas" a los extranjeros o a los aficionados de Caldera y de Copiapó.

Nuestro guía, don Vicente Inchinilla, hombre de unos 65 años de edad, de los cuales la mayor parte los había pasado en el mar, trató primero hacernos desistir de nuestro propósito: "Es viaje perdido", nos decía, "de más de treinta cementerios indígenas que conozco, no hay uno que estuviera sin cavar y revolver, no sabría dónde llevarlos"... Pero insistimos, que recorriera su memoria y que nos llevara a un sitio donde hubiere probabilidad de encontrar algo todavía.

Por fin se declaró dispuesto de irnos a dejar a un lugar llamado Maldonado en la Bahía Salada, unas 45 millas al Sur de Caldera, donde habría la probabilidad de encontrar algunas sepulturas intactas.

Preparamos el viaje, traíamos equipo, compramos provi-

---

(*) He creído de interés dar una descripción más detallada de estos viajes, porque contienen datos para futuros exploradores de otras regiones de la costa, aun no reconocidas arqueológicamente, como de Totoral a Huasco y de Tongoy a Los Vilos.

siones y conseguimos con una lanchita pescadora que nos fuera a dejar a Maldonado, con el compromiso de volvernos a recoger después de ocho días.

A la una de la madrugada del día 20 de enero de 1937 salimos del muelle de Caldera, la noche era completamente obscura; pasamos muy cerca de la costa en un viaje fantástico en que aparecían y desaparecían las negras sombras de las rocas, sin que nos diéramos cuenta de la distancia que nos separaba de ellas.

Como a las tres horas de navegación, paró el motorcito, quizás llegaríamos a algún abrigo, echaron ancla y todos se acomodaron para dormir algunas horas. Aclarando el día seguimos viaje y llegamos como a las nueve del día a una playita a orillas de la Bahía Salada, muy cerca del lugar llamado Maldonado.

Varamos la lanchita en la playa y desembarcamos nuestro equipaje. Inchinilla nos llevó donde estaba el pequeño cementerio y la lanchita se hizo otra vez a la mar para dedicarse a la pesca de la albacora. Quedamos solos en el desierto, mi amigo y yo.

Digo "en el desierto", porque en toda esta costa no vive un alma, por falta de agua dulce; ni Caldera tiene hoy en día agua propia, sino tiene que traerla por ferrocarril. Sin embargo, todo este litoral ha sido en tiempos prehistóricos, muy poblado; en todas las caletas tranquilas se encuentran los conchales entremezclados con restos de alfarería y otros artefactos de los primitivos pobladores; al lado de algunas rocas se encuentran todavía pequeñas "pircas" en forma de corralitos hechos por los indios; además dan cuenta de una numerosa población los numerosos cementerios, a los que nos hemos referido ya. Esta población seguramente ha tenido que retirarse más al Sur o a los valles a medida que el desierto ha venido avanzando.

Al quedarnos solos en el desierto, lo primero fué naturalmente organizar nuestro campamento. Encontramos cerca de nuestro campo de trabajo rocas que nos dieron protección contra el viento sur. El piso era arenoso mezclado con tierra y

encontramos varios alacranes de respetable porte, lo que fué un descubrimiento poco agradable.

La misma tarde de nuestra llegada hicimos un tanteo en el lugar que nos indicó Inchinilla; era un plan un poco inclinado hacia el mar, elevado unos 20 metros sobre el nivel de éste, rodeado de suaves lomajes, de los cuales emergían muchas rocas.

Habían varios hoyos de excavaciones anteriores y algunas señales de piedras plantadas que debían marcar las sepulturas que aun no estaban cavadas. Estas piedras eran pedazos de roca o también piedras redondas traídas de la orilla del mar de unos 30 a 40 centímetros, que estaban plantadas, a veces en hilera o formando figura y a veces completamente irregular, de manera que era difícil orientarse y era engañoso, porque de natural habían piedras parecidas.

Localizamos en total ocho sepulturas, que distaban entre sí, de 3 a 4 metros. Sobre tres de estas sepulturas habían crecido enormes "quiscos" (cactus), que se habían renovado constantemente y formaron verdaderas trincheras que tuvimos que cortar con la pala, no sin grandes dificultades, para poder trabajar.

Dimos comienzo a nuestra labor profundizando un hoyo, del cual nos había dicho Inchinilla, que estaba a medio cavar, y que más abajo encontraríamos la osamenta y el ajuar, si había. Efectivamente, a dos metros de profundidad encontramos la osamenta del indio y en su cabecera un cantarito de uso doméstico de forma recta con asa, un par de aros de cobre y varios objetos de hueso. Tuvimos que reconocer la pericia de nuestro informante. Este hallazgo nos dió buen ánimo para el día siguiente.

Para las excavaciones tuvimos que abrir hoyos muy amplios, dejando alrededor una plataforma limpia, porque la arena volvía a caer dentro del hoyo, sobre todo en las tardes, cuando el viento sur casi no dejaba trabajar.

Los indios, para hacer estos hoyos profundos en esta mezcla de tierra y arena, han tenido que hacerles bastante grande y en varias sepulturas encontramos que habían hecho una bajada lateral inclinada como una escala.

Nuestra segunda excavación nos hizo descubrir una sepultura interesante. Dos costillas de ballena estaban puestas de protección sobre la osamenta extendida del indio, mientras la alfarería estaba protegida por una laja de roca, inclinada contra la pared de la sepultura. Eran una hermosa fuente campanuliforme y una especie de botella, algo tosca en su factura, de color ocre oscuro, que tenía en sus costados dibujos irregulares y gruesos, hechos con un color café; no hemos encontrado en toda la región diaguita otro igual. Completaron el ajuar una aguja de cobre y varias herramientas de hueso. La profundidad de esta sepultura era mayor de dos metros.

En la tarde del mismo día encontramos debajo de un enorme "quisco" la tercera sepultura que estaba en cista de piedra. La forma era casi rectangular, estaba construída de pedazos de roca delgados por los cuatro lados y estaba tapada con tres lajas del mismo material. Sus dimensiones eran de 1.20 m. por 0.80 y 0.60 de altura. La tapa quedaba 80 cms. debajo del suelo. Todo el material empleado eran pedazos de las rocas vecinas, de los cuales habían escogido los más apropiados, adelgazándolos y retocándolos para dejarlos aptos para su propósito.

Encima de la cista encontramos el esqueleto de un animal carnívoro, cuyo cráneo lo mandamos después a Santiago, al Museo Nacional, donde fué clasificado como de "canis ingae", el perro domesticado por los indios peruanos.

En la cista encontramos la osamenta de un niño de unos doce años, sepultado en decúbito que tenía un aro ornitomorfo de oro y un bracelete del mismo metal, de la forma corriente en la región Sur. El ajuar funerario consistía en un cantarito con asa de forma recta de un color rosado y de varios artefactos de hueso.

No podemos asegurar si los aros eran dos o sólo uno, porque nos sorprendió este hallazgo y bien puede haberse perdido el otro aro en la arena. En la región Sur encontramos sólo una vez un objeto de oro en las sepulturas de estos indios en forma de una cinta finita enrollada en una caña de hueso de pájaro (Punta Teatinos).

Proseguimos nuestras excavaciones con éxito. Al tercer

día, después de cavar una sepultura de más de dos metros de profundidad y que no tenía ajuar, abrimos una, que debe haber sido de un individuo principal, suponemos, de algún jefe. Grandes costillas de ballena protegían la osamenta y una piedra laja horizontal, cuyas puntas descansaban sobre dos piedras, formando un verdadero banco. Cubría tres hermosas piezas de alfarería: una fuente campanuliforme, un jarro pato y una fuentecita pequeña.

El jarro pato y la fuente grande estaban trizados, porque la piedra que los protegía se había asentado. El jarro es de forma cilíndrica con dibujos negros sobre fondo blanco, sólo el asiento es de color rojo. La fuente grande es enteramente roja y lleva una decoración dibujada con negro, por afuera y por dentro. La fuentecita es de un color ocre con dibujos negros.

Al final del 4º día habíamos cavado ocho sepulturas. Tres de ellas no tenían ajuar, en dos se habían utilizado costillas de ballena para tapar el cadáver y piedras lajas para proteger la alfarería. En varias de las sepulturas encontramos costillas de llama o de guanaco y en dos sepulturas encontramos el esqueleto del perro, más arriba del osamento humano.

La profundidad media de las sepulturas era de dos metros, en dos de las sepulturas habían construído cistas de piedra. En casi todas las sepulturas encontramos cerca de la superficie un corto brazo de cactus seco o quemado (¿señal?).

La alfarería extraída consta de ocho piezas; un jarro pato, un cántaro botelliforme con dos asas, tres fuentes campanuliformes dibujadas, una fuentecita pequeña, también dibujada y dos cántaros de uso doméstico.

Los objetos de hueso eran torteros para el huso, punzones, agujas, espátulas o cucharas y media cañas, cuyo uso no conocemos. Los torteros para el huso llevaban dibujos geométricos grabados, de preferencia pequeños círculos hechos con exactitud como con una herramienta especial.

Fuera del aro de oro y del bracelete del mismo metal encontramos aros de cobre de la forma usual en la región Sur, un cincel y un tumí, corrientes en toda la región diaguita y un tortero de cobre.

En cuatro de las sepulturas encontramos una piedra en forma de un pequeño adoquín, que por un lado estaba pintado de rojo; generalmente encontramos esta piedra cerca de la mano y creemos, que puede haber sido un distintivo del clan, porque a pocos kilómetros de distancia encontramos otra piedra igual (no en sepultura), que estaba pintada por un lado de rojo y por el otro de amarillo.

De los cráneos, dos tenían paredes más gruesas que lo normal, uno de ellos era aparentemente deformado artificialmente, la forma general corresponde al tipo braquicéfalo. La dentadura no estaba tan bien conservada como en los cementerios de la costa Sur, aunque no encontramos caries.

Los restos de comida que encontramos en los tiestos eran de pescado. En las sepulturas sin ajuar encontramos restos de pescado en grandes conchas de locos o suelto, encima de la osamenta. En una concha de ostión había una porción de astillas de hueso, que parecían escamas del tamaño de una lenteja o más pequeñas, no conocemos su uso.

La orientación de las sepulturas es en general, con la cabeza hacia Oriente y la posición de las osamentas es con las piernas encogidas, algunas y otras en decúbito.

El cementerio de Maldonado en Bahía Salada pertenece indudablemente al tiempo de la dominación incaica —lo comprueban el jarro pato, que es de los mismos que encontramos en el cementerio incaico de Altovalsol, en el cual aparecieron más de 10 ejemplares del mismo estilo, jarros pato, ya modificados por el invasor peruano. Es posible que el gobernador incaico remitía o regalaba estas hermosas cerámicas a algunos caciques de sus tributarios para mantenerlos amigos. Otros ejemplares de estos jarros pato se han encontrado en Copiapó y un ejemplar se encuentra en el Museo de La Rioja, en la Argentina.

Como se sabe, Francisco Aguirre, el fundador de La Serena, fundó después Santiago del Estero en la Argentina y no sería raro que en su séquito, al trasladarse a la Argentina, haya llevado indios de Coquimbo o Atacama, que podrían ser los portadores de esta pieza, que no es oriunda de la Argentina.

La fuentecita pequeña de color ocre que encontramos en este cementerio también es del tiempo de la dominación incaica.

La frecuencia con que se encontraron objetos de oro en el litoral de Atacama, es para mí también un indicio de que estos cementerios, o al menos muchos de ellos, son del tiempo en que el Inca organizó los lavaderos de oro y la extracción de este metal para que estos pueblos pagaran su tributo al Incanato.

En nuestro campamento iba todo bien, pero nos tenía preocupado un poco el agua. Habíamos llevado un barrilito de 40 litros, cuyo uso habíamos racionado únicamente para beber y para cocinar, pero a pesar de nuestra economía iba disminuyendo rápidamente. Inchinilla nos había dicho, que dos kilómetros más al Sur, cerca de la playa, había una noria que la habían hecho los pescadores en un tiempo que llevaban pescado directamente a Copiapó y que de ahí podríamos proveernos.

El quinto día por fin resolvimos renovar nuestra provisión de agua. Encontramos efectivamente la noria y llenamos nuestro barril, cuyo transporte hasta el campamento nos causó muchas molestias.

El agua de la noria tenía un gusto salobre, creíamos que nos podríamos acostumbrar o que en cocimiento sería mejor, pero luego nos convencimos que nos causaba náuseas y nos fué completamente imposible de tomarla en ninguna forma.

No fué poco nuestro desaliento; si la lancha no llegaba a tiempo, estábamos expuestos a morir de sed. Tres botellas de agua del primer barril era nuestra única reserva, que empezamos a racionar por copitas. Una marcha a pie a través del desierto, abandonando todo equipaje, no era una salida de mucha esperanza, porque calculamos a lo menos tres días de marcha por la costa y sin caminos por quebradas, arenales y cerros.

Con esas tremendas preocupaciones nos encontró el sexto día. Faltaban dos días para que debiera llegar la lanchita; pero, como si Dios hubiera visto nuestra aflicción —ese día estábamos haciendo una última excavación—, apareció de re-

pente un hombre ante nuestros ojos atónitos; era el ayudante de la lanchita, que se había adelantado dos días, porque tuvo noticias de la aparición de grandes cardúmenes de albacora en Bahía Salada y venían a ver como nos había ido.

Empaquetamos rápidamente y nos embarcamos. La lanchita salió a alta mar hasta perder de vista la costa en busca de la albacora, cuya pesca es bastante peligrosa.

Por suerte, la lanchita en que íbamos, no se pudo acercar a ningún cardumen y después de varias horas de búsqueda inútil y tomando en cuenta nuestro deseo de llegar pronto a Caldera, enderezamos rumbo a ese puerto, donde llegamos entrada la noche.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

# CAPITULO V

## SEGUNDA EXPLORACION ARQUEOLOGICA DEL LITORAL DE ATACAMA

Con la experiencia del primer viaje y con la idea de explorar más ampliamente esa región, especialmente las caletas de Pajonal y Totoral —en las cuales, según nuestras averiguaciones, no se habían cavado cementerios indígenas—, organizamos un mes más tarde otra expedición.

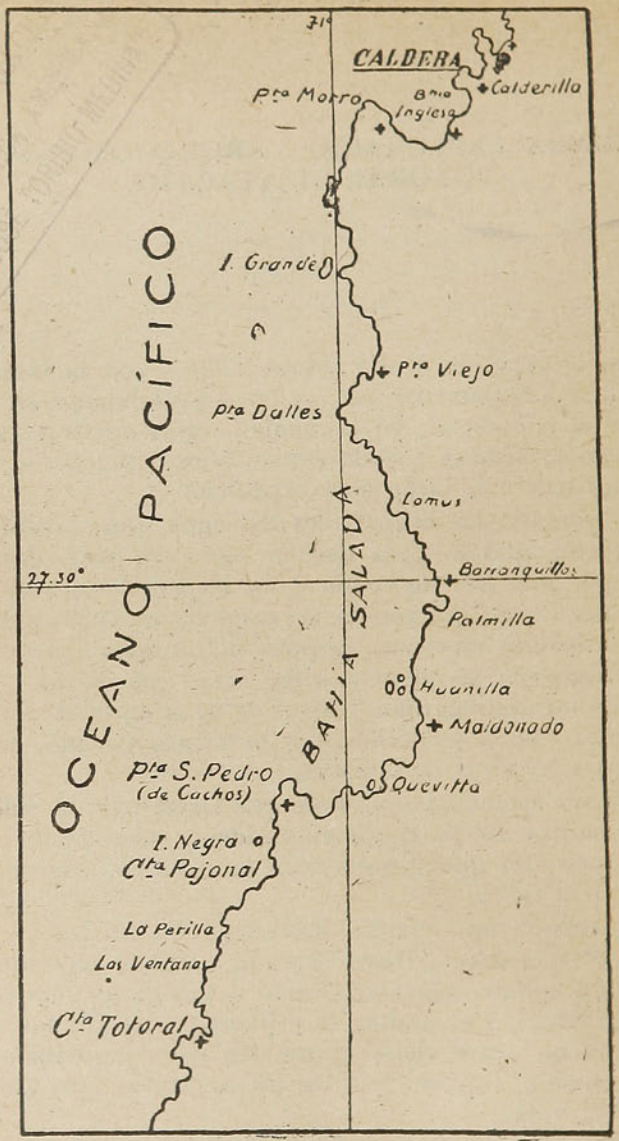
Preveniendo las dificultades del agua dulce, construímos un pequeño aparato para destilar agua del mar, dos tarros unidos por una tira de cañón y un serpentin para el enfriamiento del vapor; desarmado no ocupaba mucho lugar y nos prestó utilísimos servicios; después del trabajo diario encendimos fuego con las algas marinas secas que dieron suficiente brasa para destilar unos 7 litros de agua en unas dos horas, que, junto con la provisión que habíamos llevado, era suficiente para nuestras necesidades.

Esta vez arrendamos un bote que servía para el embarque y desembarque de pasajeros en Caldera, cuyo dueño era un antiguo pescador que conocía bien la costa con sus saltaderos para bajar a tierra.

La lanchita nos remolcó hasta frente a un lugar que los pescadores llamaban "Hueso Parado", donde hay una gran costilla de ballena enterrada, más o menos al comienzo de la Bahía Salada, Pta. Dalles (ver plano) y de ahí nos fuimos a vela con un suave viento norte. No nos imaginábamos que ese día íbamos a pasar una de las aventuras más peligrosas de nuestra vida.

El velamen del bote era deficiente; el mástil muy corto,

Ilustración 12.




Ilustr. 12.—Litoral de Atacama (desierto) y ubicación de algunos cementerios prehistóricos
+ cementerios.

faltaba la pequeña vela de proa, y el bote no tenía timón. Al poco tiempo de navegar a la vela, cesó el viento norte y tuvimos que remar. Después de medio día se levantó viento contrario, viento sur, que iba aumentando en intensidad cuando estaríamos más o menos en la mitad de la Bahía Salada, que debe tener sus 20 millas de ancho. Casi no se distinguía la costa por ningún lado y el oleaje aumentaba continuamente golpeando el bote de tal manera que temíamos que la vieja y frágil embarcación se haría pedazos. En estas circunstancias hubo que manejar el bote con la proa contra el viento.

Felizmente mi amigo y yo éramos buenos remeros y empezamos los turnos. Dos tenían que remar y el tercero descansaba, haciendo de timonel con un remo corto. Primero los turnos eran de media hora, luego reducimos a 20, 15 y 10 minutos; no se podía dejar de remar un momento, porque si las olas tomaban el bote del lado, estábamos perdidos... y el cabo S. Pedro (Pta. de Cachos), estaba aún muy lejos.

Con esta terrible lucha tuvimos que dar hasta el último esfuerzo, pero llegamos al oscurecer al abrigo de la Pta. de San Pedro, donde echó anclas nuestro botero y nos dispusimos a dormir. El botero se acomodó en la proa del bote y nosotros tendimos nuestras frazadas debajo de los bancos y aunque muy incómodos, dormimos toda la noche.

Al día siguiente, el mar estaba tranquilo y seguimos hacia Pajonal, donde llegamos antes de medio día. Pajonal es una caleta abrigada. Saltamos a tierra y conocimos por primera vez los "saltaderos", rocas situadas convenientemente para arriesgar el salto en condiciones favorables. Pero el salto tiene que ser seguro y fijo sobre las rocas, muchas veces resbalosas; hay que agarrarse en el verdadero sentido de la palabra, porque si no —sencillamente se va al agua.

Aun más difícil es el desembarco del equipaje que uno lo pasa en el momento que la marejada lo permite y otro en el saltadero lo recibe y lo lleva inmediatamente más allá, donde queda en seco y seguro; entretanto el botero tiene que maniobrar continuamente para que su bote no sea llevado contra las rocas.

Recorrimos los contornos de esta ensenada y nos pudi-

mos dar cuenta de que debían haber vivido indios en esta parte, porque encontramos sus conchales y fragmentos de alfarería de todas clases; encontramos aún un pedazo de una balsa de cuero de lobo, cosido con espinas de cactus, cruzadas, pero a pesar de recorrer la tierra y los arenales en todas direcciones, no pudimos localizar ningún cementerio. Después de varios días de asiduas exploraciones, nos embarcamos el quinto día y seguimos por mar hacia Totoral, otra caleta muy parecida a la anterior, donde desembarcamos en las mismas condiciones como en Pajonal.

En Totoral desemboca una quebrada seca, pero poco antes de llegar al mar aflora el agua a la superficie, formando una lagunita, a cuyas orillas crece totora, que le ha dado el nombre a esa caleta; seguramente un sitio ideal para una población indígena numerosa. También aquí encontramos muchas señales de viviendas indígenas y por fin también encontramos un cementerio muy antiguo en la ladera sur de la caleta.

Debe haber sido de una época muy primitiva. La alfarería era muy escasa y del tipo arcaico o sin dibujos; encontramos algunos objetos de cobre, entre ellos una manopla igual a las que se han encontrado en territorio de la cultura atacameña. Sabemos de otras tres manoplas que se han encontrado en el litoral de Atacama y que se encuentran en colecciones particulares. Constituyen esas manoplas artefactos característicos de la región Norte diaguita, porque en la parte Sur no las hemos encontrado. Aparecieron en este cementerio diversos objetos de hueso, en especial punzones rústicos y otras herramientas, entre ellas una de madera que se había conservado y que debe haber servido para la fabricación de las puntas de pedernal para las flechas.

Con mucho trabajo sacamos en total cinco piezas de alfarería, dos fuentes semiglobulares con dibujos arcaicos y tres fuentes de factura ordinaria, una de ellas enlucida en rojo. Tres cantaritos ordinarios de uso doméstico, uno de ellos con el recipiente alargado hacia adelante y los otros dos rectos.

Fué muy demorosa y difícil la excavación de este cementerio aunque la profundidad de las sepulturas no era mayor

de un metro, pero se encontraban entre rocas y las señales que las marcaban en la superficie no correspondían, quizás a causa de un derrumbe sísmico, pues en una ocasión encontramos la mitad de una osamenta humana y la otra mitad estaba como un metro más, falda abajo.

La búsqueda de un cementerio más nuevo resultó infructuosa, encontramos sí, al otro lado de la ensenada en la punta Norte, dos interesantes sepulturas aisladas, marcadas con pircas circulares, de las cuales una tenía un diámetro de seis metros y la otra de cuatro, siendo la altura de las pircas de unos 60 cm. El centro de ambas sepulturas estaba cavado; en la más grande encontramos muchos fragmentos de una gran vasija dibujada y de otros tiestos de alfarería, que nos dieron la impresión de que se trataba de una sepultura principal; también en la más pequeña encontramos fragmentos provenientes del saqueo. En nuestro viaje tuvimos que ver aún muchos restos de los sistemáticos saqueos de estas tumbas. ¿Cuántos valiosos documentos de la prehistoria no se habrán perdido y se pierden aún todos los días, sin que se haga algo efectivo para impedirlo?

Seguimos explorando durante una semana todos los alrededores, hasta diez kilómetros al Sur sin poder descubrir donde hacer nuevas excavaciones y resolvimos por fin regresar y visitar de regreso algunos otros puntos que estaban en la ruta.

Al volver por Bahía Salada, nuestro botero no se atrevió a atravesarla en un día, aunque era de mañana y nos propuso hacerlo en dos jornadas, llegando en la primera al abrigo de un lugar un poco al sur de Barranquilla, llamado Palmilla.

Llegamos de noche a este sitio, protegido por varios arrecifes, entre dos de ellos tuvimos que pasar para quedar al abrigo de uno de los más grandes.

Al día siguiente seguimos nuestra ruta y saltamos en varias partes a tierra para constatar sólo... el saqueo de los ricos cementerios indígenas, así en Guanilla, Barranquilla, Isla Grande, Puerto Viejo, Bahía Inglesa y Calderilla.

El viaje duró 17 días. En este tiempo alojamos cinco noches en el bote y las demás en diversas partes en tierra. Si contamos la estada en Caldera y nuestro viaje desde La Sere-

na, empleamos en total 14 días en el primer viaje y 21 en el segundo.

Estos viajes, en sus resultados científicos, aportaron un valioso material para el conocimiento de la región diaguita del Norte. Después de remitir a D. Ricardo E. Latcham un artículo para el Boletín del Museo Nacional y varios de los objetos recolectados en estos viajes, me escribió el 25 de febrero de 1936: "Su artículo me interesa bastante y lo mismo lo encontrado en Bahía Salada; viene a formar un eslabón que va ligando la costa de Taltal y Caldera con la del Sur, pero demuestra algunas particularidades en el estilo de los entierros".

Aparte de estos valores y de sus penurias, estos viajes también han tenido sus bellezas y momentos que quedan grabados indelebles en la memoria de una persona sensible a la naturaleza.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

# CAPITULO VI

## LOS DIVERSOS CEMENTERIOS INDIGENAS

### *Un Cementerio indígena en Copiapó*

Hace años, durante los trabajos del alcantarillado de Copiapó, se encontraron cementerios indígenas en la calle Chañaral. Procedente de estos cementerios vimos algunas piezas de alfarería en la colección del distinguido coleccionista D. Carlos Cruz Montt; la mayoría de ellas eran del tiempo de la influencia incaica.

Posteriormente, un vecino de Copiapó, el señor Elías Espoz encontró un cementerio indígena en el huerto de su propiedad, en la misma calle Chañaral, del cual extrajo una gran cantidad de piezas de cerámica y otros objetos, entre los cuales algunos de oro, de cobre, bronce, plomo, piedra y de hueso.

Según informes que poseemos sobre este cementerio, las sepulturas se encontraban a más de dos metros de profundidad (igual que los cementerios de influencia incaica de Altovalsol); estaban separadas por pequeñas murallas de piedras. La sepultura principal que contenía los objetos más valiosos estaba dentro de una cista o pirca de piedra. En esta sepultura se encontró ceñido en el cráneo del esqueleto una faja delgada de oro de más o menos 5 cm. de ancho por una longitud de 27 cm. (Fajas de oro análogas se han encontrado en el cementerio incaico que se encontró hace poco en "La Reina", cerca de Santiago).

Sobre la alfarería que se ha sacado de este cementerio

don Gualterio Looser publicó en la Revista "Chile" Nº 29, una descripción que demuestra que se trata de un cementerio de la influencia incaica que guarda mucha analogía con dos cementerios que encontramos en el valle de Elqui en Altovalsol, y otro que se encontró en los alrededores de Santiago, en el lugar denominado La Reina.

En este grupo la alfarería netamente diaguita chilena está representada sólo por dos urnas, un plato antropomorfo, dos cantaritos de uso doméstico y un pequeño jarro pato, pero éste ya está influenciado por el arte peruano.

Todas las demás piezas demuestran en mayor o menor grado la influencia de los Incas, muchas son netamente peruanas como los vasos dobles, botellas con asas, aribalos, copas y platitos extendidos, ornito y zoomorfos, etc.

Ya en otra parte hemos dicho, que en las regiones donde la influencia incaica tomó cuerpo, se popularizó el plato cónico o campanuliforme, que también aparece aquí con profusión; la aceptación en vasta escala de la influencia incaica en toda la región Norte diaguita hace pensar, que los Incas se establecieron mucho antes en Copiapó, Huasco y en la costa, que en la provincia de Coquimbo o que la introducción de las novedades peruanas fué resistida por los indios que vivían más al Sur.

Un plato con una decoración rara encontramos entre la alfarería de dicho cementerio. La decoración interior de este plato consta de ocho flechas o algo parecido a flechas, cuatro que señalan hacia el centro y cuatro que forman rueda. La punta de estas flechas está provista a ambos lados de una barba que está dibujada con dos rayas; más o menos a dos tercios del largo de la flecha sale una aleta que también termina en dos rayas y el final de la flecha se ensancha y de su terminación salen cinco rayas, pareciéndose a una mano de los dibujos antropomorfos de esta cultura. Todo eso nos hace la impresión que han querido representar un propulsor (estólica con su dardo: el dardo, la estólica y la mano que lo arroja); otros autores creen que esos dibujos representan peces.

El mismo tema existe en un plato que encontramos en el cementerio incaico de Altovalsol, en el cual se han dibujado

Ilustración 13.

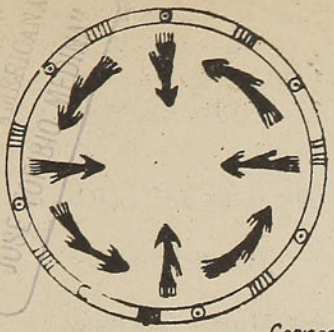
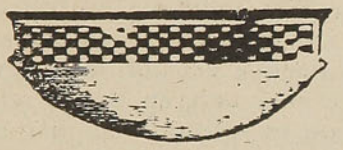


Fig. a.



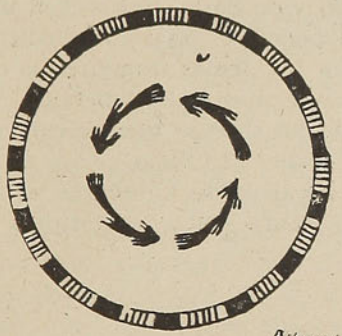



Fig. b.



las mismas flechas, pero sólo en número de cuatro, en ruedo. Este plato estaba quebrado y compuesto en tres partes por el sistema indígena de amarras de hilo a través de perforaciones en la greda.

En vista que hasta ahora sólo se conocen dos ejemplares de platos con esta decoración, que se han encontrado en cementerios incaicos y que se ha tratado de restaurar a uno de ellos (de Altovalsol), creemos que han sido platos ceremoniales de la casta de los invasores peruanos; damos el dibujo interior de ambos platos (Ilustr. 13, a, b).

## *El gran Cementerio Diaguita de "El Olivar"*

## (La Serena)

En el Boletín del Museo Nacional de Historia Natural (Santiago) del año 1936, publiqué un trabajo preliminar sobre el cementerio indígena que se encuentra al lado de La Serena. Pasando el tiempo, descubrimos nuevos grupos de este cementerio, entre ellos uno, en tierras relativamente secas, que me ha permitido completar y ampliar mis observaciones sobre este cementerio, que hasta ahora es el más grande de esta cultura, que se conoce y cuyas características son típicas, en su mayor parte, para los demás cementerios de la región.

El área del cementerio se ha ensanchado enormemente con el descubrimiento de los nuevos grupos que ya no se encuentran en el antiguo fundo "El Olivar", sino también en los predios vecinos, pero he querido conservar el nombre de "Cementerio El Olivar", para evitar posteriores confusiones.

### *Generalidades*

El cementerio se encuentra a unos dos kilómetros al Norte de La Serena, en el fundo El Olivar y predios vecinos y consta de una cantidad de grupos de sepulturas, esparcidas en un área que ocupa un cuadrado que mide unos 400 metros por lado. El camino de La Serena a Vallenar lo corta de Sur a Norte, y por el Oriente llega hasta el callejón de Compañía Baja.

Sucesivamente se han descubierto 20 cementerios hasta la fecha, que señalamos con las letras de A hasta U. Es proba-

ble que existan aún otros grupos más, pero son difíciles de ubicar, ya que se encuentran en tierras de cultivo intenso.

Los grupos deben haber correspondido a una división social en clanes, teniendo cada clan su cementerio dentro del gran campo común de la tribu. Cada grupo se compone de un número variable de sepulturas (hasta ochenta en algunos casos) de las cuales, siempre una parte estaba hecha de piedras lajas, mientras las demás se encuentran simplemente en tierra.

*Las sepulturas*

Las sepulturas de piedra son casi todas largas y cónicas, orientadas con la parte más ancha (cabecera) hacia el Oriente. Su tamaño era muy variable; hemos encontrado muchas de 1.80 m. de largo por 70 cm. de ancho en la cabecera y unos 30 cm. en los pies, pero también hemos encontrado otras mayores de dos metros, como también muchas más pequeñas. Fuera de estas sepulturas largas y angostas había un pequeño número de sepulturas rectangulares. Hemos medido una que tenía 1.30 de largo por 1 metro de ancho; parece que esta clase de sepulturas correspondía siempre a gente principal, a juzgar por el ajuar que contenían.

El material que ha servido para construir las sepulturas de piedra es un conglomerado de conchas fósiles en amalgama, que hoy día se explota para la fabricación del cemento y cuyos yacimientos se encuentran a unos doce kilómetros al Norte del cementerio. Estas piedras fueron extraídas en forma de planchas de tamaño variable y de un grosor de 8 a 12 centímetros. Las planchas que servían de tapa eran a veces de una sola pieza, así por ejemplo, la tapa de la sepultura, cuyas medidas dimos más arriba, tenía más o menos 1.20 por 1.50. Es de imaginarse que el transporte de estas planchas de piedra era muy difícil y necesitaba mucha gente y creo que éste es el motivo porque no todas las sepulturas que llevan idéntico ajuar, fueron hechas del mismo material. Muchas veces encontramos estas piedras sólo como murallas divisorias con otras sepulturas, lo que también parece indicar la escasez del material en momentos dados.

La factura de la sepultura de piedra era muy sencilla. En el fondo de la excavación se paraban las piedras laterales, que tenían una altura de 60 a 70 cm., cercando la sepultura por los cuatro lados; el borde superior de estas murallas, que fueron alineadas y acuñadas correctamente, era labrado y formaba un canto liso de igual altura, para recibir la tapa; el fondo de la sepultura lo formaba la tierra (Ilustr. 8).

Como la profundidad de las sepulturas raras veces era mayor de 80 cm. a 1 metro, las tapas de ellas quedaban a poca profundidad debajo del suelo y al labrar las tierras en tiempos modernos, los arados topaban con frecuencia en ellas, por cuyo motivo fueron extraídas generalmente por los mismos trabajadores, quienes revolvieron las sepulturas en busca de tesoros, destruyendo generalmente la alfarería. Cuentan, que de esta manera sacaron gran cantidad de estas piedras planas, que tiempos atrás, sirvieron para pavimentar patios y veredas en La Serena.

En la mayoría de las sepulturas de piedra había más de una osamenta humana, en algunos casos encontramos hasta cuatro, siendo muy probable que eran de muertos sepultados simultáneamente; esto se puede explicar con la costumbre, que ha existido en varias tribus americanas, por la cual las mujeres han tenido que acompañar al marido hasta en la muerte y quizás proviene de ahí el dicho tan propalado en estas regiones: "Que los indios se enterraban vivos". En las sepulturas largas y cónicas, los cadáveres siempre fueron sepultados en decúbito, no así en las sepulturas rectangulares; en éstas la posición de la osamenta aparece con las piernas dobladas y tendido de costado.

*Los hallazgos arqueológicos*

Debido a la gran permeabilidad del terreno, que absorbe el agua de los canales de riego, se encuentra el agua a poca profundidad debajo del suelo, encontrándose la mayor parte de las sepulturas dentro de un barro gredoso, lo que hace casi imposible una búsqueda prolija, la cual se ha tenido que concretar casi exclusivamente a la alfarería. Una excepción la

constituye el grupo R, al cual me voy a referir especialmente más adelante. Sin embargo, hemos encontrado algunos collares de piedrecitas cortadas (discos) de carbonato de cobre de un color verde azulejo, otros de discos finitos de una masa calcárea, además algunos objetos de cobre y de bronce, como pinzas, cinceles, aros y braceletes, espatulitas o cucharas de hueso, algunas de ellas decoradas con motivo zoomorfos, punzones y otras herramientas de hueso, piedras de bruñir la greda, bolas y discos de piedra y puntas de lanza y de flechas de sílice, cuarzo, cristal de roca, etc.

La alfarería que hemos encontrado en este gran cementerio es, con excepción de unas pocas piezas, del período anterior a la influencia incaica. La influencia por la dominación de los Incas, que se manifiesta fuertemente en la alfarería de los cementerios de la región Norte Diaguita y también en el interior del valle de Elqui —en dos cementerios de la Hoya de Altovalsol—, casi no se nota en este cementerio. Hemos encontrado un solo aribalo junto con otras siete piezas que demuestran la procedencia de los invasores peruanos, pero estaban total y deliberadamente quebrados en infinidad de pedazos, como si los hubieran quebrado a palos. Los fragmentos formaban un montón al lado de la osamenta. Puede ser, que los indios de la costa o de la desembocadura del río Elqui se opusieron o retardaron las innovaciones del Inca y quizás el individuo, dueño de este ajuar destrozado —que puede haber sido un empleado del Inca—, ha corrido la misma suerte que su alfarería.

Encontramos algunas fuentes campanuliformes que son típicas en las regiones donde dominaron los peruanos, pero sólo en un número muy reducido. También encontramos algunos de los platitos planos de forma típica peruana, pero en total aparece la influencia incaica como reciente, igual que en los otros cementerios cerca de la desembocadura del Elqui: Punta de Teatinos, Peñuelas y La Serena.

En la mayor parte de los grupos de este cementerio era preponderante la alfarería dibujada sobre la doméstica; sólo en un grupo (C) encontramos mayor abundancia de la alfarería doméstica y muy pocos platos dibujados.

La alfarería pertenece a los tres períodos, siendo relativamente escasa la del primer período de la alfarería pintada y dibujada que llamamos "arcaica". Hemos encontrado, por ejemplo, sólo dos piezas en el grupo P y otras dos en el grupo R. Los tiestos de greda del segundo período (transición) son ya mucho más abundantes, pero la gran mayoría de la alfarería es del último período, anterior a la llegada de los Incas.

En el grupo G encontramos varias de las llamadas "urnas", pero sólo enlucidas de rojo. Urnas dibujadas que son muy escasas en esta cultura, encontramos sólo dos, en los grupos B y F. Otra urnita dibujada, de pequeña dimensión, la encontramos en el grupo R, quebrada en muchos pedazos dentro de una tumba de piedras lajas que había sido saqueada por trabajadores.

Jarros pato hemos encontrado dos ejemplares en el grupo B, uno de regular tamaño, en el cual faltaba la boca y el asa, pero las quebraduras estaban bien alisadas y parece que ha seguido prestando servicios. El otro era un poco más pequeño y estaba decorado con dibujos finos, como los hicieron estos indios en los últimos tiempos de su independencia.

Tenemos conocimiento de otro jarro pato que encontró el Dr. Lothrop en el grupo I que fué descrito por D. Ric. E. Latcham en Rev. de Hist. Natural.

*Cerámica totemística*

En casi todos los grupos hemos encontrado una pieza de alfarería ornito o zoomorfa, a veces dos de la misma especie. Puede ser, que esta pieza representaba el totem del clan al que ha pertenecido el grupo del cementerio. Así hemos encontrado, por ejemplo, en el grupo A una pieza con cabeza de papagayo. En el grupo B encontramos los dos jarros pato y la urna dibujada, además varios hermosos platos antropomorfos, que le dan carácter de que este grupo ha sido de algún cacique. En los grupos D y E encontramos una pieza zoomorfa con cabeza de puma (Felis leo). Estos dos grupos son vecinos, separados hoy día por un canal de riego y por una depresión del terreno; posiblemente antes estaban unidos. En los casos que

hemos encontrado dos piezas ornito o zoomorfas en un solo grupo, siempre eran iguales, pero se notaba que una de ellas era más antigua que la otra.

En el grupo K encontramos un platito con cabeza de llama. En el grupo F otro platito con cabeza de pájaro. En el grupo P un recipiente que representaba una rana y por fin en el grupo R un hermoso recipiente que representa un ave acuática.

En muchos grupos no hemos encontrado la pieza ornito o zoomorfa, pero también la mayoría de los grupos de este cementerio no estaban intactos cuando los cavamos, muchos estaban excavados en parte, muchas veces, precisamente, las mejores sepulturas, estaban revueltas, porque se encontraban en cistas de piedras y fueron halladas por los trabajadores en sus labores agrícolas. Hemos visto en una pequeña colección particular una pieza de alfarería zoomorfa, proveniente de este mismo cementerio, que representa una llama con dos cabezas, que pertenece probablemente a esta misma categoría de alfarería totémica (Hoy día se encuentra en el Museo de La Serena).

*El grupo R*

Este grupo se encuentra en tierras relativamente secas, de modo que fué posible hacer mejores y más completas observaciones. El grupo de sepulturas ocupa un óvalo de unos 12 metros de largo por 9 de ancho. La cantidad de osamentas encontradas en este espacio es superior a 80. Sepulturas clásicas o de piedra encontramos muy pocas y éstas estaban destapadas o revueltas (en una de ellas encontramos la pequeña urnita). Evidentemente había un mayor número de estas sepulturas con piedra laja, pero fueron extraídas anteriormente, como hemos podido notar por las señales que dejaron.

Encontramos una sepultura formada con grandes piedras de río y pedazos de piedra de moler, formando un cuadro con esquinas redondas de 1 metro por 1.75 m., que contenía un ajuar de dos fuentes dibujadas y un cantarito negro.

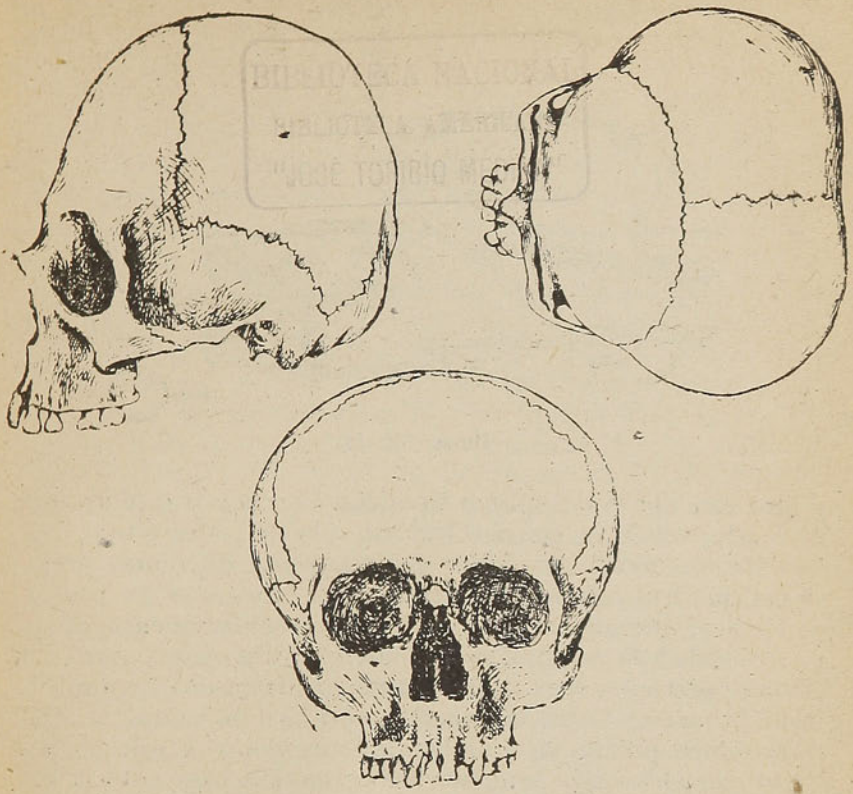
Como el 60% de las osamentas estaban extendidas en to-

do su largo y el resto con las piernas dobladas desde las rodillas. Encontramos sólo ocho sepulturas de niños, aunque es probable que los huesos de los párvulos no se han conservado, pues encontramos a veces cantaritos de uso doméstico que no correspondían a ninguna osamenta y que sospechamos eran de niños menores. Una sepultura pequeña de piedras lajas medía sólo 60 cm. de largo por 27 cm. de ancho en la cabecera; estaba tapada con una piedra laja y no había sido revuelta; en ella encontramos uno de esos cantaritos, sin la osamenta.

La profundidad media de las sepulturas era de 80 cm. a 1 metro; en una parte, sin embargo, estaban a mucho menos profundidad. Esta desigualdad en la profundidad de las sepulturas se explica por la desigualdad del terreno en tiempo de los indios y que posteriormente ha sido nivelado para el cultivo, sacando de las partes altas para rellenar las más bajas; así se explica que en algunas partes encontramos las sepulturas a muy poca profundidad y en otras mucho más hondas.

En ocho sepulturas encontramos con la osamenta humana una osamenta de un cuadrúpedo, perteneciente a los auchénides, probablemente llama o guanaco; en tres casos la osamenta del animal estaba debajo del humano; cuatro de los llamas tenían fuentes de greda dibujadas con dibujos pertenecientes al período arcaico, de forma semiglobular y muy delgadas, que en la mayoría de los casos estaban completamente quebradas, por su gran tamaño y sus paredes delgadas. Uno de estos llamas o guanacos estaban completamente cubierto con grandes pedazos de una tinaja de greda; frente a la boca del animal, casi entre los dientes, encontramos como ajuar seis puntas de flecha de pedernal de las más finas que hemos encontrado hasta la fecha, muy angostas, con pedúnculo y finamente dentada. La más larga de estas puntas de flecha mide 58 mm. de largo por 14 mm. en su base; otra de ellas mide 30 mm. de largo por 14 mm. de base; la más pequeña mide 18 mm. por 6 mm. en la base. Junto con estas flechas había un cincel de cobre de 27 cm. de largo con una paleta de 28 mm. de ancho; este cincel que estaba muy oxidado muestra una compostura efectuada por el artífice indígena; se ve que ha sido parchado uniendo los dos pedazos en que debe haberse

Ilustración 14. a, b, c.



quebrado; para unirlos se le colocaron a ambos lados pequeñas planchitas del mismo metal. Desgraciadamente por la oxidación avanzada no se puede determinar cómo sujetaron estos parches. Además tenía este animal en su ajuar un cuchillo rectangular de cobre con una perforación en la parte superior, para sujetar un mango perpendicular. La posición de las dos osamentas, la humana y la del auchénide queda demostrada en la ilustración 15.

Encontramos en total, en este grupo, cuatro platos antropomorfos, uno bastante primitivo y con señales de largo uso

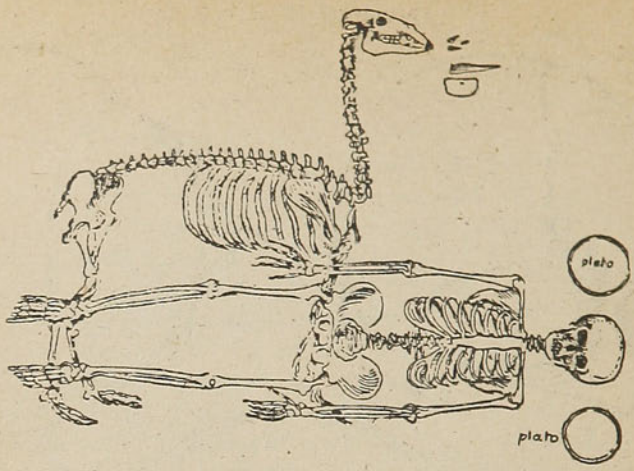



Ilustración 15.

y otro casi nuevo del mismo tipo, con los mismos dibujos, pero mucho más fino, como si hubiese sido de padre e hijo.

Hemos podido distinguir perfectamente diferentes profesiones que han ejercido estos indios: los fabricantes de puntas de flechas y herramientas de piedras siempre tienen en su ajuar una cantidad de material consistente en pedazos de cuarzo, de cristal, pedernal o silex, a veces también tienen una herramienta de bronce en forma de cincel. Los o las fabricantes de alfarería tienen piedras de bruñir y colores blanco y rojo en pedazos compactos que le deben haber servido para enlucir sus tiestos de greda (parece que para el color negro les ha servido el hollín); encontramos en las sepulturas de los alfareros casi siempre una ollita chata con tres patitas cortas, en las cuales arreglaban las pinturas.

Un fabricante de anzuelos tenía un verdadero muestrario de éstos, de diferentes tamaños, midiendo el más grande 9 cm. y el más pequeño 2 cm.; había también un anzuelo con la punta bifurcada; los anzuelos eran de cobre, lisos y sin barba. En la misma sepultura encontramos diversas herramientas que servían para la fabricación: barras de hueso, que tenían señales evidentes que sirvieron para doblar los alambres de cobre

sobre ellas y varias piedras planas, cuyo uso no conocemos. En otra sepultura encontramos a un metalurgo, fundidor de cobre, que tenía entre su ajuar un crisol para la fundición, en forma de un bonete corto.

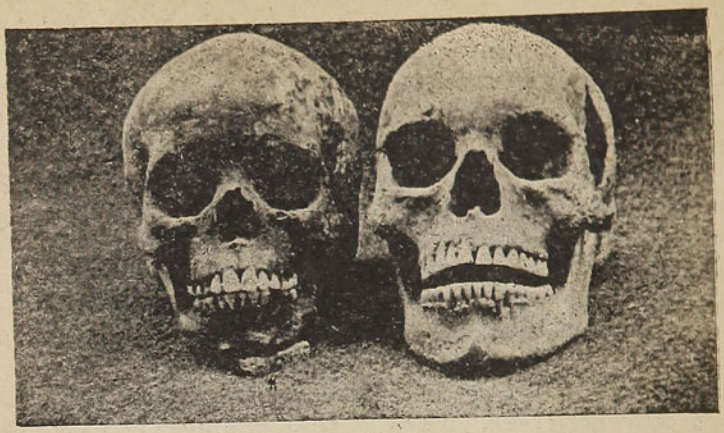
Estas son algunas características que nos hablan de las actividades industriales de estos indios por las muestras que se han conservado a través del tiempo, pero muchas otras profesiones no han dejado señales; el factor clima ha destruído sus vestigios y en esta condición están las industrias caseras de los tejidos, de los objetos de madera y de cestería y muchas otras. En condiciones muy favorables hemos encontrado restos de objetos de madera finamente tallada, que nos dan la idea, que también en este ramo habían especialistas.

De este grupo y de otros hemos sacado una cantidad de *cráneos* que pertenecen todos al tipo braquicéfalo. La medición de 22 de estos cráneos dió los siguientes índices cefálicos: 114, 113, 110, 97, 95, 90, 93, 94, 91, 90, 94, 91, 97, 93, 94, 98, 88, 84, 85, 85 y 87. Apartando los tres primeros, cuyos índices son superiores a 110 y que evidentemente son deformados artificialmente, tenemos un promedio de 92, de índice cefálico para los 19 restantes, índice bastante alto. Sería trabajo de un especialista de determinar, si la mayoría de los cráneos ha sufrido una deformación artificial en mayor o menor grado.

La deformación artificial más usada entre estos indios era la antero-posterior, pero aisladamente encontramos también la deformación llamada "aimará" u obliqua.

No se han encontrado los aparatos que sirvieron para producir estas deformaciones, pero se conocen los procedimientos y aparatos que usaron otras tribus, como por ejemplo los atacameños, cuyo principio se basa en colocar al recién nacido dos tablillas o rejillas en las partes de la cabeza que querían deprimir. En este caso de la deformación antero-posterior, una de las tablillas se colocaba en la frente y la otra, en oposición, en la parte occipital de la cabeza, sujetándolas fuertemente con vendas; el hueso dúctil cede a la presión y la masa cefálica se adapta, el frente del cráneo se ensancha y la profundidad se acorta.

En la ilustración 14. a, b, c. se dan las características de la



Ilustr. 16.—Cráneos diaguita chilenos.

deformación típica de los cráneos de la raza diaguita. Existen otras deformaciones artificiales, pero aisladas y por ahora no las tomo en cuenta.

En general las paredes craneales son de un grosor normal, pero encontré también una cantidad de cráneos que tenían paredes craneales gruesas, especialmente en el grupo C; éstos se encontraron siempre en sepulturas en tierra y su ajuar consistía principalmente en alfarería doméstica, por lo que tuve la impresión de que provenían de una raza inferior, subyugada por los diaguitas y que quizás ha estado al servicio de ellos, lo que parece confirmarse con mi hallazgo posterior de restos de una cultura desconocida, en El Molle —Valle de Elqui—. Los portadores de esta cultura que hemos denominado "Cultura de El Molle", tenían efectivamente cráneos con paredes que medían hasta 11 mm. de grosor. Es evidente que estos dos pueblos se han combatido en un tiempo y es probable que los diaguitas con sus mejores armas terminaron por subyugar o extinguir los hombres de esta tribu, llevándose las mujeres como presas, mezclándose con ellas como era costumbre general entre las tribus americanas. Así se explicaría la

procedencia de los cráneos de paredes gruesas que hemos encontrado en cierto porcentaje en varios cementerios diaguitas del Valle de Elqui.

*La hoya arqueológica de Altovalsol*

En el valle del río Elqui, entre Altovalsol y Las Rojas hay un lugar que llaman Punta de Piedras; en esta parte del valle los cerros de la ribera Norte llegan casi hasta los márgenes del río; al otro lado del río, frente a este valle natural —que el río habrá franqueado remotos tiempos atrás—, quedan unas enormes piedras, que probablemente le han dado el nombre a este lugar; pues bien, a unos cientos de metros de estas piedras, en los terrenos que dan hacia el Poniente hay varios cementerios diaguitas que pertenecen a las cuatro épocas de la alfarería pintada de esta cultura: la "arcaica", la de "transición", la "clásica" y la de influencia incaica.

Estos cementerios forman un conjunto que permite estudiar el desarrollo de la cultura-diaguita desde los comienzos de la alfarería pintada hasta los últimos tiempos antes de la conquista por los españoles. En vista que Altovalsol es el lugar más cercano, geográficamente conocido, he denominado esta región "Hoya arqueológica de Altovalsol".

*Cementerio arcaico de la quebrada de Las Animas*

El año 1934, después de una prolongada lluvia que causó grandes inundaciones, hice un viaje a Punta de Piedras, para conocer los cementerios indígenas que se habían descubierto cuando se hicieron las excavaciones para la cañería matriz del agua potable de La Serena. Pero no nos fué posible localizar alguno a causa que los datos eran muy vagos y no había nadie que se acordara del lugar preciso donde se encontraban. Ya íbamos de regreso cuando un niño de un inquilino del fundo Chivilcán nos contó que, buscando leña en la quebrada de Las Animas (que queda muy cerca de Punta de Piedras), había encontrado un cantarito que el agua de las lluvias había dejado descubierto y que ahí habían muchos pedazos de otros cántaros.

Estuve un poco incrédulo, porque me parecía inverosímil que en la quebrada pudiera haber un cementerio, que sólo los habíamos encontrado en los planes, cerca del río. Pero el examen del cantarito que tenían en la casa del niño para guardar sal, no dejó duda que era un cantarito típico de alfarería doméstica de la cultura diaguita.

Fuimos con nuestro pequeño informante al sitio del hallazgo y encontramos en la ladera Oriente de la quebrada, unos seis metros más arriba de su fondo, un cementerio, del cual pudimos extraer en una labor muy difícil, 22 piezas de alfarería y algunos otros objetos, que se encuentran todos en el Museo Nacional de Historia Natural en Santiago.

El lado de la quebrada donde se encuentra el cementerio, tiene una pendiente de a lo menos 45% y se compone de tierra, arena, ripio y piedras grandes, lo que ha hecho difícil las excavaciones por el peligro de los derrumbes.

En gran parte de las sepulturas, los huesos ya se habían vuelto tierra, en otras quedaban restos óseos, pero tan blandos que era fácil deshacerlos entre las yemas de los dedos.

Hubo que hacer amplias excavaciones para encontrar la alfarería. A veces nos hemos podido guiar por las vetas de una tierra gris muy fina —que dejaron los huesos al desintegrarse—, en algunas sepulturas nos hemos guiado por pequeños montoncitos de óxido de cobre que a cierta distancia uno de otro marcaban la posición del cadáver y que creo provenían de adornos de cobre que los difuntos llevaban en sus vestimentas.

En el fondo de algunas sepulturas encontramos cercos de grandes piedras de río, en forma de rectángulos alargados con las esquinas redondeadas. Estas sepulturas estaban inclinadas en el sentido de la pendiente, pero no tan pronunciado. La profundidad de las sepulturas en la parte más honda era más o menos de un metro y medio.

Comparando la consistencia de los restos óseos de los diferentes cementerios indígenas que hemos podido examinar, corresponde a este cementerio de Las Animas la mayor edad. Quizás los cementerios de la cultura de El Molle pueden igualarse en edad.

La ubicación del cementerio de Las Animas en una quebrada me ha parecido extraordinaria; por ese motivo he examinado el borde de la quebrada por encima del cementerio, teniendo en cuenta la posibilidad de que un gran derrumbe pudiera haberlo depositado en su actual lugar. Pero parece absolutamente inverosímil, porque la quebrada tiene en este lugar una profundidad de unos 40 metros y seguramente en un derrumbe no se habrían salvado tantas piezas de alfarería completamente intactas como las que encontramos. Además hicimos algunas excavaciones en el borde superior de la quebrada, en el potrero de "Los Infieles", con que limita, sin encontrar indicios.

Fuera de la alfarería hemos encontrado en este cementerio sólo un cincel de cobre quebrado y un objeto de piedra que se parece a una boquilla de cigarro. Tiene un largo de 8,5 cms. y un mayor diámetro de 15 mm., termina en una punta roma y está perforado en todo su largo, siendo la perforación mucho más ancha en el lado más grueso.

El cincel de cobre quebrado es de los usados en las épocas siguientes. Mide 5,5 cm. de largo (el pedazo) y tiene un ancho de 22 mm. en la paleta. Este hallazgo y los montoncitos de óxido de cobre evidencian que los indios diaguitas ya en esa época usaron el cobre.

La alfarería sacada de este cementerio consta de diez fuentes pintadas, cuatro enlucidas de rojo sin dibujos y nueve piezas de alfarería de uso doméstico.

En las ilustraciones 18. b, c, d, e. se reproducen diversos tipos de la alfarería doméstica de este cementerio.

Dos de estas piezas las encontramos dentro de una tinaja tapada con una piedra plana (una taza y un cantarito como Ilustr. 18. a). Esta tinaja era de factura ordinaria, sin enlucir; la greda ya estaba en mal estado y se deshizo en muchos pedazos al sacarla; estaba llena de arena y no encontramos restos óseos en ella. Sus dimensiones eran aproximadamente de 60 cm. de altura por 35 cm. de diámetro en la boca y no tenía asas.

El cantarito de la Ilustr. 18. a, es de color gris, de una factura regular y mide 10 cm. de altura. Del mismo tipo hemos

encontrado tres más, que difieren sólo un poco en las dimensiones y en el alisamiento.

La taza es de hechura bastante tosca e irregular; mide 9 cm. de alto y también es de un color gris.

La Ilustr. 18. b muestra un cantarito parecido al de la Ilustr. 18. a, pero de una factura mucho más perfecta, bien alisado y con el recipiente muy prolongado hacia adelante.

La Ilustr. 18. c representa una ollita de suspensión, cuya forma no la hemos encontrado en otros cementerios diaguitas. Tiene dos asas redondas, que probablemente han servido para suspenderla sobre el fuego, porque el fondo de esta ollita estaba tiznado. Las asas llevan una raya grabada en el centro, en sentido longitudinal; es de un color terroso y de factura regular y tiene una altura de 10 cm.

Tres de los platos fuentes enlucidos de rojo son muy gruesos, especialmente en el medio, adelgazándose un poco hacia las orillas. Son completamente lisos, pero de diferentes tamaños. El más pequeño mide 6 cm. de alto por 19 cm. de diámetro; otro tiene 8 cm. de altura y 20 cm. de diámetro y el tercero mide 11 cm. de alto por 23 cm. de diámetro.

Una de las fuentes rústicas que no está completa, tiene un doblez en el borde y probablemente lo ha tenido en ambos lados; este doblez puede haber servido para alzarla del fuego, su color es gris como la alfarería de uso doméstico (Ilustr. 18. e). Mide 18 cm. de diámetro por 7,5 de altura.

La ilustración Nº 18, d muestra un plato enlucido de rojo que tiene cuatro adornitos en cruz sobre el borde, dos naricitas dobles y dos sencillas que se enfrentan. Este plato fuente es de factura regular, mide 20 cm. de diámetro por 9 cm. de altura.

De los platos fuentes pintados, ocho lo son en los colores rojo, amarillo y negro y sólo en dos se ha usado el blanco en lugar del amarillo. Estos dos platos parecen que son del final de la época arcaica.

Uno de los platos más antiguos pintado con amarillo en vez de blanco es sin duda el plato semiglobular que representa la ilustración 17. a. Sus diseños están bastante borrados por una pátina obscura de manera que difícilmente se distinguen;

Ilustración 17.

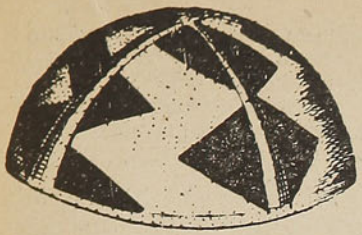


Fig. a.—Plato semiglobular dibujado en los colores rojo, negro y amarillo. El dibujo de este plato estaba bastante borrado por la patina del tiempo. Es, probablemente, entre la serie de platos que hemos sacado en Las Animas el más antiguo; por dentro este plato está enlucido de negro. Diám. 19 cms. Alt. 8,5 cms.

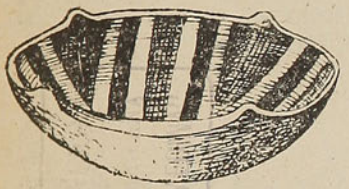


Fig. b.—Plato dibujado en los colores rojo, negro y amarillo, adornado con 4 cachitos en el borde. El dibujo es interior, el borde está pintado amarillo pasando una franja angosta hacia el exterior y el interior. Dimensiones: Diám. 17 cms. Alto 7 cms.

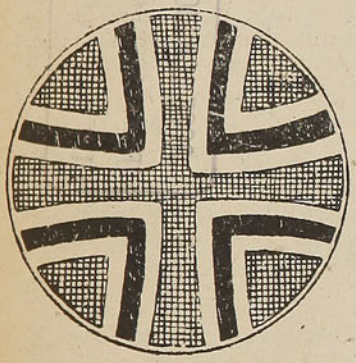


Fig. c.—Proyección plana de l dibujo del plato anterior. El rojo se ha indicado con cuadriculado.

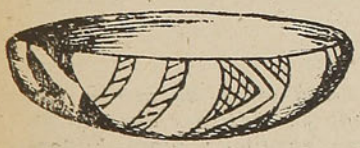


Fig. d.—Plato con los colores rojo, negro y blanco. Este plato aparece más fino y más delgado que los otros de este cementerio arcaico. El reemplazo del color amarillo por el blanco indica que es del final de la etapa de la alfarería arcaica. Esta clase de platos encontramos en los períodos siguientes como ajuar de la llama que se enterraba muchas veces junto con su dueño. Dimensiones: 22 1/2 cms. de diámetro 7 1/2 cms. de altura.

el dibujo es al lado exterior del plato que mide 19 cm. de diámetro por 8,5 de altura (En los dibujos los campos amarillos los hemos llenado con puntitos y el rojo con rayitas dia-

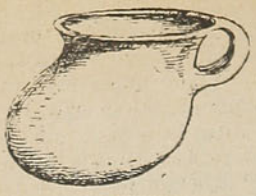


Fig. a.—Típicos cantaritos diaguitas para poner al fuego. Estos mismos cántaros se encuentran en todos los cementerios de la cultura diaguita-chilena. Han servido para calentar bebidas o comidas (Alt. 10 cms.).

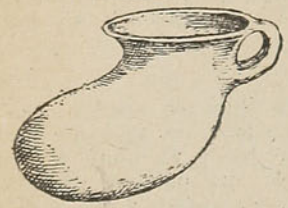


Fig. b.—Como el anterior, pero con el depósito muy alargado (Alt. 12 cms.).



Fig. c.—Ollita con dos asas de regular factura, lisa, de color terroso, la parte de abajo, tiznada. En el centro de las asas, en sentido longitudinal una raya grabada. (Alt. 10 cms.).

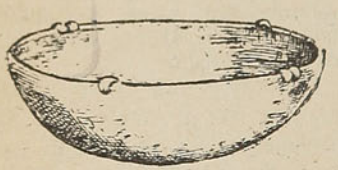


Fig. d.—Fuente de color rojo, pulida de 20 cms. de diámetro por 9 cms. de altura. Tiene 4 adornos en el borde: dos naricitas dobles y dos sencillas, las paredes tienen 1/2 cm. de grosor.



Fig. e.—Fuente ordinaria de color terroso que tiene una depresión en el borde, probablemente a ambos lados, para alzarla.

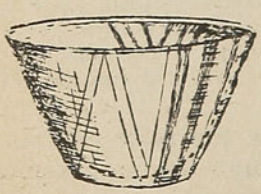


Fig. f.—Tazón cónico de paredes rectas, dibujado por dentro y fuera en los dibujos rojo, amarillo y negro. El fondo es plano por afuera y redondo adentro como se ha indicado con puntitos. Dimensiones: Alt. 7 cms., diám. de la boca 18 cms.

gonales) ; el interior de este plato está enlucido de color negro.

La ilustración 17. b representa un plato fuente que lleva cuatro cachitos en el borde. Sus colores son también amarillo, rojo y negro (el negro no siempre se ha conservado en esta alfarería, ni en las épocas siguientes en su primitivo color; muchas veces se ha transformado en un gris o bistre por transformaciones químicas al contacto de otras materias). En la proyección en círculo se ve el dibujo completo. Naturalmente por la proyección en plano el dibujo no da la impresión exacta como viendo el plato, porque mientras la circunferencia se ve igual, las líneas o dibujos en dirección al centro se han acortado según la hondura del plato. El plato mide 17 cm. de diámetro por 7 cm. de alto.

Tres de los platos llevan el dibujo y forma de la ilustración Nº 1. c.; el dibujo central se parece algo a la svástica; en el borde exterior está pintada una angosta franja de amarillo. Las dimensiones de los tres platos son: dos platos iguales de 20 cm. de diámetro por 7,5 de altura y un plato con 22 cm. de diámetro y 8,5 de altura.

La ilustración Nº 1. b muestra el dibujo interior de dos platos fuentes que se parecen. Uno mide 23 cm. de diámetro por 8 cm. de alto; el otro tiene 26 cm. de diámetro por 10 cm. de alto. Ambos platos tienen exteriormente una franja amarilla de 1 1|2 cm. de ancho como un centímetro más abajo del borde. El dibujo principal es en el interior del plato en los colores amarillo, rojo y negro.

Un plato-fuente no vulgar en esta cultura es el de la ilustración 18. f en forma cónica, de paredes derechas y fondo plano. Sus colores también son amarillo, rojo y negro y es dibujado por ambos lados. Sus medidas son 17 cm. de alto por 18 cm. de diámetro y 7 cm. de diámetro en la base plana. Interiormente las paredes nó forman ángulo con la base, sino son redondas como en los platos esféricos.

En la ilustración 1. a y 17. d se reproducen los dos platos fuentes, en los cuales aparece el blanco en lugar del amarillo. El plato-fuente 1 es el más grande que hemos encontrado en este cementerio. Mide 27 cms. de diámetro por 9 cms. de alto. Sus paredes son relativamente gruesas. Estaba quebrado

y le faltan algunos pedacitos. El dibujo es igual por adentro y por afuera, y consta de paralelas unidas por rayitas diagonales sobre fondo blanco y dibujos que tienen la forma de un peine, alternándose, uno a la derecha y otro a la izquierda sobre franjas blancas que salen desde el fondo y se ensanchan hacia la periferia.

El otro plato-fuente, Ilustr. 17. d, es de paredes más delgadas. Mide 22,5 cms. de diámetro por 7,5 cms. de altura. Su forma es más extendida o plana que el anterior y sus paredes se vuelven un poco hacia adentro. Es dibujado sólo en el interior del plato y su dibujo es más fino que el del plato l. a. Fuera del motivo de peines y de paralelas con rayitas diagonales aparece en él un motivo de rayas cruzadas. Platos parecidos encontramos también en la época de transición y en la época clásica, en platos que habían sido fabricados para sus llamas o guanacos regalones.

Encontramos un fragmento de otro plato o tazón como el de la ilustración 18. f dibujado por ambos lados y también diversos fragmentos de platos, en que aparecen algunos motivos chinchas, toscamente dibujados.

Una pieza muy interesante de este cementerio se destruyó por un derrumbe que vino de arriba, antes que la pudiéramos sacar. Era un cántaro con dos orejas que tenía a lo menos 60 cms. de alto, cubierto con grandes dibujos. Se parecía a las piezas de alfarería que han denominado "urnas" y sin duda era un precursor de estas hermosas vasijas que, pintadas, son muy escasas en los cementerios de la época clásica.

*Cementerio de transición*

Frente al cementerio "arcaico" descrito anteriormente, pero al otro lado del río, a una distancia de unos dos kilómetros, línea recta, en el fundo de don Ernesto Munizaga, se encuentra otro cementerio de la cultura diaguita, cementerio que tiene características especiales que pertenecen a la época de transición en la alfarería de estos indios.

Está situado en la segunda meseta, sobre la margen derecha del río a unos tres kilómetros al Oriente de Altovalsol.

En este plan sobresalen unos grandes peñascos de formación granítica que vulgarmente se denominan "alas de mosca", cuya estructura exterior parece de capas superpuestas, que permitió a los indios separar de ellas planchas delgadas que le sirvieron para sus sepulturas.

El cementerio está a unos 20 metros de distancia de un grupo de las más grandes de estas piedras, de las cuales algunas tienen 3 a 4 metros de altura por 8 metros de base. En todas ellas hay señales que se han desprendido planchas funerarias, planchas que en algunos casos tenían casi 1 metro en cuadrado de superficie por un grosor de una a dos pulgadas.

Estas planchas de piedra no se usaron como en las clásicas sepulturas diaguitas que describo en el capítulo sobre el gran cementerio de "El Olivar", sino se colocaron siempre en las sepulturas, paradas, una o dos en línea, orientadas más o menos de Norte a Sur, un poco inclinadas sobre el cadáver.

La osamenta la encontramos siempre al lado poniente de la laja o plancha de piedra parada y el ajuar al lado de la cabeza y a los pies, en un caso a ambos lados de la piedra laja.

En las excavaciones encontramos las puntas superiores de las piedras lajas a una profundidad de 70 a 80 cms. debajo de la tierra, siendo la profundidad total de las sepulturas de 1,60 a 1.80 m., pero examinando bien el terreno, pudimos darnos cuenta que una quebrada que baja al lado de los cerros por el lado Norte puede haber depositado en este plan varias capas de material de aluvión, de manera que ahora se encuentra en la superficie una capa vegetal de 20 a 30 cms., después una capa de ripio, piedras y arena de más o menos del mismo grosor y en seguida una capa de tierra que, a una profundidad de 1 m. a 1.20 m., cambia nuevamente con una tierra arcillosa. Esta última ha servido de piso a las sepulturas.

Creemos por eso que las sepulturas se cavaron en la capa de tierra que sigue al ripio y que originariamente su profundidad no ha sido mayor que un metro o un metro veinte centímetros.

En la capa de ripio e inmediatamente debajo encontramos piedras grandes de río que cercaban las sepulturas. En algunas, sin embargo, estaban desplazadas, probablemente por las

corrientes de agua que bajaban, en las grandes creces, por la quebrada.

La característica de las lajas paradas la encontramos por primera vez en el largo tiempo que nos dedicamos al estudio de las culturas antiguas de esta región, por lo que llamamos a este cementerio el "cementerio de las lajas paradas". Sin embargo, después encontramos algunas sepulturas de la misma clase en los dos cementerios de influencia incaica de esta misma región, pero eran evidentemente preincaicas.

Los huesos estaban aún firmes, pero no tan bien conservados como en los cementerios de la época clásica, la última antes de la llegada de los Incas.

La sepultación del cadáver se hizo en este cementerio con las piernas encogidas, recostado de lado y con la cabeza hacia el Norte. Las sepulturas eran individuales y contenían una sola osamenta.

En dos sepulturas de menor profundidad encontramos la laja característica, pero no habían osamentas, pero sí, dos cantaritos de uso doméstico con el recipiente alargado hacia adelante y una asa en la parte de atrás. Creemos que estas sepulturas pertenecieron a niños de corta edad, cuyos huesos ya se han deshecho.

La alfarería pintada o dibujada era relativamente escasa y seguramente muy apreciada, porque la encontramos muy protegida, resguardada dentro de cántaros rústicos, que parecían haber sido confeccionados especialmente con este fin. Sólo en una sepultura encontramos alfarería pintada sin esa protección. Esos cántaros dentro de los cuales se guardaba la alfarería pintada se parecían en la forma a las llamadas "urnas", pero eran sin pulimento y sin dibujo.

En otra sepultura los dos platos dibujados estaban resguardados por una piedra laja que las cubría y que descansaba sobre dos piedras laterales.

En dos sepulturas el cráneo del indio estaba protegido por grandes fragmentos de tinaja.

La alfarería pintada constaba exclusivamente de platos-fuentes cuyos dibujos ya contenían una gran parte de los motivos del dibujo diaguita, pero el dibujo era más grande, más

tosco, más primitivo que en la época clásica. La forma de los platos había evolucionado; ya no era la semiglobular como en el cementerio arcaico, sino un poco más plana, como se puede ver en el cuadro "Evolución del plato diaguita" y en las ilustraciones 2. a, b, c, d, e.

Encontramos en este cementerio tres vasijas que tenían forma de urnas. Una de ellas era de gran tamaño, enlucida de rojo y de hermosa forma; otra era de forma y factura más tosca; en partes se le notaba aún restos de un enlucido rojo. Era de tamaño regular, sus asas son tableadas, lo que es una excepción, ya que en la generalidad son cilíndricas. La tercera de estas piezas era mucho más pequeña y no tiene señales de haber estado enlucida; su color es terroso. No conservamos las medidas de estas piezas.

Las vasijas que sirvieron para resguardar la alfarería pintada no se han podido salvar, porque estaban en mal estado.

De la alfarería doméstica encontramos seis cantaritos de la forma típica y de diversos tamaños. De éstos se perdieron tres que probablemente no estaban bien quemados y en estos casos, la humedad los ablanda y se deshacen con la menor presión. Ninguno de los cantaritos domésticos tenía decoración.

Encontramos un solo objeto de cobre, que era un cuchillo rectangular, con una pequeña perforación en su borde superior. Sus dimensiones son: 5 cms. de largo por 3,5 cms. de alto; en la parte superior tenía un grosor de 2 mm., adelgazando hacia la parte de abajo que formaba el filo. También encontramos una pala de piedra; constaba de una saltadura de una gran piedra de río que tenía forma de óvalo con 16,5 cms. de diámetro en sentido transversal y 12 cms. de alto; en la parte superior tenía una saliente como un pedúnculo que debe haber servido para sujetarla a un mango.

Este cementerio fué muy difícil de cavar. La tierra era muy dura y las sepulturas estaban muy distantes una de otra, generalmente dos o tres metros, de modo que fué difícil localizarlas, a más que en el potrero donde estaban no se pudo hacer mayores excavaciones. Las sepulturas que hemos podido cavar no pasan de 12 a 15. El material arqueológico se encuentra en el Museo Nacional de Historia Natural, excepto

algunas piezas que quedaron en poder del propietario de la hacienda señor Ernesto Munizaga, quien dió toda clase de facilidades para efectuar estos trabajos.

*Los Cementerios de la Epoca Clásica*

Existen en esa región, casi en el medio entre el cementerio arcaico y el de transición, varios grupos de cementerios diaguitas que pertenecen a la última época de la alfarería pintada de esta cultura.

Algunos fueron descubiertos cuando se hicieron las excavaciones para el conducto del agua potable de La Serena. Dicen los trabajadores que estas excavaciones pasaron por varios cementerios en el potrero "largo" que forma parte de la hacienda de Chivilcán. Sacaron en este tiempo muchas piezas que quedaron en poder del contratista y de particulares; pero la gran mayoría de las piezas de alfarería fueron quebradas por los mismos trabajadores en su labor.

Nosotros hemos podido localizar los grupos d. Además hemos encontrado algunas sepulturas en otro grupo que está al lado de la represa del canal de la luz eléctrica. Este canal atraviesa un grupo del cementerio.

Las características de estos cementerios son iguales a las que describimos en el capítulo sobre el cementerio "El Olivar". Había un buen porcentaje de cistas tapadas y hechas con piedra laja. Las lajas que sirvieron para hacer las cistas, son generalmente planchas delgadas de la misma clase que en el cementerio de transición, al otro lado del río. En las grandes rocas de Punta de Piedras se encuentran las huellas de los trabajos para desprender estas planchas.

El dibujo de la alfarería era muy perfecto y había un mayor porcentaje de alfarería pintada que doméstica. Entre la primera habían varias piezas hermosas como algunas que ilustramos en los dibujos.

Una hermosa urna de gran tamaño estaba en una sepultura deliberadamente destruída, porque los fragmentos estaban amontonados al lado de la osamenta. Después de una larga

tarea nos fué posible reconstruírla de unos 103 pedazos. Se encuentra hoy día en el Museo Arq. de La Serena.

Esta urna estaba junto con un plato de la época clásica. Está dibujada por ambos frentes. Más o menos a mitad de su altura está circundada por una línea negra gruesa, que divide el dibujo en dos mitades, una superior y otra inferior. Por un frente el lado superior está decorado con un dibujo típico de la cultura diaguita y el lado inferior con un dibujo del estilo nuevo. Por el otro frente es al revés. El dibujo diaguita va abajo y el estilo nuevo arriba. El motivo del dibujo, estilo nuevo, es igual en ambos frente, mientras que para el otro se han elegido dos motivos diferentes.

Las dimensiones de esta urna son de 40 cms. de altura por 34 cms. de abertura y 38 cms. entre las dos asas.

De las otras piezas de alfarería que encontramos en este cementerio llaman la atención otras dos urnas, un hermoso jarro pato, el más grande que hemos encontrado hasta la fecha y un cántaro antropomorfo. Estas piezas pertenecen a lo mejor que hemos visto de esta cultura.

Las dos urnas son muy interesantes por sus dibujos. Damos detalles de una en la ilustración 3. d y 11. a, urna antropomorfa dibujada por ambos frentes.

El jarro pato es de una ejecución esmerada. Sus medidas desgraciadamente se nos han extraviado. El cántaro antropomorfo mide 17 cms. de alto, 12 cms. de boca y 15 cms. en su mayor diámetro. Es igual que el jarro pato, de una ejecución esmerada y pertenece a las piezas escasas en esta cultura. Ilustración 27.

Encontramos algunos objetos de cobre, cuentas de collar y útiles de hueso tallado de las especies corrientes.

Los grupos estaban parcialmente removidos, porque las planchas que tapaban las sepulturas estaban a muy poca profundidad y muchas fueron sacadas con el arado.

Estos grupos eran relativamente chicos, calculamos que pueden haber tenido 20 a 30 sepulturas cada uno.

Es muy posible que con el tiempo se descubran otros grupos dentro del mismo potrero, porque todo hace creer que este lugar ha sido muy poblado en tiempo prehistórico.

*Cementerios del tiempo de la dominación incaica*

En septiembre de 1945 y en junio de 1947 fueron descubiertos dos cementerios en esa región que he denominado "Hoya arqueológica de Altovalsol". El primero por la construcción de una variante del camino de La Serena a Vicuña al lado sur del río Elqui y el otro, por una variante de un canal de riego en un fundo de don Ernesto Munizaga en el lado Norte del mismo río.

Ambos cementerios presentan marcadas influencias de la dominación incaica.

No pudiendo acudir a tiempo para excavar estos enterratorios, fuentes de los restos arqueológicos de culturas pasadas —sucedió lo que sucede siempre en estos casos—, que los mismos trabajadores y otros aficionados saquearon una gran parte de ellos, vendiendo numerosas piezas de la hermosa alfarería, que se encuentran ahora en manos de particulares, perdiéndose así también muchos valiosos documentos de investigación (*).

Sin embargo, nuestras propias excavaciones posteriores en cooperación con la Sociedad Arqueológica de La Serena y el estudio de las piezas de alfarería procedentes de estos cementerios que se encuentran en manos particulares y otras que se encuentran en el Museo de La Serena, permiten clasificar estos dos cementerios como de la última época de la cultura diaguita, antes de la llegada de los españoles, con marcadas influencias de las culturas del Perú.

Habían en estos dos cementerios, diferentes clases de sepulturas, algunas de profundidad de 1.50 a 2 m., con la característica laja del cementerio de transición, que contenían alfarería netamente diaguita, la cual se encontraba a veces debajo de una capa de ripio, otras en cistas de piedra con alfarería que denotaba fuerte influencia incaica. Estas sepulturas no eran tan ordenadas como en los cementerios clásicos diaguita y eran generalmente menos profundas que las ante-

(*) Felizmente el Museo Arqueológico de La Serena ha podido adquirir posteriormente una colección en que se encuentran la mayor parte de las piezas provenientes de este saqueo.

riores. Una tercera clase de sepultura encontramos especialmente en el cementerio del lado norte del río, cuya profundidad era de 2 a 3 metros. Después de una gruesa capa de tierra habían varias piedras grandes y lajas puestas sin ninguna regularidad y más abajo se encontraba el ajuar funerario resguardado por una plancha de piedra delgada, debajo de la cual se encontraban verdaderas nidadas de cacharros, aríbalos, fuentes pequeñas, platos antropomorfos, jarros pato, reformados por el Inca y piezas exóticas de cerámica. Parece que estas sepulturas pertenecían a individuos peruanos. En una de estas sepulturas se encontró un pequeño plato de mármol gris jaspeado, con paredes rectas que es igual a un ejemplar que se encontró en el cementerio de "La Reina" cerca de Santiago.

No podemos informar sobre otros objetos del ajuar funerario, porque como ya he dicho, una gran parte de éstos debe haberse perdido por los saqueos y, los trabajos propios no fueron suficientemente extensos, por las circunstancias en que se efectuaron, para haber descubierto todo.

Además de estas tres clases de sepulturas encontramos en estos cementerios algunas simplemente en tierra, sin protección alguna.

Esta diversidad de sepultura sugiere la idea que estos dos cementerios pertenecieron a representantes del Inca, que al instalarse usaron cementerios ya establecidos, correspondiendo las sepulturas con alfarería netamente diaguita a los primitivos habitantes. Las sepulturas hondas eran de los peruanos y las sepulturas en cistas de piedras corresponden a indios diaguitas, en contacto o al servicio de los peruanos.

Estos dos cementerios nos han facilitado llegar a conclusiones sobre la influencia peruana en el territorio diaguita-chileno, que resumimos en un capítulo especial (Ver influencia incaica, ilustración del 5. a, b, c, d, e, f).

*Diversos Cementerios prehistóricos en las provincias de Coquimbo y Atacama*

*Copiapó.*—En esta ciudad, durante los trabajos del alcantarillado se descubrieron cementerios indígenas que pertene-

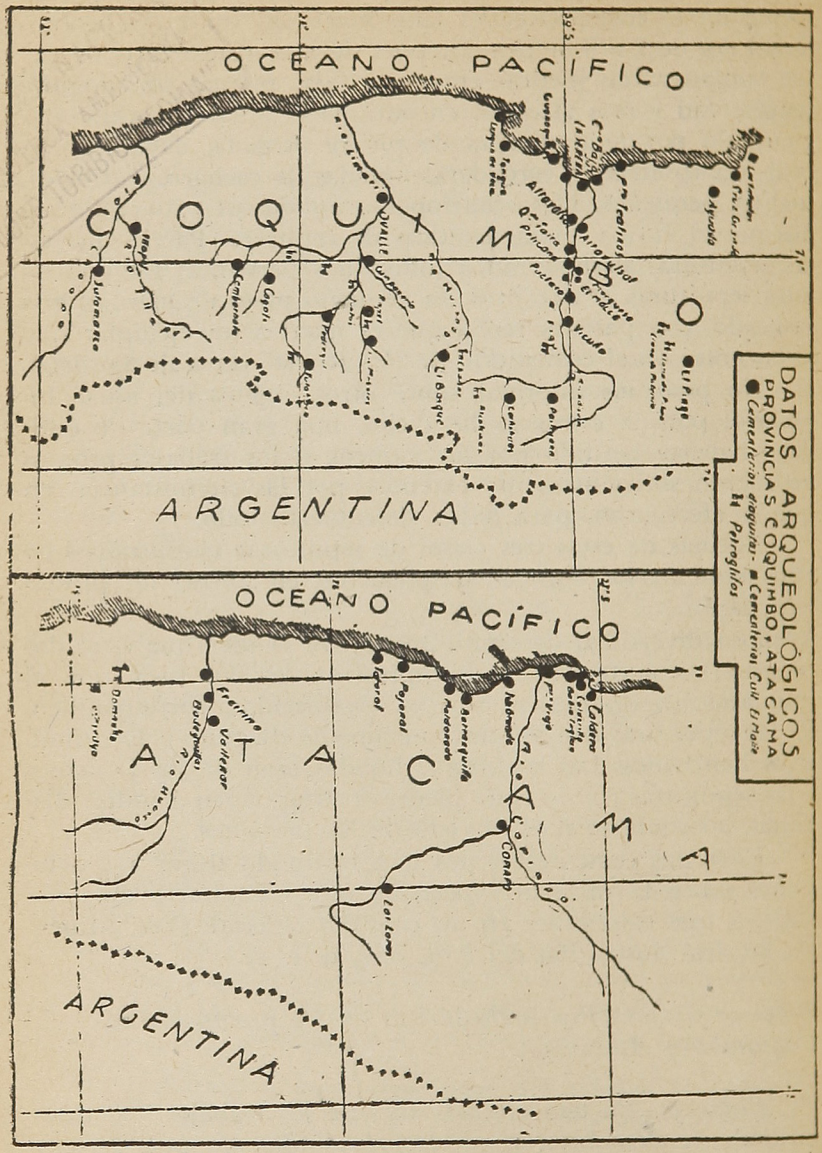



Ilustración 19.

cen a la cultura diaguita, especialmente en la calle Chañaral. El señor Elías Espoz, efectuó excavaciones en un sitio de su propiedad en calle Chañaral y extrajo una cantidad de cántaros y otras especies, que demostraban fuerte influencia incaica.

*Los Loros.*—Tenemos referencias precisas que en este pueblo sobre el ramal del Ferrocarril de Copiapó a Tres Puentes, se han hecho excavaciones en cementerios indígenas (diaguitas), encontrándose diversas piezas de la conocida alfarería de esta cultura. También tenemos datos que en otros puntos de este ramal se han encontrado cementerios de la misma cultura.

*Caldera y Litoral de Atacama.*—Véase 1ª y 2ª expedición al desierto de Atacama.

*Freirina.*—Don Ricardo E. Latcham cita e ilustra varias piezas de alfarería diaguita de este lugar. Pero no hemos podido ubicar ningún cementerio o el punto donde se hicieron estos hallazgos.

*Bodeguillas.*—En este lugar, sobre el Ferrocarril de Vallenar a Huasco encontramos una serie de morrillos que estaban todos hoyados en su centro, que probablemente eran túmulos de la cultura de El Molle, que en el Valle del Huasco han preferido esta clase de sepultura.

*Vallenar.*—El año 1944, al hacerse los trabajos de desagües de una población nueva, se descubrió un cementerio diaguita. Solicitamos alguna información al señor Gobernador y contestó que el cementerio había sido reservado para un Museo del Sur.

*Los Choros.*—Encontramos al lado sur de este pueblo minero un antiguo cementerio de indios pescadores con cultura paleolítica, sin alfarería. El cementerio de los indios diaguitas no lo pudimos ubicar, a pesar que encontramos muchos indicios de que han vivido en esa región.

*Los Infieles.*—Un poco al norte de Cruz Grande, cerca de la costa en un lugar que denominan "Los Infieles", encontramos un cementerio indígena de unas diez sepulturas, con restos de un pueblo que usaba la tembetá y la cachimba de pie-

dra de dos brazos y un depósito central perpendicular, igual que el pueblo de la cultura de El Molle.

*La Aguada.*—Pequeño cementerio diaguita de unas diez sepulturas de piedra laja (Alfarería del tercer período).

*Cruz Grande.*—Al efectuarse los trabajos para la construcción del puerto, se descubrió un cementerio de la cultura diaguita, debajo de una gruesa capa de arena.

*El Arrayán.*—En esta caleta, que queda treinta kilómetros al norte de La Serena, a pocos metros de la orilla del mar, hay un cementerio de la cultura diaguita. Estaba ya completamente saqueado cuando lo vimos por primera vez. Consta de varias hileras de sepulturas de piedra laja, extraída de las rocas vecinas.

*Punta de Teatinos.*—Este cementerio se encuentra al lado de las casas del balneario Punta Teatinos y consta de cuatro grupos; sepulturas clásicas y en tierra, alfarería pintada de las tres épocas (como en El Olivar).

*Compañía Baja.*— (Véase el artículo: Cementerio de la Compañía Baja).

*La Serena.*—En La Serena habían varios grupos de cementerios diaguitas alrededor de la Plaza de Armas y otro en Edo. de la Barra esquina Matta con características semejantes al de El Olivar (Se conocen hasta ahora cinco cementerios diaguitas en La Serena).

*Peñuelas.*—Cementerio diaguita ubicado casi frente al balneario en el primer plan que se eleva sobre el mar, con un alto porcentaje de sepulturas clásicas y alfarería de las dos últimas épocas (Se conocen hasta ahora ocho grupos).

*Altovalsol.*— (Véase artículo La Hoya Arqueológica de Altovalsol).

*Marquesa y El Pingo.*—El cementerio diaguita consta de varios grupos, unos cerca de las casas de la hacienda y otros a unos 800 metros más al poniente, en la meseta colindante a los cerros. Están en un potrero que tiene una buena capa de tierra de migajón.

Los grupos que se encuentran cerca de las casas tienen muchas sepulturas de piedras lajas, especialmente uno que se encuentra cerca de una gran bodega; en cambio los grupos

que están más al poniente no tienen sepulturas clásicas y tienen características especiales que haremos notar más adelante.

Las lajas, de que están formadas las sepulturas cercanas a las casas de la hacienda, son toscas, de piedra granítica, gruesas y poco labradas. El material es escaso. No hemos encontrado peñascos o rocas cerca. La alfarería y las características generales de los cementerios son más o menos las mismas, como en el gran cementerio de la Compañía Baja (El Olivar), con muy poca influencia incaica.

Los grupos que están al poniente tienen la particularidad que están a una profundidad de dos metros y más. Contienen alfarería de la época clásica, pero no hemos encontrado sepulturas de piedra. Fué difícil descubrir estos grupos por su profundidad. Encontramos en algunas sepulturas piedras largas y delgadas, plantadas como postes, cuyas puntas quedaban unos 40 cms. debajo de la superficie. La tierra en esta parte es en su capa superior (unos 70 cms.) de buen migajón, luego viene más abajo una capa de tierra arenosa cuyo espesor es de 1.30 m. y en seguida una capa de greda, que forma el piso de estas sepulturas.

Creemos que la capa de tierra migajón, se ha formado posteriormente por la tierra lavada de los cerros y arrastrada por las quebradas vecinas por causa de aluviones extraordinarios.

En estas sepulturas, que se excavaron con mucha dificultad por la profundidad, encontramos en su mayoría platos con el tema preferido. Había poca alfarería negra o de uso doméstico y ésta era en su mayoría de grandes dimensiones, comparada con otros cementerios.

Siguiendo la Quebrada de Marquesa hasta Chañar y de ahí remontando unas mesetas altas se pasa por un portezuelo llamado "Yerba Loca", para bajar después a un valle denominado El Pingo. Hay ahí algunos potreros con alfalfa, pero en invierno queda abandonada la Estancia a que pertenecen, porque en este valle cae bastante nieve en invierno.

En este valle quedó descubierto un cementerio diaguita por una crece de una quebrada, que por lo general está seca o trae poca agua, pero en años lluviosos arrastra mucha agua.

Cuando hicimos el viaje a esta solitaria región, el cementerio ya estaba saqueado y encontramos sólo la pedacería de su cerámica que tiene las mismas características como la de Marquesa, es decir, que parece haber sido manufacturada por los mismos indios de Marquesa.

Las sepulturas eran casi todas de piedras lajas. Después de fatigosa búsqueda y excavaciones, encontramos todavía un plato más o menos intacto que había quedado entre sepulturas. Fué el resultado de un viaje de diez días, con grandes dificultades y privaciones.

En el viaje de a caballo a este lugar, encontramos en una meseta alta, dos grandes grupos de petroglifos, a los cuales nos referiremos en otro capítulo.

Encontramos el asa de un hermoso jarro pato que quedó botado en el campo del cementerio, como despojo del saqueo. Representa la cabeza de un puma estilizado, que es probablemente una pieza de cerámica totemica.

*Pelicana.*—Frente a la estación de este nombre del Ferrocarril a Rivadavia, en la margen sur del río Elqui, se encuentra el cerro La Poya. El valle en esta parte es más ancho a causa de la desembocadura de la Quebrada de Potrerillos. El cerro La Poya tiene una altura de unos 100 metros y es por los lados sur y norte muy escarpado, formando una cuchilla en dirección este-oeste. La ladera del oeste es igualmente muy escarpada, pero hacia el oriente se abre en un suave faldeo como un abanico.

En este faldeo se encuentran los restos de un cementerio indígena de túmulos, que por los fragmentos de alfarería que hemos encontrado, pertenece a la cultura diaguita.

Lo que queda de este cementerio son emplazamientos de grandes piedras de río que deben haber sido los fundamentos de las pirquitas que formaron los túmulos. En las murallas y pircas vecinas se ven también una gran cantidad de estas piedras que han sido utilizadas donde se encontraban al alcance.

Se pueden distinguir seis hileras de diez túmulos cada una y una de nueve; total 69 sepulturas. Las sepulturas están cinco metros distantes una de otra en ambos sentidos. Para la primera hilera, desde abajo se ha formado una especie de te-

rraza para igualar el declive; en las demás hileras no está tan pronunciado este trabajo.

Este cementerio de túmulos debe haber sido destruído hace mucho tiempo, como todos los de esta misma clase que se han encontrado en lugares poblados. Se encuentran sólo las bases circulares o cuadros redondeados de grandes piedras de río. La sepultación debe haberse hecho encima del suelo, rodeando luego el cadáver con una pirca en forma cónica, para luego cubrirlo con ramas y tierra. El subsuelo dentro de los redondeles no está removido y consta de tierra, cal y rocas.

En la cima del cerro se notan también restos de nueve túmulos de piedra.

En las partes planas cerca del cerro La Poya hay varios cementerios diaguitas, especialmente en un potrero que queda al lado poniente del camino que conduce de la hacienda Calera a la Estación Pelicana. Cuatro de estos cementerios se encuentran a orillas del barranco que da hacia el río; éstos están destruídos por el derrame de las aguas de riego. Otro que se encuentra más distante del barranco lo hemos cavado algunos años atrás.

Había muchas sepulturas de piedra laja. La alfarería estaba bien dibujada y fabricada con esmero. Encontramos en este grupo un jarro pato de un solo color rojo y otro pintado y dibujado.

La alfarería pertenece al segundo y tercer período, con muy poca influencia incaica.

*El Molle.*—Hay seis cementerios de una cultura indígena, que era desconocida. Fué descubierta por el autor el año 1938 (Ver descripción publicada en la Revista Chilena de Historia Natural, Vol. XLVIII (año 1944) y 2ª parte de este libro).

*Puclaro.*—Puclaro queda a tres kilómetros al poniente de la Estación Almendral en el valle de Elqui. Los cementerios están a unos 500 metros al poniente de las casas de la hacienda y fueron descubiertos cuando se hizo una plantación de damascos en 1935. Hemos podido cavar una parte de uno de los grupos. Los demás los saquearon los trabajadores del fundo.

También aquí había una buena cantidad de sepulturas clásicas con piedras lajas. Encontramos una interesante pieza

ornitomorfa. En total se conocen cuatro grupos de cementerios en esta hacienda, que tienen más o menos las mismas características que los demás del valle. El valle en esta parte es angosto y no se ha prestado para una gran población.

*San Isidro-Vicuña.*—Hay varios grupos de cementerios de la cultura diaguita, destruídos o embancados por el río. Excavamos en uno de estos cementerios cuyas sepulturas se encontraron a tres metros debajo del suelo. En la alfarería se nota mayor influencia incaica.

*Paihuano.*—Más al interior del valle de Elqui, en la quebrada de Paihuano, encontramos otros cementerios de la cultura diaguita. Están a unos 500 metros al poniente de las casas de la hacienda.

En estos cementerios había excavado antes que nosotros el Dr. Gajardo Tobar. Pudimos localizar un nuevo grupo con un gran porcentaje de sepulturas de piedra laja. En este cementerio había también sepulturas más antiguas, más hondas que las corrientes, parecido como en la Cía. Baja (El Olivar). La alfarería de éstas era del período de transición.

La alfarería que encontramos es la corriente de la cultura diaguita con muy poca alfarería doméstica. No encontramos objetos de cobre o bronce, ni collares u otros adminículos que se suelen encontrar en las sepulturas de esta cultura.

Encontramos por primera vez una tinaja grande y completa. Estaba en los contornos del grupo. La boca estaba a unos 50 cms. debajo de la superficie y tenía 90 cms. de diámetro por 75 cms. de profundidad, siendo su fondo redondo y las paredes más o menos rectas. Le sacamos la tierra con todo cuidado para examinar su contenido y encontramos en el fondo, tapados con pedazos de alfarería, una porción de greda fina, algunos huesitos de animal y fragmentos de alfarería dibujada, pero nada completo.

No creíamos que esta tinaja estuviese pintada exteriormente y como la greda estaba ya en mal estado por la gran humedad del terreno, había poca probabilidad de sacarla entera y así fué. Se hizo pedazos al quererla sacar del hoyo, pero pudimos ver que todo su exterior estaba dibujado con líneas gruesas en rojo y negro, formando un dibujo geométri-

co de ángulos agudos, que se alternaban una vez arriba y otra vez abajo.

A 120 metros hacia el este, en un huerto viejo, encontramos otro grupo de cementerio. Todas las sepulturas eran al parecer cistas de piedra, de las cuales abrimos algunas. Estaban sistemáticamente cavadas por mano experta; faltaba la alfarería y los cráneos, sin que en la hacienda haya recuerdo cuándo o quiénes habían hecho este trabajo.

Según dicen los trabajadores de esta hacienda, al plantar la viña, se encontraron muchas sepulturas; pero en esa parte ya no se puede cavar sin hacer perjuicio.

Hay una diferencia en la orientación de las sepulturas, que en otros cementerios encontramos de este a oeste. Aquí las encontramos orientadas casi de norte a sur.

*Cochiguas.*—En las partes susceptibles del cultivo de este valle del poderoso afluente del río Elqui, el Cochiguas, se enrada y las paredes delgadas. Los dibujos grandes en los colores rojo y negro, sobre fondo blanco.

Proseguimos las excavaciones durante tres días sin poder localizar más sepulturas. En una extensión de 25 metros de frente por varios metros de fondo cavamos el barranco y encontramos en todas partes abundante cantidad de fragmentos de alfarería, especialmente de la ordinaria, huesos de auchénido y huesos humanos aislados, aparte de diversas herramientas de piedra, como raspadores, cuchillos, puntas de flechas a medio hacer, etc.

También encontramos una concha de mar, de las que llaman chapas en la costa; todo esto hasta una profundidad de 1.20 m., donde cambiaba la tierra con una capa que no estaba removida.

cuentran las huellas de una población indígena, que llega hasta la cordillera.

Hicimos un primer viaje de a caballo desde Monte Grande, por un caminito sumamente peligroso (aun no existía la huella para autos).

Encontramos al pie de un gran bloque de piedra, cubierto con petroglifos, que representaban llamas estilizadas, una osamenta y la mitad de un plato semiglobular de la primera

época de la alfarería dibujada. Los trabajadores de la hacienda me contaron, que habían encontrado también al pie de otros petroglifos, osamentas y cacharros ordinarios.

Un poco más al interior, en la hacienda del señor Miguel Tagle, también habían enterratorios al pie de petroglifos, que pertenecían a épocas posteriores. En uno de ellos, los trabajadores habían encontrado un hermoso cántaro botilliforme, que denota ya la influencia de la dominación incaica.

*El Bosque* (río Hurtado).—En el curso superior del río Hurtado (Departamento de Ovalle) en la hacienda El Bosque, hay numerosas huellas de una población indígena. Resolvimos hacer excavaciones en un pequeño cementerio de la cultura diaguita, que queda unos cuatro y medio kilómetros más arriba de las casas de la hacienda El Bosque.

El cementerio se encuentra en la barranca poniente del río que en esta parte tiene un curso casi norte a sur; denominan este sitio "Falda Mala". El camino sigue por el otro lado del río hasta llegar a la Argentina.

En las barrancas donde se habían encontrado anteriormente algunas piezas de alfarería, se ven incrustados numerosos fragmentos de alfarería ordinaria y algunos huesitos. Tuvimos la suerte de encontrar al poco tiempo de excavar, dos piezas de alfarería dibujada, una fuentecita semiglobular que tapaba un recipiente globular, un poco aplastado, con cuello corto y bordes vueltos hacia afuera. Al lado de estas dos piezas de alfarería encontramos parte del cráneo humano; parece que los demás huesos se habían ya desintegrado, excepto algunos que encontramos aislados.

Ambas piezas de alfarería son de la época arcaica, quizás del final de este período, porque su factura es bastante esme-

Llegamos a la conclusión, que el río se ha llevado la mayor parte del cementerio en sus creces, quedando sólo algunas sepulturas que fueron en las que se encontraron las dos piezas de alfarería y algunas otras que estaban en poder del señor Jorge Iribarren Ch., uno de los dueños de la hacienda. Estas piezas son más o menos de la misma época que las que hemos sacado nosotros.

No hemos encontrado piedras lajas que pudieran haber

servido para hacer cistas; tampoco encontramos objetos de metal en este cementerio, aunque posteriormente el señor Iribarren encontró en esa misma región un interesante ejemplar de hacha de cobre.

Lo encontrado y las piezas que formaban la colección del señor Jorge Iribarren (que dicho señor obsequió al Museo de La Serena), nos permite formar una idea más o menos cabal sobre este cementerio; cuatro piezas de alfarería pertenecen a la primera época de la alfarería pintada, en su último tiempo. Una de las piezas, un cántaro globular, simétrico, sin asa y con el borde vuelto hacia afuera, tiene dibujos que pertenecen ya a la época de transición, como también muchos fragmentos que encontramos; en cambio no encontramos nada típico de la última época.

Todo tiene la apariencia como que los indios viniendo desde el otro lado de la cordillera, empezaron a poblar este valle, desplazándose poco a poco más río abajo, donde el clima en invierno no era tan riguroso (el cementerio de Falda Mala se encuentra a unos 1.700 metros de altura), llegando por fin a la costa, donde encontramos los mejores cementerios de esta cultura. Uno de los primeros puntos colonizados en la costa puede haber sido Guanaqueros, donde encontramos un cementerio muy antiguo, con alfarería similar a la encontrada en Falda Mala.

La alfarería doméstica en el cementerio de Falda Mala estaba representada por un pequeño cantarito de la forma característica diaguita y numerosos fragmentos grandes, que permiten establecer que la forma era la típica de la alfarería diaguita. Fragmentos de tinajas grandes también se encontraron en este cementerio igual como en los otros de esta cultura.

*Guanaqueros.*—A unos tres kilómetros al poniente de la caleta de pescadores, en un lugar llamado La Higuera, a orillas del mar, hay un cementerio diaguita, en el cual encontramos en las pocas sepulturas cuyas señales pudimos verificar siempre, un esqueleto de auchénide junto con el humano. Probablemente se trata del guanaco y quizás de ahí el nombre de Guanaqueros. En las últimas búsquedas en este sitio encontramos una pieza de alfarería similar a la de río Hur-

tado. Las sepulturas estaban marcadas con grandes piedras y muy separadas una de otra. No hemos encontrado el cementerio más moderno de esta cultura, pero creemos que existe, por la cantidad de fragmentos de alfarería de la última época, que se encuentran en diversas partes.

En 1955 se encontró en Guanaqueros, al lado de la población un cementerio de indios pescadores, cuyos restos arqueológicos denuncian un pueblo que ha vivido en una fase de la evolución humana, que debemos situar en el neolítico precerámico. Llaman la atención sus hermosas puntas de lanza, dardo y de flechas trabajadas con gran maestría en cuarzo de color.

En Guanaqueros se encuentran también muchas rocas con morteros, que comunmente llaman "tacitas" (Fig. 189).

*Lengua de Vaca.*—En la Bahía de Tongoy, cerca de Puerto Aldea, hay un cementerio diaguita que consta en su mayor parte de sepulturas clásicas. Según dicen los habitantes vecinos, fué cavado por la marinería de los buques de la escuadra que inverna en Puerto Aldea. Por las piezas que hemos visto, pertenecientes a este cementerio y por los fragmentos que aun se encuentran, se trataba de un cementerio de los últimos tiempos antes de la dominación incaica, con muy buena alfarería de la segunda y última época preincaica.

*El Tangue.*—Fundo entre Tongoy y Lengua de Vaca. Se ha cavado un cementerio diaguita en el fundo de este nombre. No tenemos otras referencias.

*Departamento de Ovalle.*—En este extenso departamento son numerosas las huellas que ha dejado la cultura diaguita. En dos viajes que hice especialmente para estudiar la arqueología de los valles del Río Grande, del Limarí, del Mostazal y del río Rapel, en que recorrimos durante mes y medio esos valles, hemos encontrado muchísimos datos referentes a hallazgos de alfarería dibujada de los indios diaguitas, en toda la extensión de los valles principales, hasta muy arriba en la cordillera, como también en los valles laterales y afluentes a este río, lo que hace suponer que estos valles han sido densamente poblados en toda su extensión.

Las excavaciones que hemos practicado dieron sin em-

bargo, un resultado muy pobre, que se debe a los siguientes motivos: Los cementerios, si se pueden llamar así, presentan una característica muy distinta a los del valle de Elqui y de la costa. No existen las sepulturas en cistas de piedra, tapadas con grandes lajas (al menos no las hemos encontrado), lo que hace más difícil la ubicación. Las sepulturas que hemos podido localizar estaban simplemente en tierra y su profundidad era variable debido probablemente a que unas veces las inundaciones de los ríos habían quitado tierra de las capas que las cubrían y otras veces las han embancado.

La mayor parte de los cementerios están situados en el plan inmediato al río, a poca elevación sobre éste, por cuyo motivo la mayor parte de estos cementerios está destruída por las grandes creces de los ríos, que se han sucedido durante centenares de años. Por eso, la mayor parte de los hallazgos procede de los barrancos que cada vez retroceden, comidos por las aguas; a veces queda sólo una u otra sepultura a la orilla, porque generalmente el río ha entrado con más facilidad en estas partes, a causa que el terreno removido siempre queda más blando, aun después de tanto tiempo, y ofrece menos resistencia a los torrentes.

Otra dificultad para las excavaciones consiste, en que las sepulturas en muchas partes están muy distantes unas de otras, como por ejemplo en Tulahuen Oriente.

*Ovalle.*—En la hacienda "El Mirador", más o menos a un kilómetro al poniente de Ovalle, encontramos un cementerio de la cultura diaguita, por los datos que nos había proporcionado un antiguo arrendatario de esta hacienda, quien al hacer una acequia, encontró varias piezas de alfarería indígena y osamentas.

Tuvimos la suerte de encontrar el sitio preciso con la ayuda de un viejo mayordomo que se recordaba del hallazgo y pudo ubicar el sitio.

La alfarería constaba en su mayor parte de platos antropomorfos que estaban muy bien dibujados y de buena calidad. Prevalecía el tema corriente (Ilustr. 22.a), pero ordenado en dos hileras, una encima de la otra. Había muy poca alfarería ordinaria. Los platos estaban generalmente enlucidos de

blanco por dentro. En uno de los platos que no era antropomorfo y más grande que los demás, había dibujado en la parte interior dos puntas de flecha, una opuesta a la otra. Por último encontramos un hermoso jarro pato.

Por el largo tiempo que esta alfarería había permanecido en la humedad, la pintura estaba ya muy débil y hubo que limpiar estos tiestos con sumo cuidado, para no borrar la pintura.

En otra parte hemos expuesto ya la opinión, que los platos antropomorfos pertenecían a los jefes de grupo (clan) o los machis (médicos curanderos o brujos). Aquí parece que este cementerio ha pertenecido a individuos de esa índole. De las 17 piezas que extrajimos de este cementerio, 11 eran platos antropomorfos, 3 eran platos corrientes, un jarro pato y sólo dos piezas de alfarería doméstica del tipo corriente.

Probablemente existen otros grupos cerca, pero no hemos podido buscar, porque el campo estaba ocupado con plantaciones de maíz.

En otra parte, pero mucho más cerca de la ciudad, se encontraron varias piezas de alfarería diaguita, cuando se hizo el alcantarillado para Ovalle; piezas que están en poder del señor Julio Brusein en Ovalle. Una de ellas es singular, es un vaso céfalomorfo. En poder del mismo señor se encuentra también un instrumento de música de estos indios, algo así como una ocarina, que también hemos visto por primera vez en esta cultura. Ambas piezas nos hacen la impresión que son del tiempo de la dominación incaica.

Los fragmentos que hemos encontrado en otras partes cerca de Ovalle (hacienda Limarí) denotan una gran perfección en la alfarería y en su decoración, como también se puede comprobar en las numerosas piezas que se encontraron tiempo atrás en San Julián, pueblo cercano a Ovalle. Si tomamos además en cuenta la alfarería que se ha encontrado en Puerto Aldea, procedente de un gran cementerio en la costa, frente a Ovalle, que también es de excelente factura y dibujo, llegamos a la conclusión que en toda esta región ha florecido la cultura diaguita y que en esta región la influencia in-

caica ha sido menor, al menos en la alfarería, porque son muy escasas las piezas que la denotan, como las dos anteriormente mencionadas.

Debemos mencionar, que el único cementerio en que encontramos sepulturas de piedras lajas en esta región, es el de Puerto Aldea o Lengua de Vaca, cerca de Tongoy, lo que parece indicar que más al interior no han podido disponer del material adecuado.

En este Departamento queda mucho que explorar. Los pocos cementerios que se han encontrado por casualidad han entregado un espléndido material, como los de San Julián y de hacienda Campanario, de cuya alfarería se encuentran varias piezas en el Museo Nacional de Historia Nacional y otras en el Museo de La Serena. Mencionaremos aquí la región de Huatulame, S. Marco, Cogotí y por la costa de Puerto Aldea al sur, donde seguramente quedan numerosos cementerios diaguitas que aun no se han descubierto.

*San Julián.*—Cerca de Ovalle se encontró un cementerio diaguita del cual se sacó mucha alfarería muy hermosa, la que fué vendida en Ovalle. Algunas piezas interesantes fueron adquiridas después por el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago.

*Campanario.*—La hacienda de este nombre se encuentra cerca de Monte Patria (Estación del Ferrocarril de Ovalle a Juntas). Ahí se encontró un importante cementerio diaguita que contenía hermosa alfarería, de la cual varias piezas están descritas e ilustradas en la obra de don Ricardo E. Latcham "Alfarería Indígena".

*Rapel.*—En el valle del mismo nombre se han encontrado hermosas piezas de alfarería diaguita, pero no hemos podido localizar los cementerios.

*Las Mollacas.*—En la hacienda "Valdivia", frente a Las Mollacas, quedó descubierto un cementerio diaguita en la barranca del río, con motivo de la última gran crece en 1934. Pudimos descubrir sólo una sepultura, que contenía un hermoso plato dibujado. Más tarde supimos que los trabajadores de la hacienda descubrieron otro grupo cerca de este sitio, del cual sacaron numerosas piezas de alfarería.

*Pedregal.*—Localizamos un cementerio diaguita en la propiedad de don Luis Araya, en un plan cerca del río Mostazal. Encontramos dos sepulturas con alfarería doméstica y pintada de buena calidad. No pudimos seguir, porque el sitio estaba plantado con ají. Al año siguiente volvimos, pero no encontramos ninguna sepultura intacta. Parece que el río ha destrozado también este cementerio y que en el primer viaje tuvimos la suerte de encontrar justamente una "isla" intacta, todo lo demás estaba revuelto: huesos, pedazos de alfarería y otros objetos de piedra, etc. Hay datos en esta región de hallazgos de alfarería de los indios hasta en la alta cordillera.

*Caren.*—No cabe duda que en esta parte ha existido un cementerio diaguita, en la orilla derecha del río, en una propiedad de la Sucesión Pizarro y otras adyacentes. La enorme crece del Río Grande en el año 1905 destruyó la orilla hasta 100 metros tierra adentro, quedando entonces muchos objetos indígenas descubiertos y desparramados. Algunas piezas de alfarería se salvaron intactas, según cuentan los testigos de esos tiempos. En 1934 con una nueva crece del río, éste depositó una gruesa capa de tierra y arena en el mismo sitio. Las excavaciones no dieron resultado. Cerca de Caren, en una localidad llamada Bella Vista, también se encontró alfarería pintada dejada al descubierto por la misma crece del río. En Chañaral, unos cinco kilómetros más al este de Caren se encontró alfarería dibujada al plantar una viña.

*Tulahuen.*—Queda al pie del cerro del mismo nombre, un imponente macizo cordillerano a 100 kilómetros de Ovalle.

En la parte oriente de la hacienda se han encontrado muchas manifestaciones de la cultura aborigen, especialmente en un plan arenoso, que queda más arriba de las casas de la hacienda "Tulahuen Oriente".

Hemos seguido todos los datos de los hallazgos sin encontrar nuevos enterratorios. Los hallazgos anteriores fueron descubiertos por profundas grietas que abrieron las fuertes lluvias. Parece que tampoco aquí había verdaderos cementerios, sino enterratorios al lado de las viviendas.

La alfarería que hemos visto en poder de algunos trabajadores estaba prolijamente fabricada y dibujada. Una pieza ornitomorfa, que obtuvieron de un trabajador que la había hallado, reproducimos en la Ilustr. 4. b; es del período clásico de la alfarería diaguita chilena.

En un potrero alfalfado más abajo de las casas también se había encontrado restos y muchos fragmentos. Por nuestros sondeos creemos que en esa parte puede haber un cementerio diaguita, pero en la época en que visitamos esta hacienda no fué posible cavar en este lugar sin hacer considerables perjuicios.

Es curioso que la voz Tulahuen corresponda al idioma araucano.

*Cogotí.*—En el Museo de La Serena existen varios objetos de un cementerio diaguita de Cogotí. No tenemos mayores referencias.

*Combarbalá.*—Cerca del pueblo hay un potrero que llaman "los infieles". En este potrero quedan montículos de tierra, de los cuales tiempos atrás sacaron alfarería indígena. Encontramos numerosos fragmentos de alfarería dibujada de la cultura diaguita. Al excavar uno de los montículos encontramos mucha ceniza, huesos de animales y pedazos de cántaros. Según cuentan, el dueño de la propiedad hizo excavar la mayor parte de esos montículos para extraer la abundante ceniza que contenían, que le sirvió de abono. Por los fragmentos pudimos orientarnos, que la alfarería era de los dos últimos períodos. Encontramos varios fragmentos dibujados con el estilo nuevo.

*Illapel.*—Illapel y Salamanca constituyen, según nuestras propias averiguaciones, el límite sur de la cultura diaguita; al menos hasta la fecha no se ha encontrado cementerio de esta cultura al sur del río Choapa.

En Illapel, dos cuadras al sur de la Plaza de Armas, encontré un cementerio diaguita en un sitio del cual pude sacar cinco platos-fuentes y un cantarito de uso doméstico. Los platos eran bien dibujados con los dibujos corrientes y el can-

tarito que era de los comunes, no tenía decoración. No pudimos seguir estas excavaciones, porque a todo parecer, el cementerio seguía por debajo de una casa vecina.

*Salamanca.*—En Salamanca se ha encontrado alfarería diaguita en los lugares Guallilinga y en Chellepin, pero no pudimos ubicar los sitios precisos.

*Huentelauquen* (nombre araucano).— Encontramos un pequeño cementerio diaguita con alfarería de la 2ª y 3ª época y utensilios de cobre.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

# CAPITULO VII

## LA ALFARERIA DIAGUITA CHILENA

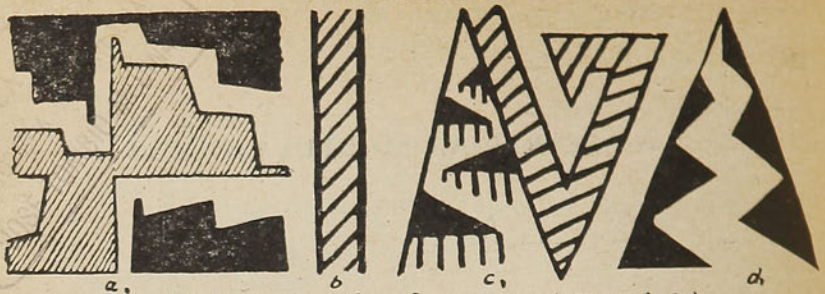
El documento más interesante y completo de esta cultura consiste en su alfarería, que se ha encontrado en abundancia. Esta alfarería se divide en dos grupos principales: la dibujada o pintada y la de color natural u ordinaria, que ha servido para los usos domésticos, para calentar bebidas o comidas, etc.

La alfarería dibujada y pintada no tiene señales de haber servido para poner al fuego —parece que su uso estaba limitado para servir en las grandes reuniones, fiestas, o en los funerales—, pero, a nuestro parecer, no era netamente ceremonial como pretenden algunos autores. Hay muchos platos en los cuales se puede fácilmente reconocer un desgaste, especialmente interior, como se pudiera haber originado por un uso continuado. Este desgaste se nota especialmente en los ejemplares que están interiormente enlucidos de color blanco; en estos platos muchas veces se ven los fondos como raspados, especialmente hacia el centro.

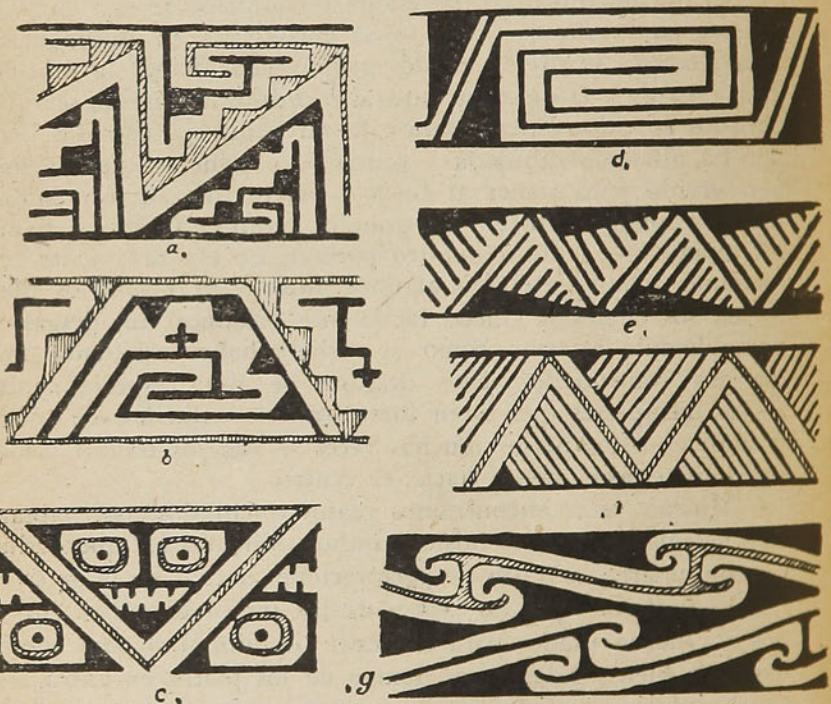
Muchas veces encontramos platos quebrados que habían sido arreglados por los mismos indios, uniendo las quebraduras con amarras a través de perforaciones hechas en la greda.

Es probable que los platos de los indios diaguitas chilenos no fueron usados para contener líquidos sino para comidas, más bien sólidas, pues dentro de los platos encontramos conchas de mariscos, huesos de animales y en muchos de ellos, sobre todo en el cementerio de "El Olivar", tallos de una legumbre o vegetal que ha brotado (quizás por la gran hume-

Ilustración 20.

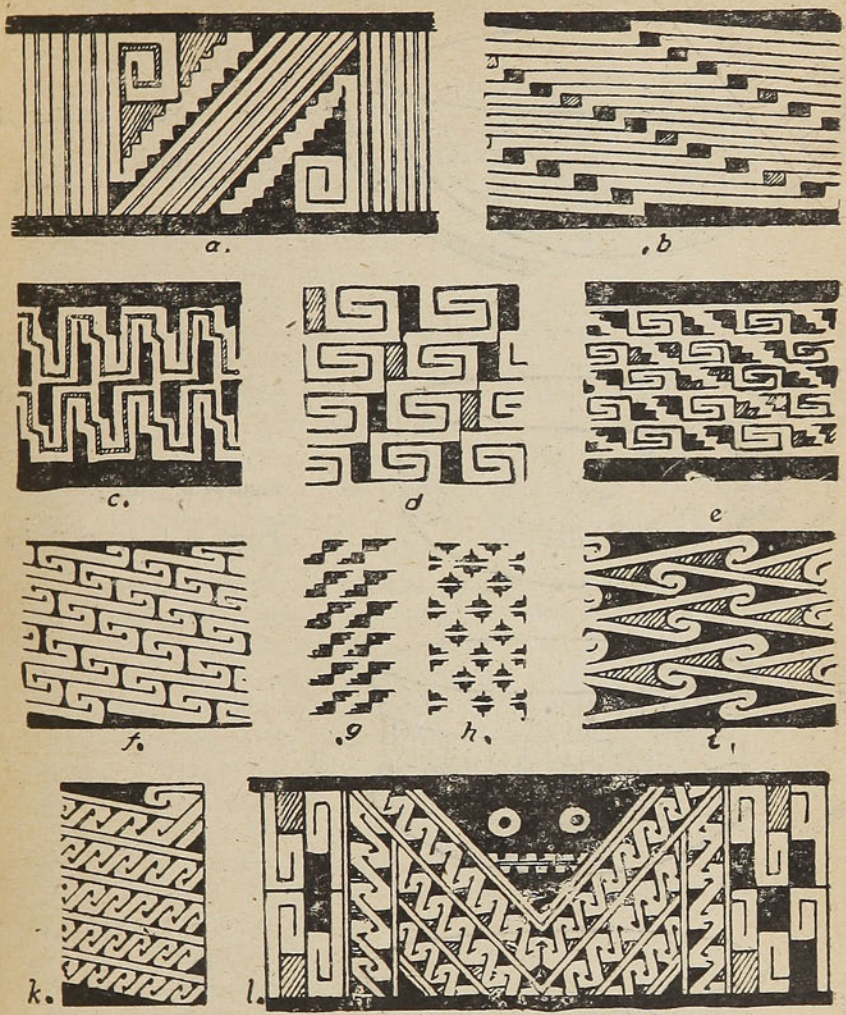



Motivos de alfareria arcaica (1er periodo)




Motivos de la alfareria de transición (2° periodo).

Ilustración 21.




Motivos de alfarería "clásica" (3er período). Además los motivos c, d y g de la época de transición, pero más finos.

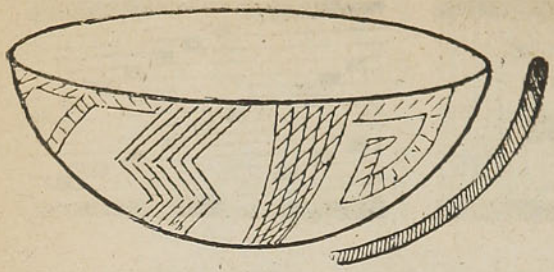
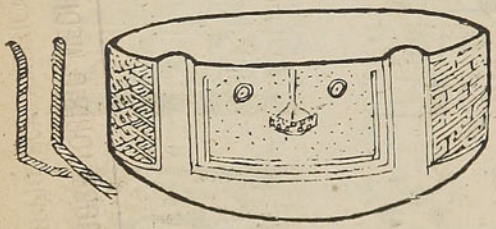
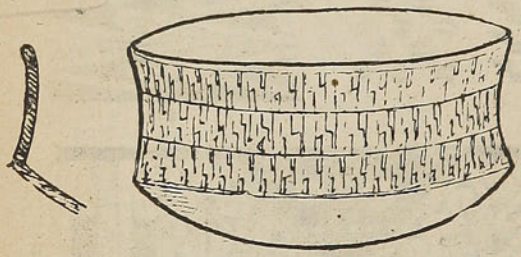
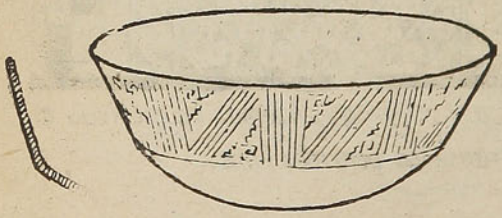


Fig. a.—Plato arcaico de factura gruesa.







Figuras b, c, d, g.

Platos de la época clásica.

dad de este cementerio), conservándose los tallos que forman un enjambre como un nido en el fondo del plato.

Ya nos hemos referido a nuestra clasificación en los cuatro períodos: "arcaico", de "transición", "clásico" y de la "influencia incaica" que hemos representado en las ilustraciones del 1 al 5.

*La Decoración,* que los indios diaguitas chilenos aplicaron a su alfarería y probablemente también a sus tejidos y objetos de madera, etc., que no se han conservado —consta de motivos geométricos, combinados a veces con una u otra figura estilizada del hombre o de animal—. Con la repetición y combinación rítmica de unos pocos motivos fundamentales como escalas, ganchos, triángulos, rombos, grecas, forman campos de fondo blanco, generalmente rodeados de una gruesa línea negra, dibujado en los colores rojo y negro.

Esta decoración, especialmente en su período clásico, es tan atrayente y variada, que merecería una amplia exposición para darla a conocer, con fines de adaptarla o incorporarla al arte decorativo moderno que hoy en día, trata de orientarse hacia las fuentes del arte nativo.

Desgraciadamente, el alto costo de las reproducciones gráficas nos señala un límite bastante estrecho para reproducir todo lo que fuese necesario para dar un cuadro completo de la decoración de los indios diaguitas chilenos y debemos concretarnos a reproducir sólo lo esencial. Estas reproducciones contienen una gran parte de los motivos de la decoración típica —motivos que pueden tener un amplio campo de aplicación en la cerámica moderna, en las artes gráficas, en interiores y aún en fachadas de edificios—, pueden servir para formar un verdadero arte decorativo nacional —original, vigoroso y al mismo tiempo delicado—, que en su belleza nada tiene que envidiar a otros estilos.

*Los platos antropomorfos.* Los platos, que en su desarrollo han adquirido diversas formas, como se puede ver en las ilustraciones 23 de a hasta h, son en la alfarería dibujada de esta cultura las piezas más numerosas y características. Entre ellos hay una cantidad pequeña (más o menos un 9 a 10%), que ostentan en un lado una cara estilizada del hombre y a

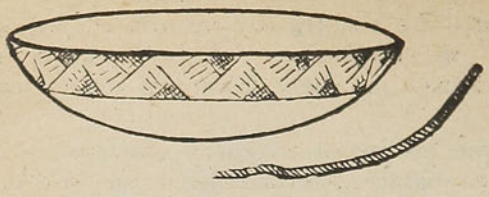


Fig. e.—Plato del período de transición.

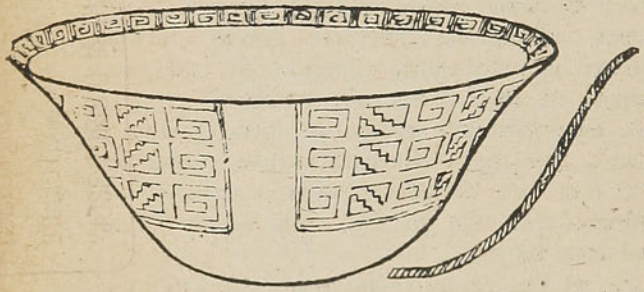


Fig. f.— Plato de la región norte y litoral de Atacama (Influencia incaica o estilo local).

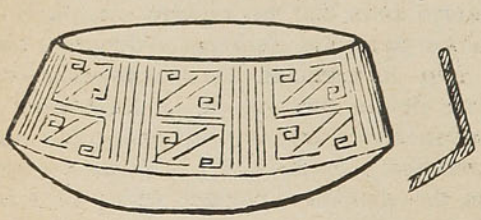


Fig. g.— Plato de la época clasica.

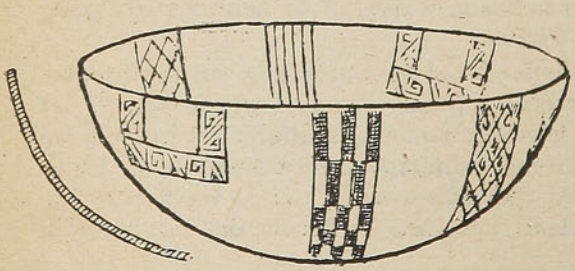


Fig. h.— Plato de la región norte y litoral de Atacama (Influencia incaica o estilo local).

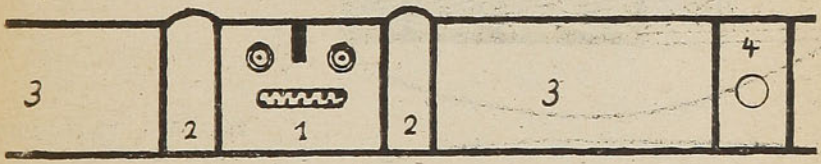
ambos lados de la cara, variados motivos de su decoración, ejecutados con especial esmero. Estos platos antropomorfos son del período clásico de esta alfarería y deben haber pertenecido a gente principal de la tribu.

En el croquis Nº 24 doy la organización esquemática de estos platos antropomorfos, pero dejo constancia, que el decorador indígena siempre trata de buscar la variación y a veces se sale completamente de lo que se pudiera calificar de rutinario, dando la sorpresa agradable al arqueólogo, de encontrar siempre algo nuevo.

Todos los platos de la época clásica tienen paredes erectas y los bordes están pintados de negro; en las paredes exteriores van los dibujos. El interior del plato muchas veces está enlucido de blanco; el fondo exterior y los campos no dibujados son de color rojo.

Los ojos de la cara, estos indios los han dibujado generalmente con dos círculos negros con un punto central rojo. Pero hay variaciones; en los platos antiguos y en algunos, más modernos, han dibujado los ojos dentro de un triángulo negro, del que bajan pequeñas líneas por el vértice interior, señalando las pestañas. Este ojo dentro de un triángulo lo encontramos también en las representaciones de figuras antropomorfas como en la urna que reproducimos en la Ilustr. 11. a.

La nariz se representa por una raya gruesa que sale del centro del borde, a veces corta, otras veces llega hasta la bo-




Ilustr. 24.—Plato antropomorfo. 1. Cara; ojos, nariz y boca, fondo punteado. 2. Espacio generalmente rojo o rellenado con dibujos geometrizantes finos. 3. Temas principales de dibujos geometrizantes, generalmente diferentes, a veces iguales. 4. Espacio posterior, generalmente rojo con una protuberancia o con una concavidad; a veces este espacio entre los dos temas principales lleva una franja angosta con dibujos geométricos en la parte superior y en algunos casos los dos temas son sólo separados por una línea o por un tema como en los espacios 2.

Ilustración 25.

*Platos antropomorfos*

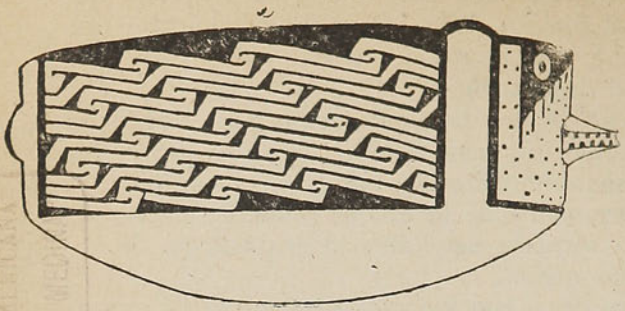


Fig. a.— Dibujo grueso, ojos dentro de un triángulo, boca muy saliente. Fondo y espacio entre los dibujos, rojo; parte posterior con protuberancia (El Olivar). (En el mismo cementerio se encontró otro similar, pero mucho más fino en dibujo y en factura).

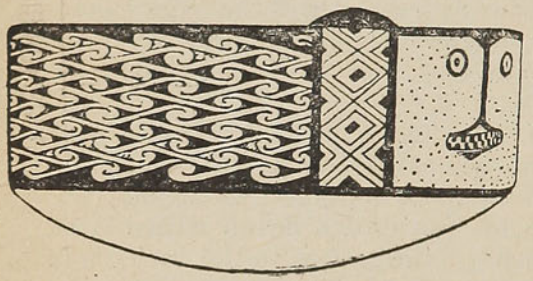


Fig. b.— Plato antropomorfo, boca poco saliente. Dos temas diferentes (El Olivar).

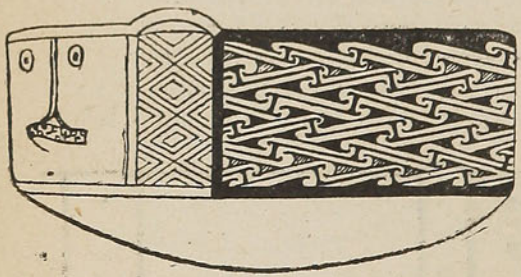


Fig. c.— El otro tema lateral.

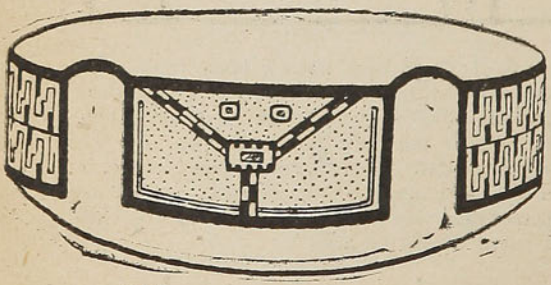


Fig. d.— Plato antropomorfo de Puclaro (en poder del Dr. Carlos Toro, La Serena). La cara es distinta, constituye más bien una excepción; ojos y boca cuadrada, el tema a ambos lados es el mismo.

ca, donde generalmente se bifurca o se divide en tres líneas que la unen con la boca, formando así las dos fosas nasales.

La boca es generalmente un rectángulo horizontal o un óvalo alargado en que están dibujados los dientes con puntos cuadrados, que salen de las líneas gruesas que forman el contorno de la boca, alternándose los superiores con los inferiores, como un engranaje. Entre los dientes de arriba y de abajo hay generalmente una línea roja.

Completan la decoración de la cara estilizada una doble línea, una roja y otra negra, que acompañan el cuadro que encierra la cara, por dentro, menos en la parte superior; el fondo del cuadro es generalmente punteado.

Esta es la forma básica del dibujo de la cara en los platos antropomorfos, pero como ya hemos dicho, hay muchas variaciones como se puede apreciar por los dibujos.

La cara estilizada se presta a dudas —podría representar un ave o un animal—, pero un más detenido estudio demuestra que se trata de representar la cara del hombre.

Debemos descartar desde luego la posibilidad que esta cara represente un ave, porque la boca es siempre dibujada con dientes, aun en los casos en que sobresale como un cono.

Podría ser la cara del puma; los salientes en el borde de los campos 2 y 2 pudieran significar las orejas cortas del puma, pero para ser el puma, no correspondería la boca realzada ni los ojos en triángulo, que hemos visto, corresponden a sus personajes idealizados, como en la urna Nº 11. b; a mi parecer estas salientes en el borde representan una indumentaria de la cabeza, como se ve en la espátula tallada de hueso que ilustramos en otro capítulo (Ilustr. 34).

Es posible que los personajes, jefes o curanderos entre estas tribus llevaban un gorro o indumentaria de la cabeza, que tenía dos salientes hacia arriba, como se ve claramente en las citadas ilustraciones, mientras que el individuo vulgar usaba sólo una gorra redonda, como se encuentran en las sepulturas atacameñas y como los usan hoy día algunos individuos del pueblo.

Quedaría por explicar las bocas, que a veces son lisas, otras veces tienen un suave relieve y en muchos casos tienen

un realce como un pequeño platillo o un cono, que sobresale hasta 2,5 cms. de su base. A este respecto creo, que entre estos indios se usaba un adorno labial, que probablemente no ha tenido la forma de la tembetá, que no hemos encontrado nunca en las sepulturas diaguitas chilenas, sino en las de los indios de la cultura de "El Molle", como he podido comprobar al encontrar esta cultura —pero puede haber sido un aparatito de madera que servía para hacer aparecer abultado o expandido los labios o quizás sólo el labio inferior. No hemos encontrado ningún comprobante para esta aserción, pero no encontramos tampoco otra explicación.

Una prueba para la evolución en el dibujo de los ojos, simplificándolos hasta dibujarlos con sólo un círculo con un punto central, la encontramos en un grupo del gran cementerio de "El Olivar", cerca de la Cía. Baja, al encontrar el plato antropomorfo Nº 25. a, que es muy antiguo por su dibujo grande y aún por la misma factura del plato —debe ser del principio de la época clásica—; este plato tiene ojos en forma de triángulo, una boca muy saliente como un cono y dos temas decorativos a ambos lados —pues en este mismo grupo encontramos otro plato antropomorfo que parece haber sido de algún sucesor del dueño del anterior—, mucho más fino en su ejecución —los ojos se representan con sólo dos círculos con un puntō rojo central, la boca es la misma, pero un poco más redondeada, el tema de un lado es el mismo, pero mucho más fino y el tema del otro lado se ha cambiado por uno parecido, pero mucho más difícil, que parece la última palabra en la decoración diaguita.

El plato Ilustr. 2. e de la época de transición es difícil de definir, si es antropo o zoomorfo, por la nariz y la boca, pero bien puede representar una máscara de baile que hacían de madera; al menos debemos pensar que las han tenido estos indios, como las han tenido los atacameños en el norte y los araucanos en el sur.

Es naturalmente hoy día muy difícil poder interpretar el verdadero significado de muchos de estos dibujos y sólo podemos llegar a algunas conclusiones por deducción sin pretender que sean suficientemente comprobadas.

Llaman urnas en la Argentina unos recipientes grandes con dos asas, que usaron los indios diaguitas argentinos para la sepultación de párvulos, para los que tenían enterratorios especiales.

En el área diaguita chilena las urnas son escasas y también parece que han tenido otro destino que en la Argentina, como veremos más adelante.

La proporción de urnas que resulta del total de piezas de alfarería decorada diaguita-chilena es más o menos un 3% y de este 3% sólo el 1% es dibujado o decorado; las otras son de color rojo o a veces del color gris, de la alfarería doméstica.

La forma de la urna chilena difiere de la argentina, aunque su desarrollo o evolución puede haber partido de una base común. En las ilustraciones 10. a, b, c y 11. a, b, representamos los tres tipos principales de urnas argentinas y dos formas típicas de urnas chilenas.

El tipo 11. a, es el más corriente en Chile; consta de un cuello cilíndrico recto con un borde volcado hacia fuera y un cuerpo globular que se alarga un poco hacia abajo, terminando en un pequeño asiento plano, un poco cóncavo. Más o menos a un cuarto de su altura se encuentran a ambos lados, dos asas, horizontales, un poco ascendentes, de sección cilíndrica.

El otro tipo de urna chilena es el representado en Fig. 11. b; en este tipo no está tan marcada la diferencia de cuello y cuerpo, sino que uno se funde en el otro, ensanchándose desde la boca poco a poco para formar una figura periforme, con poco marcada intersección entre cuerpo y cuello. La característica principal de este tipo es que el borde aparece cortado y no volcado.

Los elementos decorativos que adornan estas urnas son en general una figura antropomorfa en un frente, y campos a ambos lados y debajo de la figura principal, rellenados con sus motivos geometrizantes; todos los campos dibujados son blancos rodeados con gruesas líneas y el fondo general de la urna es rojo.

La antropomorfización se compone de la cara, muchas veces con bigotes y pera, un collar muy característico con adornos en la forma de la letra T, los brazos doblados hacia arriba con sus manos, y un dibujo típico, que probablemente representa un cinturón con sus flecos, como se puede ver en Ilustr. 27.

Debajo de la figura antropomorfa sigue a veces un cuadro y varias secciones con dibujos geometrizantes, que hacen la impresión como estilizaciones del ropaje ornado del representado. A veces aparece, en el otro frente opuesto al primero, otra antropomorfización, parecida a la primera —en la mayoría de los casos, el espacio libre a ambos lados y encima de las asas está dividido en cuadros rellenados con dibujos geometrizantes.

Hemos encontrado también urnas sin dibujo antropomorfo; en este caso toda la urna está ornamentada con dibujos geometrizantes. En esta urna como también en muchas otras se ha empleado un dibujo que llamamos el estilo nuevo; dibujos grandes en negro sobre el fondo rojo de la urna y fileteados de blanco, que alternan con dibujos geometrizantes; en un lado al tema de estilo nuevo aparece en la parte superior y el dibujo fino abajo y en el otro frente están en orden inverso.

Las dos urnas más grandes que conozco tienen 40 cms. de altura; ambas estaban quebradas deliberadamente y puesto en la sepultura, al lado del difunto, el montón de fragmentos. Una de ellas estaba quebrada en 103 pedazos, los que me tomé el trabajo de unir, en vista de que se trataba de un ejemplar interesante. La otra urna del mismo tamaño la obtuvo por compra el Dr. R. Schwenn, igualmente quebrada en infinidad de pedazos; así la encontraron trabajadores de un fundo en una sepultura del cementerio indígena de Puclaro —estaba a la vista, que las quebraduras eran antiguas. Felizmente el Dr. Schwenn tuvo la habilidad y paciencia para restaurar esta urna, salvándose así dos interesantes ejemplares de cerámica de estos indios.

La mayor parte de las urnas no pasan de una altura de 30 a 33 cms. y las hay más pequeñas hasta de una altura de

15 cms. Nunca hemos encontrado dentro de estos recipientes huesos humanos. Todos estos datos indican que probablemente las urnas a este lado de la cordillera no sirvieron para usos funerarios; parece más bien que han hecho el papel de grandes poncheras para contener las bebidas embriagantes para las libaciones acostumbradas en los funerales, y es muy posible que fueran quebrados algunos ejemplares de tan hermosa alfarería para que nadie más pudiera hacer uso de ellas como ha sucedido con las piedras de moler, que encontramos siempre quebradas.

*Los Jarros Pato*

En la alfarería diaguita chilena aparecen algunos cántaros que por su escaso número, por su belleza y su acabada factura, parecen haber sido de gente principal; estos cántaros se han denominado "jarros patos"", porque tienen cierto parecido con el cuerpo de un pato.

Los primeros jarros patos, tenían cabeza de pato y también colita y alitas, pero posteriormente la cabeza se ha antropomorfizado y se suprimieron la colita y las salientes que indicaban las alitas.

En el Museo de La Serena existe un ejemplar, que podemos considerar como un precursor de estos jarros, porque en él subsisten la colita y las alitas, pero ya la cabeza se ha antropomorfizado y dibujado en el frente del gollete, con una prolongación hacia abajo, igual a algunos jarros patos.

Según nuestras investigaciones, el jarro pato pertenece a la época clásica de la alfarería diaguita-chilena, es decir a la última, antes de la llegada de los Incas y es contemporáneo con los platos antropomorfos.

Podemos establecer en líneas generales las principales características de los genuinos jarros pato, anteriores a la dominación incaica, tomando como base el tipo más frecuente, porque el artista diaguita no se atenía siempre a cánones o reglas y caprichosamente aparecen siempre nuevas variedades imprevistas en sus artefactos, con variantes e innovaciones —pero son en minoría—, lo que nos permite establecer un ti-

po fundamental que pertenece a la época culminante de la alfarería diaguita-chilena.

La forma fundamental de estos jarros pato es ovalada con un pequeño asiento circular casi plano (un poco cóncavo); el cuerpo recuerda vivamente a un pato nadando; la cabeza antropomorfa está unida hacia atrás con un gollete corto de abertura ancha, por una asa un poco arqueada.

La decoración dibujada se puede dividir en dos variedades principales, una, en que la antropomorfización ocupa sólo la parte de la cabeza y lo demás está dividido en campos con dibujo geometrizantes y la otra, en que la antropomorfización ocupa toda la parte delantera y las decoraciones geometrizantes se extienden a ambos lados y en el gollete.

La cabeza tiene generalmente una expresión enérgica y creemos que se ha tratado de representar a algún mandatario, muchas veces con nariz aguileña y mentón saliente. Los ojos se representan de diversas maneras: dentro de triángulos con rayitas perpendiculares o por un cuadrado alargado dentado con una rayita colorada en el centro o también por una simple rayita gruesa con tres rayas hacia abajo.

Las orejas son señaladas muchas veces con pequeños promontorios redondos. La boca es ovalada, cuadrada o de forma triangular con dientes alternados.

En la frente tienen muchas veces una faja o tiara con algún motivo geométrico y sobre la cabeza alguna indumentaria que baja a veces, tapando las orejas parecidos a los gorros de los indios del altiplano boliviano.

En los jarros en que la antropomorfización ocupa todo el frente, se han dibujado algunos atributos del personaje que se ha querido representar, atributos que deben haber sido característicos de cierta casta o personajes, porque se repiten en casi todas las antropomorfizaciones en forma similar; primeramente un collar estilizado, que partiendo desde ambos lados de la cabeza o pasando por detrás de la nuca, se junta en un ángulo sobre el pecho; de este collar, que es dibujado por una simple raya gruesa, penden 4 a 6 adornos por cada lado, en forma de una T.

En nuestras excavaciones no hemos encontrado nada pa-

recido, por lo que creemos que este collar debe haber sido de un material que no ha resistido al tiempo.

En la terminación del collar hay un objeto que creemos poder identificar con una faja tejida, con los flecos colgantes a ambos lados. La forma de esta faja es siempre la misma, sólo los motivos de la decoración varían.

También se dibujan los brazos con las manos que se juntan debajo de la faja. Los brazos salen generalmente de las líneas gruesas que sirven de contorno a la antropomorfización, a veces también independiente, formando una figura como una V.

En algunos jarros se indican los pechos con dos puntos redondos y en el lugar que correspondería al sexo se dibuja un rectángulo alargado perpendicular con una raya en el centro o con un círculo y punto central.

Como en todos los dibujos diaguitas de la época clásica los campos que contienen los dibujos están circundados por una raya gruesa de color negro que en su parte baja llega hasta una línea, que en el pato sería la línea de flotación.

El color de fondo del jarro-pato diaguita, antes de la influencia incaica, es generalmente el rojo y sólo los campos rellenos de dibujos son blancos, siendo el dibujo en los colores negro y rojo.

En los jarros que tienen sólo la cabeza antropomorfa se extienden estos campos debajo de la cabeza y a ambos lados, juntando atrás, o son separados por espacios rojos del fondo. En los otros en que la figura antropomorfa ocupa todo el frente, los campos dibujados se extienden a ambos lados, separados del cuadro que encierra la antropomorfización por espacios rojos.

El gollete es casi siempre dibujado y muchas veces también el asa.

Durante la dominación incaica, el jarro pato sufrió algunas modificaciones en los centros donde la influencia incaica tuvo tiempo de extenderse. Encontramos en esas zonas los jarros pato de forma cilíndrica, con gollete angosto y alto y de asa plana y horizontal. El color de fondo es generalmente blanco.

*Un plato ofidiomorfo.*—En muchas culturas precolombianas la serpiente ha sido un elemento muy usado para la decoración de la alfarería. Así en México, Tiahuanaco y el Noroeste argentino; en Chile, la aplicación de motivos ofidiomorfos es muy escasa en la alfarería, en cambio se repite con mucha frecuencia en los petroglifos, cuyo origen y significado aun no se ha establecido.

Las pocas piezas de alfarería halladas en Chile, que ostentan una decoración ofidiomorfa, fueron halladas en la provincia de Coquimbo. Don Ricardo E. Latcham, en su libro "Alfarería Indígena Chilena" describe dos ejemplares que fueron encontrados en el valle de Elqui (pág. 164 al 167); se trata de platos o fuentes en los cuales la serpiente está dibujada más o menos estilizada, rodeando el plato exterior o interiormente, las cabezas están de perfil, con la boca abierta y visible ambos ojos.

En nuestras largas búsquedas en la región diaguita chilena no hemos encontrado nada igual, salvo un plato incompleto que tiene una decoración que se presta a dudas, si han querido representar un ofidio o un gusano de la tierra. Es un plato que encontraron trabajadores al hacer los desagües laterales del terraplén del Ferrocarril de La Serena a Juan Soldado, que atraviesa un grupo del cementerio de la Cía. Baja (El Olivar).

Los trabajadores habían encontrado varias piezas de alfarería y tenían una pequeña arteza llena de pedazos de las que habían quebrado. Entre esos pedazos estaba gran parte de un plato (toda la parte frontal) que ostentaba una decoración dibujada y parte en relieve.

El plato es de la época clásica, tiene un diámetro aproximado de 21,5 cms., sus paredes rectas, un poco inclinadas hacia afuera, tienen 5,5 cms. de altura; está finamente alisado y revestido de blanco por dentro. En el interior hay una decoración escaliforme; una raya que sale desde el borde interior perpendicular hacia el fondo (unos 3 cms.); a un lado de esa raya se han agregado escalones de mayor a menor en número de tres, siendo el más ancho el que sale del borde;

los escalones están rellenados, todo en color bistre. Es probable que al otro lado del plato ha habido otro dibujo similar.

A ambos lados del motivo principal este plato tenía las características elevaciones del borde de los platos antropomorfos. El color exterior del plato es rojo, el campo dibujado es blanco y el dibujo se hizo con un color bistre (negro ?) y rojo, estando los colores muy firmes a pesar de haber estado durante más de 100 años en terreno vegoso con mucha humedad.

El motivo de la decoración lo constituye una serpiente estilizada, que ocupa el centro, saliendo con la cabeza más arriba del borde; el cuerpo está en relieve y lleva una decoración de 5 rayas paralelas a lo largo, tres líneas negras y dos rojas, alternándose.

La cabeza está indicada solamente por dos puntitos que representan los ojos.

Las decoraciones alrededor del ofidio (o gusano) fueron adaptadas para llenar los espacios dejados por el cuerpo de éste, a la derecha hay tres triángulo llenados con rayas cruzadas y separados entre sí por rayas rojas y al lado izquierdo se desarrollaron motivos de ganchos y volutas que salen de bases triangulares o directamente de la línea ancha que encierra el dibujo.

*Alfarería Totémica*

Hemos encontrado en casi todos los cementerios algunas piezas de cerámica ornito o zoomorfa, las cuales parecen tener un significado especial que posiblemente está relacionado con el totem del clan a quien perteneció el cementerio. Los cementerios divididos en grupos, parecen indicar que existió una subdivisión social en clanes entre estos indios y no sería nada raro que esos clanes eran totémicos, ya que los distintos animales representados en las diferentes cerámicas se repiten sólo en un mismo grupo del cementerio.

Encontramos en un grupo de cementerio p. e., una cerámica que representa a un puma (felis leo), entonces es casi seguro, que en ese mismo cementerio no encontramos otra ce-

rámica zoomorfa, excepto quizás otra igual o sea del puma, y se nota una diferencia entre las dos piezas —una es mucho más antigua que la otra, como de antecesor y sucesor.

Los animales más representados son la llama, diversos pájaros, el puma, la rana, el lobo de mar, el perro y quizás también pertenecen a esta clase de alfarería los hermosos jarros pato, de los cuales encontramos en un grupo de cementerio 1, 2 y hasta 3 ejemplares con diferente edad.

Creemos que los jarros pato pueden haber sido totémicos, porque conocemos un ejemplar que después de haberse trizado fué arreglado por los mismos indios en la forma como arreglaban los platos, con una amarra a través de las perforaciones en la greda.

Esto indica que era un vaso ceremonial que aunque ya no servía para contener líquido, siempre representaba algo espiritual, probablemente el totem del clan.

*Otras cerámicas*

Fuera de las ya nombradas especies de alfarería dibujada, se encuentra un corto número de piezas, muy variadas en su forma, asemejando jarros con asa, como los de las ilustraciones 4. a, c, e Ilustr. 27 y otras de forma globular con un cuello recto o con el borde doblado hacia fuera, dibujados generalmente en la parte superior del recipiente globular.

También se encuentra con cierta frecuencia un pequeño recipiente sin asas, de forma de un globo aplastado del tamaño de un puño hasta el de un plato de postre; el dibujo se encuentra alrededor de la abertura en toda la parte superior del depósito (Ilustr. 3. b, c).

*Estilo Nuevo*

Este capítulo sobre la alfarería dibujada y su decoración, estaría incompleta si no hiciera mención de un estilo de decoración que según mi experiencia, apareció en el período de la alfarería clásica; es el que Greta Mostny llama el 4º estilo.

Ilustración 26.



Fig. a.— Pieza totémica, del cementerio "El Olivar", representando un batracio. Dibujo color bistre, fondo blanco en la parte posterior, una pequeña endidura. Altura 8,5 cms., largo total 15 cms., ancho 11,2 cms. De los cuatro puntos salientes del cuerpo emergen cuatro costillas realzadas que se unen en el vientre del animal representado.

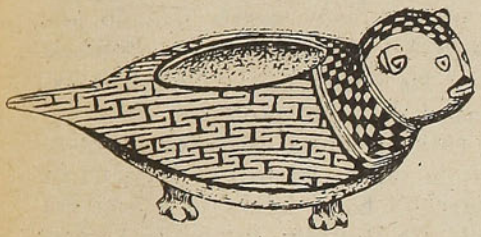
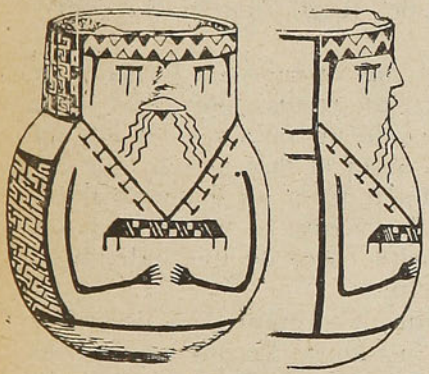


Fig. b.— Pieza totémica del cementerio "El Olivar" que parece representar un puma. Largo máximo 20 cms., altura 10 cms., con cuatro patitas cortas. La abertura tiene 6 cms. en la parte más ancha (casi redonda).



Ilustr. 27.— Cántaro antropoforfo de Pelicana con una asa redonda en parte posterior del cuello. Dibujo rojo y negro sobre campos blancos. Fondo y espacio entre los campos dibujados rojo. Alto: 17 cms., mayor diámetro 15 cms.

Se trata de dibujos decorativos grandes de color negro orillado con una raya blanca sobre fondo rojo; este estilo en su sencillez es de un efecto atrayente y elegante.

No podemos aún decir si se trata de una influencia externa ni cuando o como se ha desarrollado en Chile. Mirando hacia las culturas vecinas, vemos que al otro lado de la

cordillera hay vasos que llaman "de estilo Condorhuasi", cuyos dibujos tienen cierta similitud con ese nuevo estilo, aunque la forma de los vasos es completamente distinta. ¿Habrá venido esta decoración del otro lado de la cordillera, imitándola los artífices chilenos?

*Alfarería Doméstica*

Llamamos así la alfarería que ha servido para el uso diario y no está enlucida y pulida y tampoco pintada y dibujada; es de un color terroso, gris, muchas veces negro, tiznado por su uso en contacto con el fuego. En algunos de estos tiestos se nota un color pardo rojizo en las partes que no estaban expuestas al fuego, que es la asa y la parte posterior. Esta sección de la alfarería diaguita chilena consta casi exclusivamente de cantaritos con una asa; la mayor parte son asimétricos con un depósito globular alargado hacia adelante y una asa atrás, forma práctica para calentar líquidos, metiendo la parte delantera del cantarito a las brazas, de modo que la asa quedaba fuera, para retirarlos del fuego cuando era conveniente, sin quemarse.

Los cantaritos de esta clase son variados en forma y en tamaño, los hay desde los cantaritos rectos como tazas hasta los muy alargados casi de forma de un zapato y los hay en forma de verdadera miniaturas hasta el más grande que hemos medido, cuyo depósito globular tenía un diámetro transversal de 32 cms. por un largo de 45 cms. El tamaño más corriente corresponde a un cantarito como de uso individual; los grandes son en menor número.

Una parte de estos cantaritos y cántaros son decorados con aplicaciones en relieve o incisiones. En los cementerios donde se encuentra hermosa y abundante alfarería dibujada, la mayor parte de los cántaros de uso doméstico llevan decoración, en cambio en los cementerios más pobres abundan los cántaros lisos y sin decoración.

Los cantaritos lisos, sin adorno, tienen generalmente el borde vuelto hacia afuera; los que llevan decoración (especialmente los que tienen decoración antropomorfa) tienen un

cuello recto, en cuya parte delantera se encuentra la antropomorfización que consta de ojos y nariz (generalmente aguileña), orejas, que a veces sobresalen del borde. También el mentón está muchas veces bien marcado. Más abajo en el cuerpo del cántaro se han figurado a veces los brazos y manos, los senos, el ombligo y en algunos casos dos piernecitas cortas y el sexo de la mujer.

En muchos cantaritos la decoración se concreta sólo a tres protuberancias con incisiones que aparecen en el cuerpo del cántaro, en el lugar que correspondería a los senos y al ombligo, en las figuras antropomorfas.

A veces hay una decoración en el borde y en la asa; en estos casos el borde aparece como trenzado y en la asa se han grabado algunas líneas por incisión. Más escasas son las figuras de animales sobre la asa o en el nacimiento de ésta. Una antropomorfización interesante y completamente fuera del estilo general ostenta un cantarito que se encuentra en el Museo de La Serena y que ilustramos (Ilustr. 28, e). Esta antropomorfización consta de una cara que se ha aplicado un poco más abajo del borde, que es un poco volcado hacia afuera. La cara representa a un individuo con bigotes largos, una nariz bien formada, arcos superciliares levantados y los ojos marcados con párpados un poco abultados, separados por una incisión.

Encontramos a veces en las sepulturas algunos platos rústicos y a lo lejos, una ollita, pequeños recipientes de forma de un globo aplastado y cantaritos en miniatura como juguetes, hechos toscamente. En uno de esos recipientes encontramos un collar y el recipiente que no era más grande que una manzana, estaba dentro de un hermoso plato, como un joyero.

En las sepulturas de los alfareros se encuentra generalmente una ollita con tres patitas pequeñas, que debe de haberles servido para las pinturas, porque en su fondo encontramos siempre restos de pintura y a veces provisión de éstas, de los dos colores: rojo y blanco. En Marquesa y en otros cementerios del interior encontramos estas pinturas en panes bien formados.

En América parece que no existía el torno del alfarero;

Ilustración 28.



Fig. a.— Cantarito antropomorfo de uso doméstico. Se encuentra en todos los cementerios de la cultura diaguita-chilena. La antropomorfización se reduce a veces solo a la representación de nariz y ojos; en otros cantaritos se incluye la boca y la barba (mentón).



Fig. b.— Cantarito recto de forma de una taza con un asa, se encuentra de vez en cuando en todas las épocas de la alfarería. Su tamaño fluctúa entre 10 y 15 cms. de altura.



Fig. c.— Otro cantarito de uso doméstico con sólo tres protuberancias como decoración; las protuberancias llevan siempre algunas incisiones en sentido separativo del cuerpo.

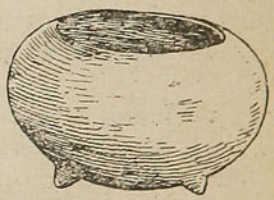


Fig. d.— Ollita con tres patitas cortas en que el alfarero arreglaba las pinturas para pintar su alfarería. Encontramos siempre en el fondo de estas ollitas, restos de pintura blanca y roja y a veces panes enteros de estas pinturas.

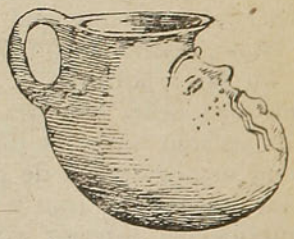


Fig. e.— Hermoso ejemplar de un cántaro antropomorfo, procedente de Paihuano. Actualmente en el Museo de La Serena. En este ejemplar la cara del hombre, ocupa todo el frente y la representación antropomorfa es realista con nariz, ojos, cejas, boca y barba bien modeladas. En esta cara llaman la atención una serie de puntos que se han dibujado en el labio superior hacia las mejillas en dos líneas que parten desde el lado de la nariz. No se sabe si esto representa un tatuaje o pintura de la cara.

no hemos encontrado ninguna pieza que hubiese sido hecha en un aparato mecánico. Aunque los platos están generalmente bastante bien ajustados al diseño circular, siempre se notan pequeñas variaciones y en algunos, éstas son conocibles a la simple vista.

En general, el trabajo de la alfarería era de las mujeres y hoy todavía existen mujeres del pueblo que no han olvidado por completo este arte.

Cerca de La Serena, en Pta. de Teatinos, vivía hasta hace poco una mujer que tenía cerca de 100 años; tenía fama de hacer platos, que fueron muy solicitados para cocer al horno algunos platos especiales como pastel de maíz y ciertas comidas de pescado. Esta mujer decía que su madre y su abuela habían sido alfareras y que eran indias. El Rvdo. Padre Eduardo Ludemann, del Verbo Divino, que era muy aficionado a los estudios arqueológicos y etnológicos, me contó una vez, que él había observado durante toda una tarde a esta alfarera mientras hacía sus platos. Cuenta que la india tomaba una cantidad de greda en la mano y la balanceaba, quitando o aumentando la cantidad hasta que la consideraba suficiente para su trabajo, en seguida empezó a formar el plato, sin ninguna herramienta, hasta dejarlo listo; hizo en esa tarde 6 platos, que al medirlos el Padre Eduardo, tenían exactamente la misma medida, sin que ella hubiese usado medida alguna.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

# CAPITULO VIII

## LA METALURGIA DIAGUITA CHILENA

No cabe duda que los diaguitas chilenos trabajaron algunos metales mucho antes de la dominación por los Incas. Tenemos absoluta seguridad que a lo menos trabajaron el cobre y el bronce; objetos de cobre encontramos hasta en sus sepulturas más antiguas. En cambio, los hallazgos de objetos de oro y plata son tan raros que no podemos asegurar que los hayan fabricado estos indios, más bien parece que su aparición en esta cultura coincide con la dominación incaica.

La mayor parte de los objetos de oro se han encontrado en Atacama, especialmente en el litoral desde Caldera al Huasco. Los cementerios indígenas de ese litoral desierto fueron cavados hace años por los pescadores de Caldera, precisamente porque contenían pequeños objetos de oro, que vendieron a los aficionados.

Ya hemos dicho en otra parte, que Copiapó y su litoral y toda la región norte estuvo más tiempo expuesta a la influencia incaica, y tenemos por cierto, que precisamente los invasores peruanos organizaron las minas de oro y plata que debían producir la principal parte del tributo que los indios de Copiapó y Coquimbo tenían que mandar al Inca.

Aun se conocen minas de ese tiempo, denominadas "minas de los indios", que tienen socabones tan estrechos y bajos, que sólo se puede entrar en ellas, arrastrándose.

En la provincia de Coquimbo los hallazgos de objetos de oro en las tumbas indígenas son mucho más escasos. En nuestra larga práctica, en esta provincia, hemos encontrado sólo

Ilustración 29.

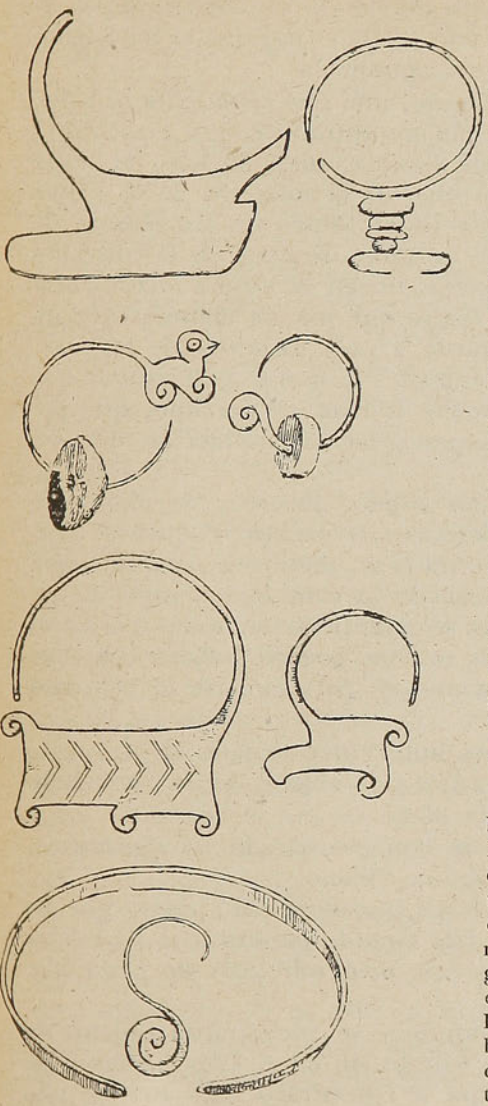


Fig. a y b.— Forma más usual y más antigua de los aros de cobre y de bronce que se encuentran en toda clase de sepulturas de la cultura diaguita-chilena.

Fig. c.— Aros de oro con una piedra redonda, plana por un lado y dos rayas en cruz grabadas y el otro lado convexa. Este aro lo encontramos en la Bahía Salada (Litoral de Atacama).
Fig. d.— Aro de cobre con una piedra ensartada del Litoral de Atacama, la piedra tiene forma de un disco.

Figs. e y f.— Dos aros de plata, fueron encontrados en un cementerio diaguita en la hacienda Titón, frente a la Quebrada de Talca (valle de Elqui). Trabajo esmerado, hoja delgada (Museo de La Serena). Tamaño del más grande, cerca de cinco centímetros. El chico en proporción.

Fig. g.— Brazalete de oro de Bahía Salada en el Litoral de Atacama. Mide extendido entre punta y punta 16 cms. por 0,5 cms. de ancho y un grosor de un milímetro; hacia las puntas va enangostando y adelgazando. Su peso es de 18 grs.
Fig. h.— El aro que se ha dibujado dentro del brazalete es de cobre y también procede del Litoral de Atacama (Pajonal).

una vez un objeto de oro; fué en Pta. de Teatinos, donde encontramos una cinta de oro enrollada como espiral en un tubo de hueso, que usaban estos indios, probablemente para absorber rapé o párrica; al menos es este el uso que se ha asignado a estos tubos, en la cultura atacameña.

Dos pequeñas figuras de oro, una que representa una llama y otra un hombre, se han encontrado en un cementerio indígena cerca de Almirante Latorre, unos 30 kms. al norte de La Serena. Ambas piezas eran de la colección de D. Eliseo Peña V. y están actualmente en el Museo de La Serena; de la misma procedencia existe un ídolo de plata en la colección del Dr. Schwenn; las tres piezas tienen la misma factura acabada que no deja lugar a dudas que son de manufactura incaica. Almirante Latorre queda a poca distancia de los antiguos lavaderos de oro "La Corina", lo que sugiere pensar que estas sepulturas pertenecieron a individuos peruanos que posiblemente tuvieron que supervigilar la producción del oro en esta parte.

Creemos por eso que los objetos de oro y de plata pertenecen al tiempo de la dominación incaica. Pequeños objetos de oro que se han encontrado en sepulturas aparentemente preincaicas, no son prueba de lo contrario, porque la influencia del dominador no se manifiesta en todas partes al mismo tiempo; también los curacas pueden haber hecho pequeños regalos a indios influyentes para ganarse la voluntad de los nativos.

Si los diaguitas chilenos hubieran trabajado el oro, seguramente encontraríamos muchos más objetos de este metal; lo mismo se puede decir de la plata.

Objetos de plata sólo se han encontrado en algunos cementerios del territorio diaguita chileno.

Tenemos referencia por los pescadores de Caldera que en un cementerio frente a la Isla Grande encontraron brazaletes de este metal y pulseras o más bien tobilleras de plata que usaban en los pies.

En la provincia de Coquimbo se encontraron objetos de plata en un cementerio de San Julián en el Departamento de Ovalle y en el valle de Elqui se encontraron dos aros de pla-

ta en un cementerio que se encuentra en el fundo Titon, frente a la Quebrada de Talca. Estos aros que se encuentran en el Museo de La Serena, están finamente trabajados, contrastando con los trabajos mucho más toscos de los aros de cobre y bronce (Ilustración 29. e, f).

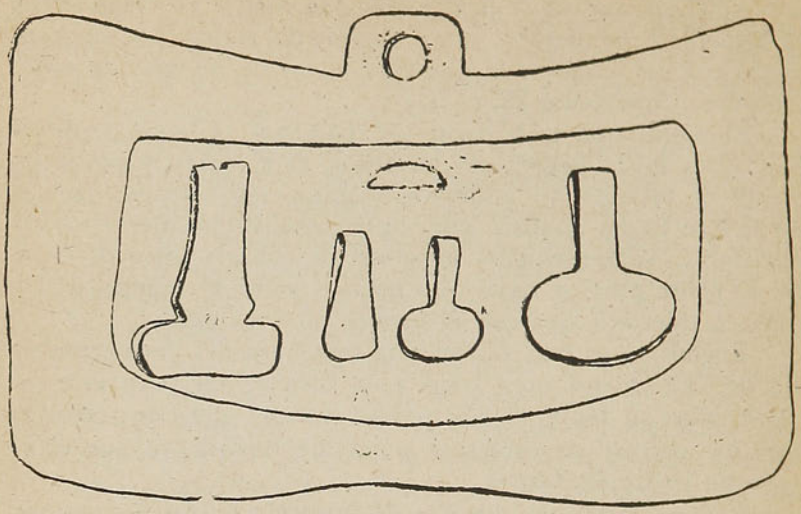
El metal que trabajaron los diaguitas chilenos desde siglos antes de la llegada de los Incas, es el cobre y probablemente el bronce; no podemos asegurar esto último, porque no se han hecho análisis, que supiéramos, de los artefactos encontrados. Aparentemente unos son de cobre y otros de bronce. El cobre puro se oxida mucho más y con el tiempo se desintegra, mientras que con el bronce no pasa eso.

Encontramos una vez en una sepultura del gran cementerio de "El Olivar" una barrita de bronce, un poco más pequeña que un lápiz, lo que parece indicar que este metal ha sido un artículo de comercio traído de Bolivia, ya que el estaño no existe en Chile.

Los artefactos de cobre y de bronce, en realidad no son abundantes en la región diaguita chilena; término medio encontramos en una de cada 10 sepulturas algún objeto de estos metales, a veces en un cementerio completo no encontramos metal sino en una o dos sepulturas. Los procedimientos para obtener y elaborar esos metales eran difíciles. La fundición en los primitivos "huairos", a veces en la cima de un cerro, para obtener el tiraje necesario y el calor suficiente, la trituración de los minerales en el "maray", una enorme piedra que se balancea sobre un plato natural de una roca o piedra, eran procedimientos lentos. No sabemos si el "maray" y los "huairos" existieron antes de la llegada de los Incas, sino, los procedimientos anteriores a esa fecha deben haber sido aún más primitivos.

Encontramos en las sepulturas de los metalurgos diaguitas piedras de metales y cobre nativo, especialmente en el cementerio "El Olivar". También hemos encontrado en este gran cementerio de la cultura diaguita, un crisol para fundir metal, que estaba volcado sobre dos platos de alfarería. Primero creíamos que era una piedra, y al tratar de separarlo de

Ilustración 30.



la alfarería se hizo pedazos, pero lo restauramos y se encuentra actualmente en el Museo de La Serena. Este crisol es de un material poroso y mide 13 cms. en su boca por 8 cms. de altura, tiene un grosor de una pulgada y en el fondo tiene una perforación de más o menos 1 cm. de diámetro. La forma es más o menos semiglobular.

Los artefactos que encontramos con más frecuencia son los cinceles y los aros; no podemos decir si son de cobre puro o con aleación de estaño, pero algunos aparecen limpios, otros muy oxidados.

*Los cinceles*

Se diferencian por su tamaño y por la forma de su paleta que en algunos es más arqueada. Un interesante ejemplar muy oxidado, encontramos en el cementerio "El Olivar"; se nota en él una compostura, hecha por el artífice indígena, para unir los dos pedazos en que debe haberse quebrado, por dos parches laterales.

*Las hachas*

Reproducimos un hacha en dibujo, que fué encontrada en el valle del Río Hurtado en su curso superior, esta pieza se encuentra en el Museo de La Serena (Ilustr. 33).

*Los cuchillos y tumis*

Reproducimos dos cuchillos cuadrangulares, uno con una saliente en el lomo con perforación redonda y otro más pequeño con lomo recto y una abertura cerca del canto superior, en forma de media luna. En igual forma se encuentran los tumis, unos con mango central perpendicular y otros sin mango, pero en su lugar un agujero en la parte central superior para sujetar un mango (Ilustr. 30).

*Una pala*

Un vecino de Vicuña regaló al Museo de La Serena, últimamente, una pala de cobre que encontró en 1914 en un cementerio indígena de Vicuña (San Isidro), destruído por el río; es el primer ejemplar de una pala indígena de cobre que hemos visto en el territorio diaguita.

La pala está rústicamente trabajada y parece haber sido forjada, tiene forma redondeada (sin regularidad) y un pedúnculo en forma de un cañuto abierto para recibir el mango. Parece que no se ha tratado de darle un filo, porque la parte destinada a cortar la tierra tiene 2 a 3 mm. de grosor. Entre la caña para recibir el mango y la hoja, se ha engrosado el metal para darle más resistencia.

*Otras herramientas*

Hemos encontrado dos veces una herramienta que parece un buril (Ilustración 32, abajo), uno en Puclaro y otro en La Serena en las excavaciones para el Hotel de Turismo; esta herramienta es una barra cuadrada que termina en un lado en una punta roma y en el otro lado en una punta filuda torcida para un lado. Otra herramienta que encontramos una sola vez, acompañada de un cincel, es la que ilustramos (32, en

3.er lugar); no hemos visto otra igual y no tenemos idea para qué puede haber servido.

*Los anzuelos*

Ilustramos uno procedente de Pta. de Teatinos. En el gran cementerio "El Olivar" hemos encontrado en una sepultura un juego de anzuelos, el mayor tenía un largo de 9 cms. medido desde la punta en que se amarra el hilo hasta la curvatura, el más pequeño tenía 2 cms.; había un anzuelo cuya punta era bifurcada y completaba este juego de pesca una barrita de 4 cms. de largo con punta fina en un lado, engrosando para el otro extremo, alcanzando un grosor de algo más de 2 mm.

*Agujas de cobre*

Hemos encontrado sólo una, en un cementerio muy antiguo de Guanaqueros.

*Pinzas*

Son de variadas formas y tamaños; reproducimos cuatro ejemplares: 1 de Copiapó, 2 de Cía. Baja y otra de La Serena (Ilustr. 30).

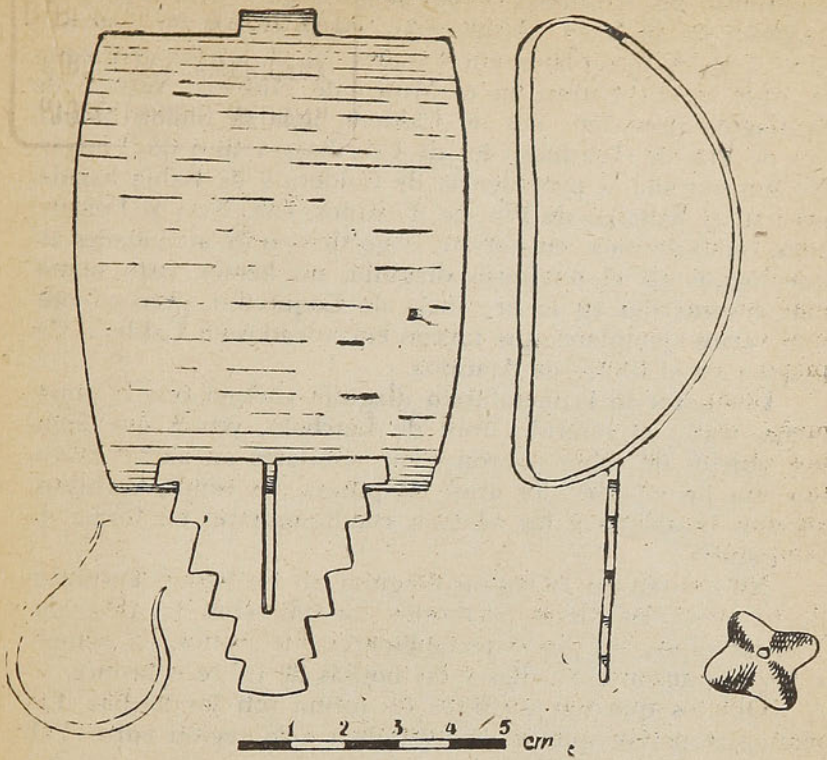
*Aros y brazaletes*

Reproducimos el dibujo de ocho aros y de dos brazaletes de diversos lugares (Ilustr. del 29. a hasta h).

*Adornos*

En forma de una campanita con cuatro pliegues y una perforación en la cúspide los hemos encontrado repetidas veces en diversas partes. Desde el primer momento hemos creído que se trata de adornos sujetos posiblemente al ropaje, quizás eran esos adornos los que se habían desintegrado en las sepulturas del cementerio de Las Animas, porque son de láminas delgadas y el óxido puede fácilmente destruírlas. Aparentemente no han servido de sonajeras (Ilustr. 31).

Ilustración 31.




*Torteros o fusaiolas*, como las llaman en la Argentina, se encuentran, a veces, de la misma forma como los de hueso o de piedra.

*Las manoplas*

En todas nuestras búsquedas hemos encontrado sólo un ejemplar de estas empuñaduras, que probablemente han servido como un arma ofensiva; este ejemplar lo encontramos en el litoral de Atacama en un lugar llamado Totoral. Tuvimos en nuestro poder un hermoso ejemplar de manopla que ilustramos con sus medidas, procedente de Caldera (Ilustr. 31).

Es curioso que en nuestras búsquedas en la provincia de

Coquimbo no hayamos encontrado ningún otro ejemplar. Latcham en su libro "Arqueología de la región Atacameña" dice, que los ejemplares encontrados en el territorio diaguita (que se encuentran en el Museo de Historia Natural de Santiago), proceden: dos de Caldera, uno de Bahía Salada, dos de Pta. de Teatinos, dos de Cía. Baja y uno de Tongoy. No nos extraña la procedencia de Caldera y de Bahía Salada, pero sí, el hallazgo de Pta. de Teatinos, Cía. Baja y Tongoy, pues, como decimos, en nuestro largo tiempo de actividades arqueológicas en el territorio diaguita, no hemos visto manoplas encontradas en la provincia de Coquimbo, pero conocemos varios ejemplares que fueron encontrados en Caldera, Copiapó y en el litoral de Atacama.

Comparando la metalurgia diaguita chilena con la atacameña, según el referido libro de Latcham, vemos que algunos objetos de cobre o bronce son similares en ambas culturas; son los cinceles, los aros, las pinzas, los tumis, cuchillos, algunos brazaletes y los adornos cuadrangulares en forma de campanilla.

No existen en la región diaguita (o no hemos encontrado ni visto) las placas pectorales, los cencerros, las campanillas, los tupos, las placas rectangulares, los anillos, los rompecabezas, punzones, varillas y las bolitas de cobre o bronce.

Objetos que son distintos de forma son las hachas. Las manoplas parece que se circunscriben a la región entre Taltal y la región norte diaguita.

Posiblemente la manufactura de cobre ha sido introducida entre los indios del Norte de Chile, por los Chinchas, que, viniendo del norte, dejaron sus influencias entre los atacameños (período chincha-atacameño de Uhle) y también entre los diaguitas; los chinchas en contacto con los grandes imperios del Inca y de Tiahuanaco, conocieron de estos pueblos la elaboración de estos metales, de ahí los mismos tipos de algunas especies como el tumí, que se encuentran en Perú, Bolivia, Noroeste de la Argentina y Norte de Chile.

# CAPITULO IX

## OBJETOS DE HUESO

El hueso de animal proporcionaba a estos indios un excelente material para la fabricación de diversos artefactos; además lo tenían siempre a mano.

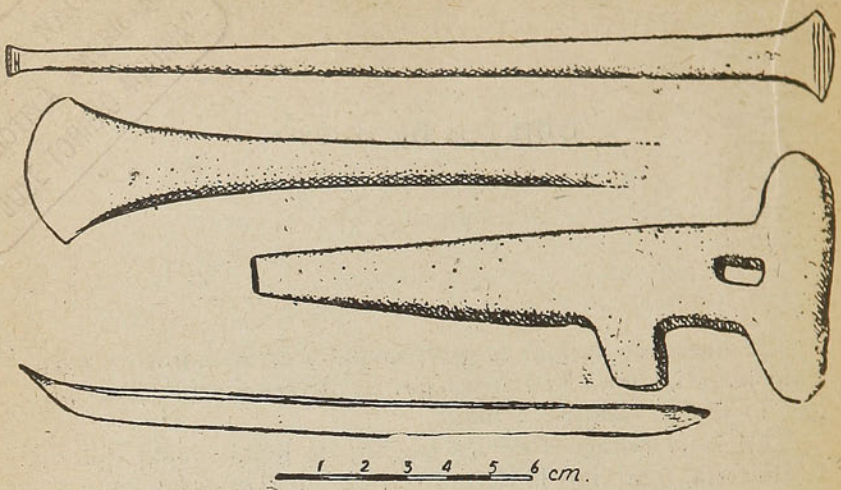
En la elaboración de los objetos de hueso, igual que en la alfarería, intervino la decoración artística, especialmente para adornar sus cucharas (que en los Museos llaman generalmente espátulas).

Las cucharas o espátulas son artefactos corrientes en la cultura diaguita-chilena; las hemos encontrado en toda la región diaguita, desde Copiapó hasta Illapel. Parece que el material en que están talladas son costillas de llama o de guanaco. En un extremo termina como una cuchara, es decir, con una parte un poco ahuecada, formando más o menos un óvalo alargado. No creemos que hayan servido para comer cosas líquidas, pero sí, que han servido para comer, porque las encontramos generalmente al lado de sus hermosas fuentes o platos, y es probable, que a éstos corresponde un artefacto igualmente bello, que les ha servido como tenedor o cuchara.

El extremo opuesto a la parte ahuecada termina generalmente en punta, pero en otros ejemplares ésta es la parte más gruesa, la que se ha aprovechado para tallar interesantes motivos antropomorfos.

En mis viajes al litoral de Atacama obtuve, por compra en Caldera, cuatro de estos artefactos de hueso, primorosamente tallados; los encontré tan extraordinarios para la cul-

Ilustración 32.



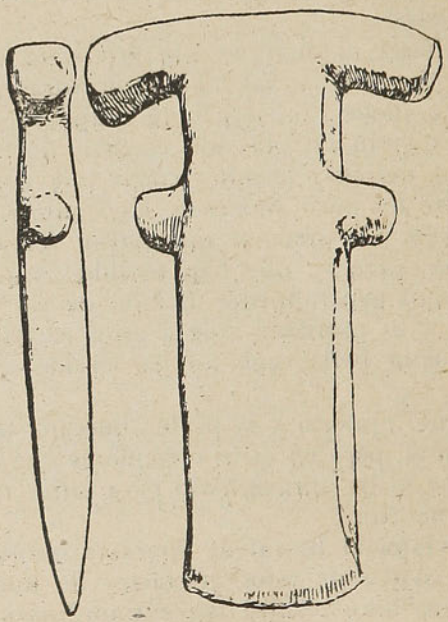



Ilustración 33.

tura diaguita que traté de obtener todos los datos posibles de su procedencia precisa, lo que me fué posible al enfrentarme con el pescador que las había encontrado. No recuerdo el apellido y apodo de este individuo, pero al mostrarle los objetos, los recordó perfectamente, porque según decía, le habían llamado mucho la atención; me dijo que los había encontrado en un cementerio indígena, que queda frente a la Isla Grande, un cementerio que entre los pescadores lo llamaron de los "palos gruesos", porque contenía cosas muy bonitas —entre otras—, muchos brazaletes de plata, que encontraron en los pies y brazos de las osamentas.

Doy una corta descripción de estos notables ejemplares.

En la ilustración 34, en primer lugar, se ve una figura humana que representa posiblemente a un dignatario de esos tiempos; lleva en la mano derecha una insignia, que consta de un mango, cuya terminación es una cara; en la izquierda tiene un objeto alargado y encorvado hacia la punta, que aparenta una herramienta agrícola (cuchillón de madera). Los brazos están separados del cuerpo por incisiones. En la mitad del cuerpo lleva una faja grabada con dos líneas, una transversal y otra más abajo con una saliente rectangular para abajo. Debajo de la faja se prolonga una indumentaria, hasta dejar libre unas piernas cortas. Los pies se indican por una faja saliente, en la cual parece que están marcados los dedos, habiéndose borrado por el desgaste y el tiempo. El mismo motivo grabado en la faja se encuentra también a ambos lados de la cabeza.

En la cabeza lleva un adorno zoomorfo que representa a un animal felino, probablemente una pantera o un jaguar, con cara humana, la que queda exactamente sobre la cara del personaje estilizado. Las manos del animal se juntan sobre la frente del personaje, mientras las piernas dobladas en ángulo indican el felino en reposo. La cola termina en un engrosamiento como una borla, formada por la doblez de la punta hacia arriba. El cuerpo del animal está relleno de puntos.

Este adorno recuerda los fantásticos adornos que usan los indios bolivianos en sus bailes.

El tallado de la cuchara que sigue a la derecha parece re-

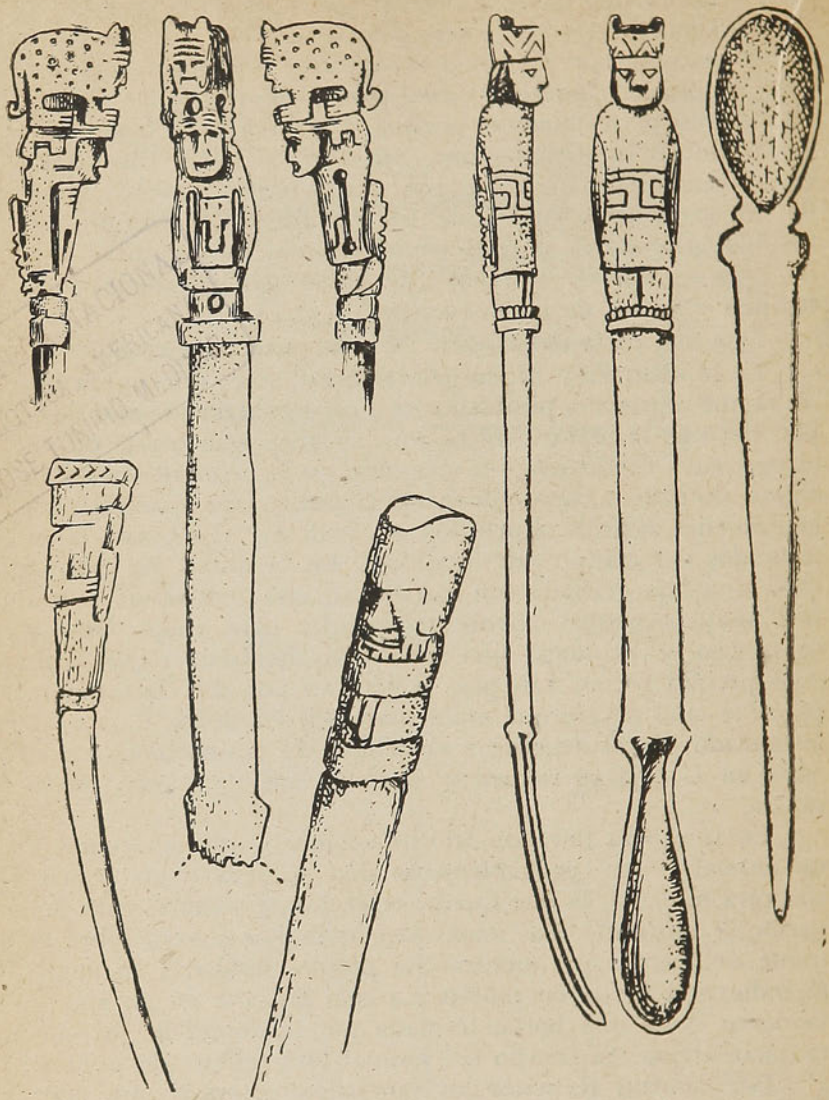


Ilustración 34.

presentar un mandatario que lleva una insignia de mando en la mano derecha, una especie de cetro que termina en una cruz; en la otra mano lleva un objeto que puede ser un hacha o toqui.

En la cabeza lleva un gorro con dos salientes para arriba en la parte de atrás. Esta gorra lleva como decoración una faja con tres triángulos invertidos, con su base en el borde inferior y alternando dos triángulos en el borde superior. La indumentaria parece haber sido una túnica que llega hasta las rodillas con una ancha faja en la mitad del cuerpo. La faja es decorada con una línea, que forma un escalón y debajo y encima de las gradas formado por este escalón van cuadrados.

Los pies están bien marcados con cuatro dedos cada uno. Las piernas y los brazos están separados por incisiones. Debajo de la gorra sale el pelo a ambos lados hasta la altura de la nariz, terminando como melena de corte recto. Al término de los dos brazos están marcados los cinco dedos que sujetan las insignias.

En las dos cucharas de abajo, las figuras están más esbozadas, como si no estuvieran terminadas; ambas figuras representan indios que tocan la flauta de Pan.

En la gorra hay una decoración de flechas o triángulos abiertos, que señalan hacia adelante; esta cuchara está teñida con un tinte suavemente verdoso en el lado que tiene el depósito, que es largo y ovalado.

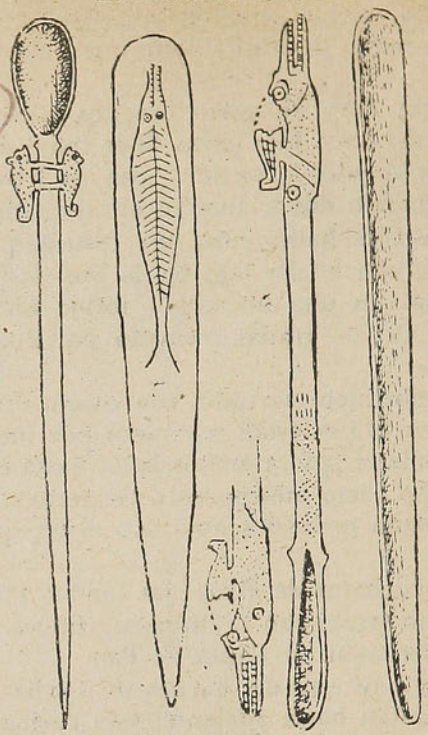
La última cuchara, también representa un tocador de flauta de tres voces escalonadas; su ejecución es aún más esbozada y está totalmente teñida de verde claro.

El depósito de la cuchara es más corto y ovalado y se asemeja en tamaño y forma a una cuchara de postre.

*Cucharas o espátulas*

En general, este artefacto es más sencillo que los descritos anteriormente, procedentes de la región norte. Pero también en la parte sur del territorio diaguita hemos encontrado ejemplares sobresalientes. Ilustramos uno (35. c) de Tongoy

Ilustración 35. a, b, c, d.



BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

Ilustración 36.

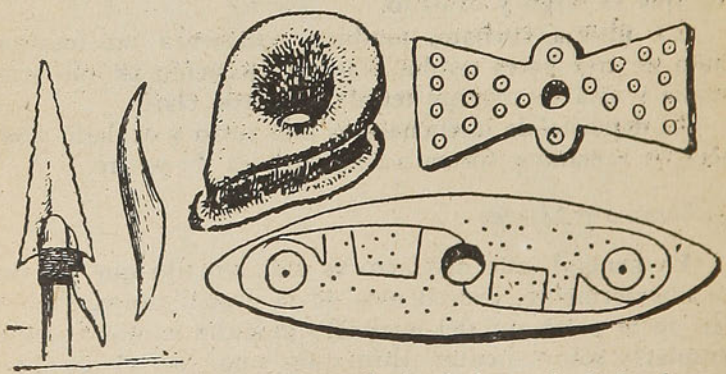


Fig. a.— Arpón con punta de silex y barba de hueso. b. Barba de arpón de hueso. c. Una roldana de hueso del Litoral de Atacama. d. y e.— Torteros para el huso, de hueso.

(Lengua de Vaca), otro de hacienda Calera (35. a) y uno más, de la región norte, que fué encontrado en Chanchoquí, cerca de Copiapó.

*Media caña de hueso*

Encontramos repetidas veces un artefacto como sección de una caña con una punta en un lado; lo hemos encontrado hasta de un largo de 29 cms. por 1,6 cm. de ancho. Dibujamos una que tenía una decoración grabada (ilustración 35. b) y otra simple (35.d). No tenemos idea para qué pueden haber servido.

*Torteros para el huso*

En frecuencia siguen a las cucharas o espátulas los torteros, que son pequeños volantes para hacer girar el huso para hilar; las formas son muy variadas, como se puede ver en los dibujos 36. d y e. Algunos de estos modelos se fabricaban en piedra, otros en cobre y unos pocos son de greda. También estos artefactos se han decorado muchas veces con dibujos grabados.

*Instrumentos punzantes*

Una gran cantidad de los objetos de hueso son instrumentos punzantes como dagas, puñales, barritas del grosor de un lápiz con punta en uno o en los dos extremos. Muchos de estos instrumentos sirvieron como tenedores o aparatos para comer, como lo hemos visto en una familia de changos que vivían en forma primitiva. Asaban mariscos en el rescoldo del fuego y se servían de palitos de esta misma forma, ensartándolos para sacarlos del fuego y comerlos.

Otros de estos punzones pueden haber tenido otro empleo, sobre todo unos más pequeños que no tienen un largo mayor de 5 ó 6 cms. Muy probable que los gruesos y cónicos hayan servido de arma como dagas, etc.

*Agujas*

Las agujas son tableadas con punta en un lado y una perforación en el otro extremo redondeado; para trabajos de costuras finas usaban probablemente las espinas del cactus, como los atacameños, abriéndoles un ojetillo en el extremo grueso.

*Roldanas*

En una sepultura del litoral de Atacama encontramos una vez una pequeña roldana de hueso (ilustración 36. c).

*Barbas para arpón*

Con cierta frecuencia encontramos en la costa puntas de hueso que han completado las flechas de pesca, formando un arpón como se ve en el dibujo (36. a, b).

# CAPITULO X

## OBJETOS LITICOS

En la región diaguita chilena faltan por completo las hachas de piedra, que se encuentran en gran cantidad en el antiguo territorio araucano. Este hecho puede afirmar la tesis, que los diaguitas chilenos son inmigrantes en el territorio en que encontramos sus restos culturales. Como ya hemos dicho, no hemos encontrado una precultura de este pueblo y parece que al llegar al territorio que ocuparon en Chile, habían dejado atrás su edad paleolítica.

Encontramos piedras horadadas (en mucho menor cantidad que en el territorio araucano), pero no podemos asegurar que este artefacto o arma haya pertenecido a los diaguitas, porque nunca los hemos encontrado en sepulturas diaguitas, sino sobre el suelo o en los conchales de la costa.

Los demás objetos líticos son: Punta de lanzas, dardos y flechas de silex o pedernal y herramientas como barrenos, raspadores, cuchillos, etc., hechos del mismo material.

La piedra de moler o triturar que conserva su nombre indígena "Piedra chanquana" (Ilustr. 37. l).

Piedras en forma de bola, algunas con una suave ranura circunferencial, piedras para bruñir la cerámica, pesas para las redes, etc.

Los collares y adornos de piedra, de malaquita o de conchas se encuentran en casi todos los cementerios.

Conocemos pocos trabajos escultóricos en piedra, hecho por estos indios; los más interesantes que conocemos son algunos platos cuyo diseño damos en la ilustración 37. d, e.

Aisladamente se encuentran trozos de plato, finamente pulidos, que consideramos de procedencia incaica.

Encontramos una vez la mitad de una piedra plana con una orilla un poco más levantada que tenía en el centro una cavidad como un mortero.

Una piedra con escultura antropomorfa en forma de un majadero de mortero existe en el Museo de La Serena, pero no conocemos su procedencia.

*Las piedras horadadas*

Estas piedras, que se encuentran por centenares en el centro y sur de Chile, también se encuentran en el territorio diaguita, aunque no con tanta frecuencia como en el territorio propiamente araucano. En el Museo Arqueológico de La Serena existen actualmente 35 ejemplares que se han encontrado en el valle de Elqui, en el Departamento de Ovalle y en la costa.

No tenemos conocimiento de que se hayan encontrado en esa región ejemplares grandes de 20 a 30 cms. de diámetro, como existen en el Museo Histórico de Santiago. La más grande del Museo de La Serena es de 13,5 cms. de diámetro por 7 cms. de alto, pero la mayor parte son más pequeñas, especialmente las que se encontraron en las Caletas de Guanaqueros y en la Herradura; son muy pequeñas y bien pueden haber servido en estos lugares para pesa de las redes de pescar.

Sobre el destino que se ha dado a esta clase de piedras existen una cantidad de teorías: ya se consideran masas, o las muy grandes se consideran herramientas para la agricultura, para darle peso a las horquetas o palas para cavar; otros creen que estas piedras han sido una especie de dinero y por fin un autor las considera objetos de culto, verdaderos fetiches que no han tenido ningún uso práctico.

Nos inclinamos a creer que han tenido diversos usos, según su tamaño y peso.

Consideramos que la mayor parte de ellas han sido provistas de un mango para formar masas o rompecabezas. A este respecto me informó hace años un machi araucano de

Toltén (Araucanía), que tenía referencias de sus antepasados, que para proveer estas piedras, que llamaba "pilmatúe" (otros autores escriben pimuntúhe), de mango, la pusieron sobre un arbustito nuevo de temu (madera muy dura), de manera que tenía que crecer a través de la perforación, hasta llenar por completo el hueco, sacándolo después de la tierra para limpiar el mango de las ramas y dejarlo apto como porra o maza.

Que estas piedras, en su tamaño medio han constituído un arma, se comprueba con que había otra tribu, los guayanás, en Río Grande do Sul, que las usaba con el nombre "itaiza", de lo que hay constancia (Antonio Serrano, Los Aborígenes Argentinos).

La perforación se ha hecho por desgaste con otra piedra dura, arena y agua, haciendo el hoyo de ambos lados hasta romper en el medio; por eso los hoyos son más anchos en su base que en el centro; pero con el tiempo parece que perfeccionaron el procedimiento y consiguieron hoyos rectos, pero un poco cónicos, generalmente más ancho en la entrada que en la salida. De los 35 ejemplares en el Museo de La Serena hay cuatro de perforación recta.

El material para estas piedras horadadas lo constituyeron rodados o piedras de río o mar de diversa dureza de forma redonda, como bola o de forma achatada; a veces se han terminado con mucho esmero, alisándolos finamente; estos ejemplares son generalmente de un material escogido. En la colección del Museo de La Serena hay dos ejemplares de esta condición, uno procedente de la Caleta de Guanaqueros, que se encontró con otros dos ejemplares iguales y que es de una especie de alabastro de color amarillento y un poco transparente, mide 5,3 cms. de diámetro por 3,5 cms. de altura, la perforación mide en su entrada 2,7 cms. por 2,2 cms. en la salida. El otro ejemplar es aún más pequeño y es de una especie de cuarzo blanquisco, sus medidas son de 4,5 cms. por 3 cms. y 2,3 cms. de perforación por un lado y 2 cms. por el otro.

Tenemos referencias de otros ejemplares pulidos en poder de particulares; es muy posible que estos ejemplares, finamente trabajados, hayan tenido un destino ritualístico o

Ilustración 37.

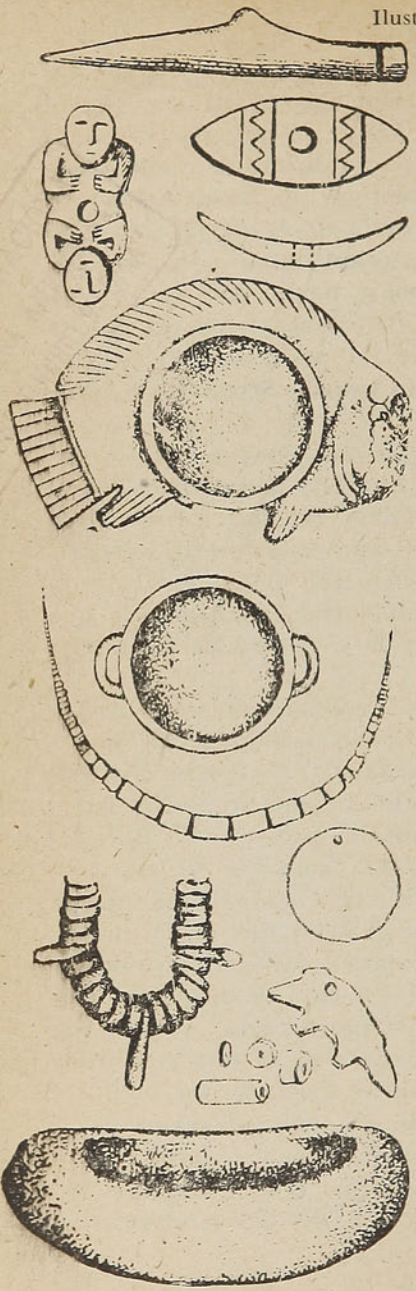


Fig. a.— Punta de arpón.

Fig. b.— Tortero de piedra. La misma forma se encuentra de metal y de hueso.

Fig. c.— Tortero de piedra de Bahía Salada.

Fig. d.— Plato de piedra de Cogotí hecho en piedra talcosa de un color rosado, jaspeado con blanco. Largo 31 cms. Diámetro del depósito redondo, exterior 14 cms., interior 11 cms. Grosor en la parte gruesa 5 cms.

Fig. e.— Plato de un material que parece alabastro, color amarillo verdoso, transparente. Fué encontrado en Alcohuaz, Elqui. Diámetro exterior 12 cms., interior 11 cms. Diámetro con las asas 17 cms. Altura 2,5 cms.

Fig. f.— Collar de tubos y discos de malaquita.

Fig. g.— Parte de un collar de discos de malaquita.

Fig. h.— Pendiente de malaquita.

Fig. i.— Pendiente de piedra cuarzosa.

Fig. k.— Tubo y discos de collar.

Fig. l.— Piedra chanquana (piedra de moler o triturar). Dimensiones de la piedra: 55 cms. de largo por 41 cms. de ancho y 19 cms. de altura. Cavidad 40 cms. de largo por 24 de ancho con una profundidad de 12 cms. (Naturalmente éstas medidas son muy variables).

religioso igual que el hacha pulida araucana, que era el distintivo de un jefe y tenía significado ceremonial.

En el cementerio Neolítico de Guanaqueros (ver capítulo "Guanaqueros") se han encontrado piedras horadas de cuarzo rodado de diversos tamaños, desde el tamaño de una arveja hasta el de una manzana regular, que deben haber tenido diversos usos; las pequeñas eran adornos y collares, las medianas, posiblemente pesas para las redes, etc. Son en todo parecidas a las piedras horadadas, pero mejor trabajadas y finamente pulidas.

*Las puntas de lanza, flecha y dardo*

La gran cantidad de estas puntas, que se encuentran en el territorio diaguita chileno, no pertenece exclusivamente a esta cultura, sino una gran parte, acaso la mayor, hay que atribuirla a las tribus pescadoras de la costa, donde se encuentra la mayor cantidad sobre los médanos.

Conocemos a un individuo de Guanaqueros que se ha hecho especialista en la búsqueda de estos objetos, ha juntado miles de puntas para venderlas, y en Coquimbo hay un coleccionista, el señor Humberto Alvarez Cuneo, quien tiene en su colección más de 6.000 ejemplares, todos de la costa de Coquimbo. Otro señor, también de Coquimbo, tenía un tarro parafinero lleno de estas puntas de flecha, lo que demuestra, que hay gran cantidad y que hoy en día aun se encuentran muchas en los médanos, en los conchales y en partes donde tenían sus viviendas.

En las sepulturas diaguitas encontramos generalmente diversos tipos de puntas, especialmente menudas con pedúnculos y barbas, pero también encontramos otros tipos más grandes, especialmente en el litoral de Atacama, donde había una gran variación.

Ilustramos diferentes formas, de las que encontramos en la región, pero no podemos determinar, si todas ellas eran usadas por los diaguitas chilenos.

Mayor abundancia de estas puntas se encuentran en las sepulturas de indios pescadores que aun no conocían la al-

fatería. En Los Choros, 100 km. al norte de La Serena (orilla costa), encontré en una sola sepultura de un indio pescador 22 puntas de flechas y lanzas. En las sepulturas diaguitas encontramos de a una o dos o cuando mucho 5 ó 6 puntas, pero generalmente bien terminadas y de punta y corte finas.

Los diseños corresponden a la edad neolítica; las puntas de lanza, dardos y flechas de los ejemplares representados en los dibujos, están enteramente labrados y retocados en sus bordes, formando filos cortantes o dientes, a veces muy menudos, que parecen verdaderas obras maestras.

El material de que están hechas estas puntas es muy diverso. Aunque la mayoría es de sílice o pedernal, hay hermosos ejemplares en cuarzo blanco y de color, en cristal de roca, en ágata y otras piedras semifinas.

No todo el material de puntas pertenece a la edad neolítica; encontramos toda la gama de evolución desde las más primitivas.

*La piedra "chanquana"*

En todo lugar en que han vivido los diaguitas chilenos se encuentran pedazos de grandes morteros de piedra, la piedra de moler o más bien, triturar, que ha conservado su nombre indígena "chanquana".

No hemos encontrado una sola de estas piedras entera, pero existen piedras chanquanas enteras en algunas familias antiguas, que las usan o las han usado, ellas o sus antepasados.

Es probable que los primeros pobladores españoles, viendo la utilidad que prestaban estas piedras para moler o triturar granos, se apropiaron de este útil elemento para el uso doméstico y por estas familias se ha transmitido el nombre original "chanquana", que debe ser el nombre que le daban los indígenas.

Sería interesante saber si en las provincias diaguitas argentinas existe también esta denominación, aunque la palabra "chanquana" parece de origen quichua.

Las piedras chanquanas están hechas de grandes rodados más o menos ovalados y un poco planos. Estas piedras fue-

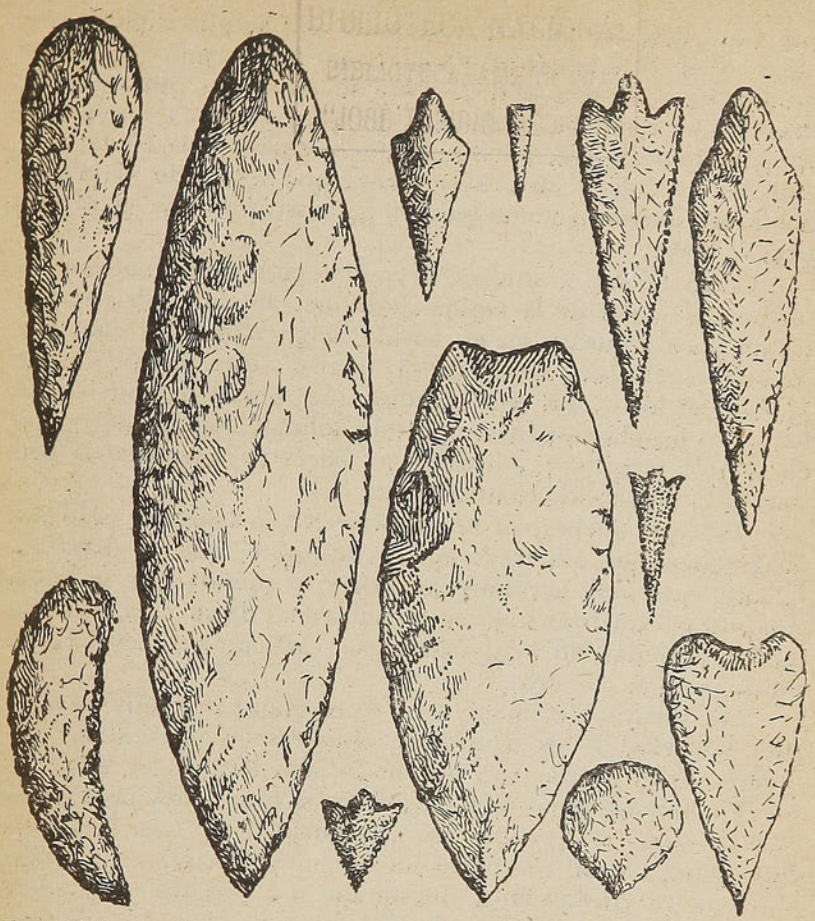


Ilustración 38.— Los diseños corresponden a la edad neolítica, las puntas de lanzas, dardo y flechas de los ejemplares representados en los dibujos están enteramente labrados y retocados en sus bordes, formando filos cortantes o dientes, a veces muy menudos, que son verdaderas obras maestras.

El material de que están hechas estas puntas es muy diverso, aunque la mayoría es de sílice o pedernal, hay también hermosos ejemplares de cuarzo blanco o de color, en cristal de roca, en ágata y otras piedras semifinas.

No todo el material de puntas pertenecen a la edad neolítica; encontramos toda la gama de evolución desde las más primitivas.

ron ahuecadas por un lado, formando una amplia cavidad que abarca casi toda la piedra, dejando un borde suficientemente grueso. La molienda o trituración se efectuaba con una piedra pesada, redonda, ovalada o un poco alargada hacia arriba para tomarla con las dos manos y balancearla en la cavidad, de un lado a otro. Esta piedra que servía de majadero, debía ser suficientemente pesada para triturar por su propio peso el maíz.

Como se ve, el sistema de moler es distinto que en las piedras de moler de la región araucana; ahí la piedra es plana un poco arqueada en el sentido longitudinal. En estas piedras se muele por medio de la "mano", una piedra porosa, plana, con los cantos redondeados, que es tomada con las dos manos y jugada con fuerte presión sobre la piedra de moler, en sentido separativo del cuerpo y hacia el cuerpo de la persona que muele, alternativamente.

¿Por qué quebraban las piedras? No lo sabemos, pero nos imaginamos que era tradición o costumbre, que se basa en la idea, que toda herramienta, objeto o prenda que se había conquistado un individuo en el transcurso de su vida, era propiedad personal, no existía herencia, cada uno se llevaba a la tumba lo que era suyo.

Las piedras de moler eran muy grandes y muy pesadas para ponerlas en las sepulturas, entonces las quebraban a la muerte de su dueña para que nadie más moliera en ella.

En muchas sepulturas encontramos uno o dos pedazos de estas piedras, lo que nos da la seguridad de que la piedra chanquana era de uso entre los diaguitas; en sepulturas muy antiguas la encontramos, formando sus pedazos, partes del cerco de piedra que rodea la sepultura.

# CAPITULO XI

## COLLARES Y ADORNOS

Los collares constan generalmente de pequeños discos perforados en el centro, cuyo diámetro varía desde 2 mm. hasta unos 10 mm., su grosor desde ½ mm. hasta 5 mm. Algunos collares son lisos, es decir, los discos tienen todos el mismo tamaño, otros van adelgazando hacia los extremos y tienen en el centro una figura; otras veces tienen intercalados algunos discos más grandes o verdaderos tubos del mismo material.

Una parte de estos collares son de carbonato de cobre (malaquita), de un hermoso color verde azulado, otros son de una masa calcárea blanca, que no hemos podido definir. Tienen la particularidad estos últimos, que sus discos son completamente iguales, de tal manera, que dan la impresión que fueron cortados de una barra redonda de masa blanca, que se ha dejado endurecer después. El corte pueden haberlo hecho con un pelo puesto alrededor y tirando de los extremos; naturalmente esto es una suposición.

En la colección del Museo de La Serena hay un collar de piedrecitas corrientes de río, trabajadas en forma de discos perforados, que se encontró en mi presencia en una sepultura notable de Peñuelas, sepultura clásica que tenía una tapa de una sola laja pesada, que tuvieron que levantar entre cuatro hombres.

Las piedras de carbonato de cobre también fueron trabajadas para formar pequeñas placas con una perforación para colgarlas. Otros adornos en piedras semitransparentes blancas o azulejas que han servido de colgajos, presentamos en la ilustración 37. g, h, i, k.

# CAPITULO XII

## INSTRUMENTOS MUSICALES

En el cementerio "El Olivar" encontramos una vez al comenzar una excavación, una flauta de pan de cuatro voces, hecha en piedra talcosa; estaba a sólo unos 30 cms. de profundidad.

La dispersión de las flautas de pan abarca una gran extensión en la América; en varias partes están aún en uso entre los indios para acompañar sus bailes, pero éstas son de un material liviano, generalmente de caña.

La perforación exacta de los tubos en la piedra debe haber sido difícil y debemos considerar los ejemplares hechos en piedra, como excepcionales. Probablemente esta flauta de pan era un instrumento popular, pero fabricado en material liviano: caña o madera.

Una flauta de pan, hecha en piedra talcosa, se encuentra en el Museo Arqueológico de La Serena —es de cuatro tubos que pueden producir 12 tonos por un ingenioso sistema de perforar los tubos—. Los tubos están abiertos por ambos lados —cada tubo está perforado en dos secciones. La sección superior hasta la mitad tiene un diámetro mayor que la sección inferior. Soplando con la abertura inferior tapada se produce un tono bajo, soplando de la misma manera, pero más fuerte, tenemos la octava y con las dos aberturas abiertas se produce un tono intermedio de la escala diatónica.

La perforación de los tubos está hecha con una exactitud que parecen el alma de un arma moderna, lo que hace sospechar que estas flautas de pan de piedra puedan ser importadas o traídas por los peruanos.

En el cementerio diaguita de Peñuelas se ha encontrado una de esas flautas de madera. En este cementerio se han conservado algunos restos de artefactos de madera, quizás por las condiciones del terreno, en el cual se nota la formación de turba; aunque el ejemplar encontrado en Peñuelas no está bien conservado, se puede constatar que presenta las mismas características que los de piedra.

En Ovalle se ha encontrado otro instrumento musical de greda, una especie de ocarina, que emite cuatro voces. Su forma es de un tonel muy abultado en el centro. En su rededor lleva una decoración dibujada que acusa origen peruano. Es el único ejemplar que conocemos de esta clase.

En el Museo de La Serena hay un silbato de piedra procedente del cementerio "El Olivar". Es un trocito de piedra talcosa de 5,5 cms. de largo por 3 cms. de ancho y 1½ cm. de grosor, que tiene en un extremo una perforación de 2,75 cms. de profundidad, cuyo diámetro es de 0.75 cm. A la profundidad de 1,5 cm. esa perforación es alcanzada por otra perforación lateral en ángulo recto, de 0,5 cm. de diámetro; al tapar con el pulgar la perforación lateral, emite un tono muy agudo y al soplarlo con el hoyo lateral abierto, el sonido es distinto. Este silbato tiene en el extremo inferior una perforación transversal para colgarlo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

# CAPITULO XIII

## ALGUNAS PRACTICAS Y COSTUMBRES

"¡Los indios se enterraban vivos!" es un dicho, que se ha conservado en la región que antes había sido habitada por los indios diaguita-chilenos. Más de una vez, durante mis excavaciones, se me han acercado personas que me preguntaron, si eso era cierto.

Yo generalmente les contestaba que, a mi parecer, esto era absurdo y que nada decía la Historia al respecto. Pero, pasando el tiempo y volviendo a encontrar siempre la repetición de ciertos detalles en la sepultación, como ser: la sepultación en conjunto de dos, tres o más individuos, he llegado a la conclusión, que esta "Vox populi" puede tener una base en los hechos que deben haber pasado en los tiempos de estos indios. Los restos que corresponden a diversos seres humanos sepultados simultáneamente, casi no tienen otra explicación, como se verá más adelante.

En las sepulturas donde se encuentra más de una osamenta, es relativamente fácil distinguir una, que se diferencia de las demás por su cráneo y huesos robustos; las otras son generalmente más débiles, más pequeñas o los cráneos de líneas más suaves, en fin, se impone la impresión, de que se trata de los restos de un hombre y una o varias mujeres.

La posición de las osamentas en las sepulturas largas y cónicas de piedra laja, es, en decúbito, a lo menos esto lo hemos constatado siempre con referencia al esqueleto principal (del hombre), cuyo cráneo está siempre para el lado más ancho de la sepultura; en los casos que una sepultura contiene

los restos de más de un individuo, el segundo cráneo lo encontramos al lado de la osamenta principal y si hay más de dos osamentas, los otros cráneos se encuentran hacia los pies, en la parte más angosta de la sepultura cónica.

Ahora bien, la osamenta principal, que creemos corresponde al hombre, la encontramos siempre en una posición normal, en el fondo de la sepultura, no así las demás osamentas, que encontramos a veces en posiciones inverosímiles, forzadas, que dejan la impresión que hubo un desesperado esfuerzo de una persona viva para salirse de la tumba.

En un caso encontramos en el cementerio diaguita de la Cía. Baja dos osamentas, una encima de la otra y cara con cara. En muchas sepulturas de piedra, donde la alfarería está protegida, encontramos los platos con comida boca abajo o completamente de costado; otras veces los tiestos de alfarería están quebrados y los pedazos se encuentran separados unos de otros.

Las sepulturas de piedra laja, que he descrito en un capítulo anterior, tienen una altura aproximada de 70 cms. El cadáver del indio con su ajuar, se depositaba en el fondo de esta sepultura, de modo, que quedaba un amplio espacio vacío. Este espacio hueco lo encontramos hoy generalmente rellenado con una tierra fina que ha penetrado con las aguas de riego por las junturas de las piedras lajas, pero originariamente estaba hueco, como lo hemos podido comprobar en algunas sepulturas que no han estado expuestas a este relleno posterior.

Tomando en conjunto todas estas observaciones, nos imaginamos que las mujeres de algunos indios principales, que vivían probablemente en poligamia, fueron obligadas a acompañar a su marido en la muerte, si es que no lo hacían voluntariamente. Puede ser que hubo necesidad de aturdirlas para el caso y una vez dentro de la cista de piedra, ésta fué tapada con las pesadas lajas, quedando la mujer junto a su difunto marido en esta prisión-tumba.

Existían en Sudamérica otras tribus, como los Chibchas de Colombia, que habían alcanzado una cultura adelantada, que tenían la costumbre de enterrar las mujeres junto con su

marido. En la antigüedad esta costumbre existió también en algunos pueblos asiáticos.

La mentalidad de estos indios, que vivían en condiciones tan distintas, debe haber encontrado estas prácticas completamente normales, como lo era el sacrificio humano en México y la antropofagía entre los indios del Brasil, Paraguay, Chaco, etc.

También hay que tener presente, que los indios americanos vivían en continua guerra con sus vecinos. Los hombres se mataban y diezmaban, mientras las mujeres que constituían presas de guerra, se mezclaban con sus enemigos. De por sí, la natalidad femenina es superior a la masculina. El resultado de todo esto era un desequilibrio entre los sexos; muchas más mujeres que hombres y como sucede con todo, cuando hay abundancia de alguna especie, su valor disminuye.

La mujer fué considerada propiedad del marido, como lo fueron sus herramientas, sus hermosos cántaros y su vestimenta. Todo eso lo tenía que llevar cuando emprendía el largo viaje "al otro lado", a esa nueva vida en que seguramente creyeron estos indios. En su última morada no debían faltar ni la comida ni la bebida, que siempre encontramos en su ajuar fúnebre y tampoco no podía faltar la mujer, para que le preparase la comida, la bebida y su vestimenta en esa otra vida... y quizás si esta costumbre de enterrar a las mujeres junto con su marido ha sido, acaso inconsciente, una válvula para equilibrar el constante aumento de mujeres...

*Mutilación de los dedos en señal de duelo*

En muchas sepulturas diaguitas hemos encontrado huesos de *falanges de dedos humanos* dentro de los platos del ajuar fúnebre; la primera y segunda falange (desde la punta) o la segunda falange sola.

Este hallazgo me tenía perplejo, porque no cabía la suposición de que estos indios hubiesen sido antropófagos; en este caso deberíamos haber encontrado también otros huesos humanos.

No encontrando una solución a este problema, me dirigí

años atrás a don Ricardo E. Latcham, Director del Museo Nacional, a quien le participaba siempre mis observaciones arqueológicas y le envié algunos huesitos de la falange encontrados en las tumbas, pidiéndole su parecer; pero no he recibido contestación al respecto, ya sea que don Ricardo se encontraba ya enfermo y frecuentaba poco el Museo o posiblemente, porque él mismo no tenía una explicación apropiada para estos hallazgos.

Así quedó pendiente este problema, hasta que ahora último, me parece haber encontrado su solución. Leyendo en un libro, recibido de un Museo argentino, me enteré que allá en la Argentina había existido una tribu de indios que tenía por costumbre mutilarse los dedos en señal de duelo.

La cita referente es del libro "Los Precursores", Jornadas del Litoral, de Agustín Zapata Gollan y dice textualmente: "Estas nuevas también las confirman otros indios que viven junto a la fortaleza de Caboto, *los Timbúes,* que, a pesar de su fiero aspecto, se muestran accesibles y confiados con los cristianos que han sentado sus reales en sus dominios.

"Tienen las narices, las orejas y labios fieramente horadadas, *y se mutilan los dedos en señal de duelo a la muerte de sus parientes*".

Evidentemente, los indios diaguita-chilenos tenían la misma costumbre de mutilarse los dedos y ponerlos en la tumba de un ser querido; costumbre bárbara si se quiere, pero que habla también de sublimes sentimientos de amistad y sacrificio, un apretón de manos a través de la tumba —¡y un eterno recuerdo!...

# CAPITULO XIV

## PETROGLIFOS DE COQUIMBO Y ATACAMA

En el territorio diaguita chileno existen numerosas rocas y piedras grandes, cubiertas con signos y dibujos, por indígenas de los tiempos precolombianos. Existen estas piedras en todo Chile y también en otros países americanos, pero aunque hay parecido entre unos y otros, se nota que cada región tiene su característica especial.

Podemos calificar estas "inscripciones" en piedra como dibujos ideográficos, algo así como un precursor de una escritura, una manera de perpetuar ciertos hechos o datos.

La manera de hacer estos dibujos, dentro del territorio diaguita, era con una herramienta de piedra dura, que tenía la forma de una cuña de puño, con una punta roma, con la cual se hería la piedra por golpes, formando un suave surco de uno o dos milímetros de profundidad. Ese surco o grabadura marcaba la línea que se destacaba más clara que el color de la superficie de la piedra o roca, patinada obscuro por los tiempos.

No sabemos si alguien ha intentado un estudio serio para interpretar el significado de estos dibujos y nos concretamos en dar a conocer algunos elementos y observaciones nuevas.

### *Los Petroglifos de Incahuasi*

En las cercanías del pueblecito Incahuasi, Estación Longitudinal del Ferrocarril Norte, existen numerosos petroglifos, de los cuales hicimos un reconocimiento desde el "Campa-

mento Cinco" de la Cía. de Fosfato, a la cual agradecemos las facilidades que nos brindó para efectuar este estudio.

La ubicación precisa de uno de los grupos más importantes de petroglifos es alrededor de una aguada llamada "El Salto" en la quebrada de Carrizalillo, poco más arriba de su juntura con la quebrada Varilla, unos 12 kms. al Noroeste de Incahuasi y unos 3 kilómetros del campamento.

La quebrada tiene en este tiempo (octubre) sólo algunos depósitos de agua en cavidades de las rocas, que reciben en esta época sólo escasísimo alimento de una vertiente. Esta aguada está en una parte donde la quebrada atraviesa una formación de altas rocas dioríticas, en las cuales están los dibujos. Escogieron los indios con preferencia las partes de la roca que tenían una patina exterior más obscura o negruzca que hacía resultar más los dibujos.

Mucho hemos pensado sobre el significado de estos dibujos, en una región tan inapropiada para la existencia del hombre, porque la quebrada es angosta y los cerros que la circundan son semiáridos; crecen en ellos algunos arbustos insignificantes, apropiados a la altura que es de unos 1.600 metros sobre el nivel del mar, pero por fin, los mismos dibujos parece que nos dieron una clave de su significado.

Es sabido, que los indios, sobre todo durante la dominación incaica, hicieron en cierta época del año grandes cacerías de guanacos, para las cuales deben haber formado un campamento donde permanecieron los cazadores con sus familias por un buen tiempo, porque se trataba de beneficiar los animales cazados, haciendo charqui en cantidad suficiente para todo el año.

Un poco más arriba de la aguada encontramos en un ensanche de la quebrada una superficie arenosa con tierra, de unos 2.000 metros cuadrados, que era el sitio del campamento; varias piedras con una superficie plana y alisada, algunas bastantes grandes, deben haber servido para los trabajos de beneficiar los animales. En el mismo sitio se encuentran algunas sepulturas indígenas, que no dejan dudas de que ahí han vivido, al menos temporalmente algunos indios con sus familias, porque en una de las sepulturas que estaban ya ca-

vadas, encontramos todavía un collar de discos calcáreos como los que usaban los indios diaguitas y parte de la osamenta de su dueña.

Pues bien, parece casi fuera de duda, que este sitio era uno de los elegidos para el campamento de las grandes cacerías. Los guanacos tenían que bajar a la aguada, donde los aguardaban los cazadores con todos los preparativos del caso. La quebrada es angosta y tiene en partes, rocas altas por ambos lados y era relativamente fácil encerrar pequeñas tropas de estos animales o cazarlos en su fuga con las boleadoras.

Los dibujos en las piedras alrededor de la aguada se relacionan directamente con la cacería, como se puede ver en el dibujo que representa a un cazador lanzando las boleadoras y otro dibujo en que aparece una boleadora.

En los dibujos de estos petroglifos entra un elemento nuevo, que no habíamos visto en otros petroglifos; son grupos de puntos grandes, ya sea encerrados con líneas o libre; hemos llegado a la conclusión, que estos grupos de puntos simbolizan a los guanacos en libertad o manadas. Los guanacos o llamas domésticos o amanzados, siempre se dibujan en la forma conocida, es decir estilizado.

Partiendo de esta base, estos dibujos se entienden en gran parte; por ejemplo vemos a tres cazadores que eran probablemente los ases en este oficio de cazar guanacos. Sus performances o records en la cacería están anotados en sus cuerpos con los puntos, que suponemos significan los guanacos salvajes. El cazador de arriba a la derecha tiene un pie doblado, que puede significar un accidente en el pie, el otro a la izquierda tiene los puntos en dos secciones, pueden ser sus victorias en dos distintas cacerías, el de más abajo parece que era el más importante. Primeramente se le ha dibujado más grande y tiene la mayor cantidad de puntos, está en actitud de lanzar las boleadoras. Al lado de él se ve un encierre de estos animales y otro grupo que está cayendo a una trampa o encierre que aun está abierto por un lado (Se reproducen sólo los dibujos de los tres cazadores y signos que los acompañan).

El perro debe haber sido una importante ayuda en estas cacerías; lo vemos representado en varias figuras. En la prime-

ra se ve este animal en actitud de ladrar y correr a un grupo de guanacos, representados por puntos. También en los petroglifos de los Llanos de Pibra y de Patricio vemos ilustrado un perro, dibujado con piernas cortas, el cuerpo relativamente largo y la cola más o menos extendida.

Muchos de los signos y dibujos parecen numéricos y cronológicos; otros parecen verdaderos planos de ubicación de tambos, aguadas, etc. Muchos dibujos representan escenas de la vida, en que figuran la llama, el perro y hombres estilizados. Algunas llamas van montados por niños (la llama resiste un peso de más o menos 35 kilos).

Muy frecuente es el dibujo de la serpiente. También las boleadoras están relativamente más representadas.

Algunos signos que se repiten en diversas partes se parecen a signos astronómicos. Así por ejemplo existe el signo de Venus y de Mercurio y muy repetido un signo igual al que se usa para representar la constelación de Tauro, lo que naturalmente son coincidencias.

La mayor frecuencia entre los signos de los petroglifos estudiados por nosotros corresponde a los círculos. Hay círculos sencillos que abundan, círculos dobles y otros con un punto en el centro, como se representa el sol en astronomía, que son mucho más escasos y por fin círculos con rayos y otros, divididos en sectores.

Con respecto a los círculos tenemos la idea que pueden corresponder a las viviendas o familias de un clan, correspondiendo el doble círculo y el círculo con punto céntrico a los jefes caciques o machis, como un plano de situación.

Círculos divididos en sectores los hemos visto de 2, 4 y 11 sectores, círculos con rayos de 4, 6, 8, 10 y 13 rayos.

Quedan todavía una cantidad de dibujos, cuya interpretación ha de ser difícil.

*Los Petroglifos de los Llanos de Pibra y de Patricio*

En 1939, en un viaje a El Pingo, por Quebrada de Marquesa, Viñita, El Sauce, Chañar y antes de llegar al Portezuelo de Yerba Loca, encontramos un gran llano, a conside-

rable altura, que está dividido por una quebradita. En su primera parte llaman este llano, Llano de Patricio y en la que sigue, Llano de Pibra. En ambos se encuentran grupos de piedra dibujadas en gran profusión. Pernoctamos en este lugar para estudiar y dibujar estos petroglifos que también se encuentran en un lugar completamente deshabitado, pero cerca de una aguada. No pudimos terminar estos estudios o llegar a una conclusión en ese tiempo, porque al día siguiente habían desaparecido nuestros caballos y tuvimos que hacer una larga marcha de a pie (cerca de 40 kms.) hasta encontrar un lugar habitado. Publicamos por eso sólo algunos apuntes que alcanzamos a sacar en nuestra libreta de viaje.

*Otros Petroglifos*

Numerosos petroglifos se encuentran en Chañar, Cachiyuyo y cerca de Domeyko.

Al lado del pueblo de Rapel, en el Departamento de Ovalle, existen algunas piedras dibujadas. Tenemos referencias que en toda esa región, especialmente en Juntas, hay numerosas piedras de la misma condición.

También en el valle del Río Grande de Limarí hay numerosos petroglifos. Hay un petroglifo muy interesante que se encuentra cerca de Tulahuen, como a 100 kilómetros de Ovalle hacia la cordillera, en un lugar que llaman "El Cuyano". En ese sitio hay varios más. En otros puntos del Departamento de Ovalle como Huatulame, San Marcos, Combarbalá, Caren, Quile, etc., se encuentran petroglifos y en un viaje al valle del Río Hurtado hemos visto varios.

Las ideas que hemos expuesto para la interpretación no tienen pretenciones de ser exactas o fieles, pero creemos que indican un camino, un estudio preliminar, para fijar su significado e importancia.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

# CAPITULO XV

## LAS PIEDRAS TACITAS

En muchas partes de Chile se encuentran piedras o peñascos con hoyos en forma de morteros, labrados por los primitivos habitantes, piedras que en Chile se denominan comúnmente "piedras tácitas".

Estas piedras se encuentran también en la región andina y subandina de la Argentina y según Max Uhle, se han encontrado también en una parte del Ecuador.

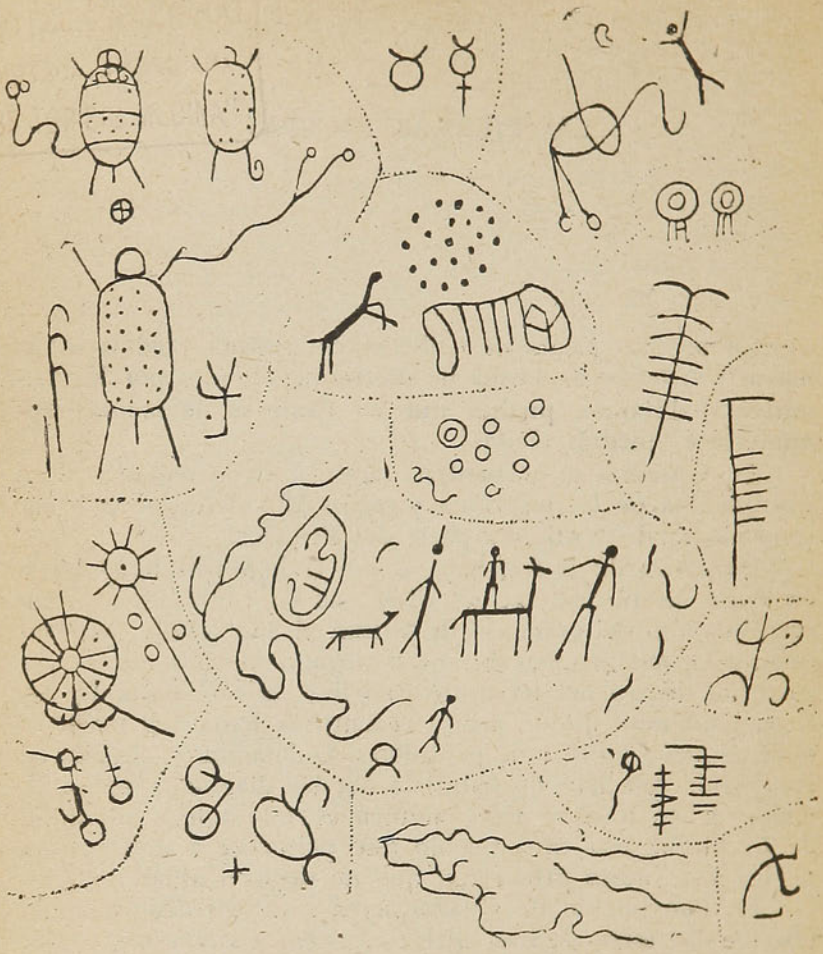
Don Ricardo E. Latcham, en un trabajo que ha publicado sobre las piedras tácitas, dice, que en Chile, éstas se encuentran sólo del grado 33 de latitud al Sur (1929), pero en nuestras investigaciones hemos localizado muchas que se encuentran dentro del territorio diaguita chileno, hasta La Serena. Un punto donde hemos encontrado hasta 120 morteros es el pequeño villorio de pescadores, Guanaqueros, situado en una región que ha sido habitada por los diaguitas; temporalmente deben haber vivido también en esta caleta los indios de El Molle, más otro pueblo que pertenece a una cultura neolítica, e indios primitivos, que no dejaron ajuar.

En este pueblo de Guanaqueros y sus alrededores están distribuídas estas piedras, que contienen, algunas uno o dos morteros y otras que tienen hasta 32 morteros en una misma piedra.

Las tácitas de Guanaqueros son labradas en piedras de formación granítica y los hoyos que forman los morteros tienen la forma de una campana volcada.

La profundidad de los hoyos en este lugar fluctúa entre

Ilustración 39.



8 y 14 cms., pero en otras partes los hay de dimensiones mucho mayores. Hay algunos hoyos de menor profundidad que parecen no estar terminados.

La distribución de los morteros es completamente irregular, no se advierte ningún sentido que pudiera ilustrar so-

bre su uso. Algunos hoyos están tan juntos, que en la parte superior desaparece una parte de la pared divisoria. Otros hoyos de regular profundidad tienen un hoyo de poca profundidad al lado y en una parte hay dos hoyos que están unidos por una canaleta, labrada en la piedra, de unos 5 cms. de longitud por una profundidad de 1 cm.

La piedra con 32 morteros ha quedado enterrada en el conchal, de manera que la superficie que tienen los morteros se encuentra actualmente a ras del suelo, mientras otras, que se encuentran fuera del conchal, tienen los hoyos a una altura de 60 cms. a 1 metro sobre el piso.

Se ha opinado en diversos sentidos sobre el uso que pueden haber tenido las piedras tácitas. Algunos creen que sirvieron de morteros, otros creen que pueden haber sido juegos. Don Ricardo Latcham es de opinión que estas piedras deben su origen a ritos mágicos religiosos, relacionados con su culto totemístico y que sirvieron para ofrendas. Nos inclinamos a esta última tesis, la que no excluye, que hayan servido también como morteros, quizás en combinación con sus ritos.

¿Qué pueblo ha labrado esas piedras? La dispersión de ellas no da luz sobre este tópico. Los diaguitas no pueden haber sido, porque en Chile estas piedras se encuentran especialmente en una región en que no estuvieron los diaguitas. Los pescadores primitivos parece que tampoco fueron, porque la piedra a que nos referimos quedó casi enterrada en el conchal formado por estos pescadores que no tenían adelanto cultural alguno.

No es probable que hayan sido los Chinchas los autores de estos morteros, porque en este caso encontraríamos también estas piedras más al norte y en la región atacameña.

Encontramos a veces restos de una cultura que aun no hemos podido ubicar, son especialmente fragmentos de una alfarería incisa. ¿Habrá existido otra cultura aun no identificada a quien corresponden estas piedras tácitas?

*Eric Boman y Héctor Greslebin*: Alfarería de estilo dragoniano de la región Diaguita. Rep. Argentina. 1923.

*Alfredo Chavero*: México a través de los siglos. — Tomo I. Barcelona.

*Salvador Debenedetti*: Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la provincia de San Juan. Buenos Aires 1916.

*Ricardo E. Latcham*: La alfarería indígena. Santiago 1928.

*Ricardo E. Latcham*: Arqueología de la región atacameña. Santiago 1928.

*Ricardo E. Latcham*: Antropología chilena. Trabajos del IV Congreso Panamericano 1909.

*Ricardo E. Latcham*: La influencia Chincha en la alfarería Diaguita chilena.

*Gualterio Looser*: The archaeological trove of Copiapó. Revista Chilena, editada en New York. 1928. Vol. V. Nº 29.

*Fernando Márquez Miranda*: Los Diaguitas. La Plata (República Argentina). 1946.

*Fernando Márquez Miranda*: Los Diaguitas y la guerra. Mendoza. 1943.

*Fernando Márquez Miranda*: La antigua Provincia de los Diaguitas. Buenos Aires. 1936.

*Antonio Serrano*: Los aborígenes argentinos. Biblioteca americanista. (Editorial Nova) Buenos Aires 1947.

*Antonio Serrano*: El arte decorativo de los Diaguitas. — Córdoba. 1943.

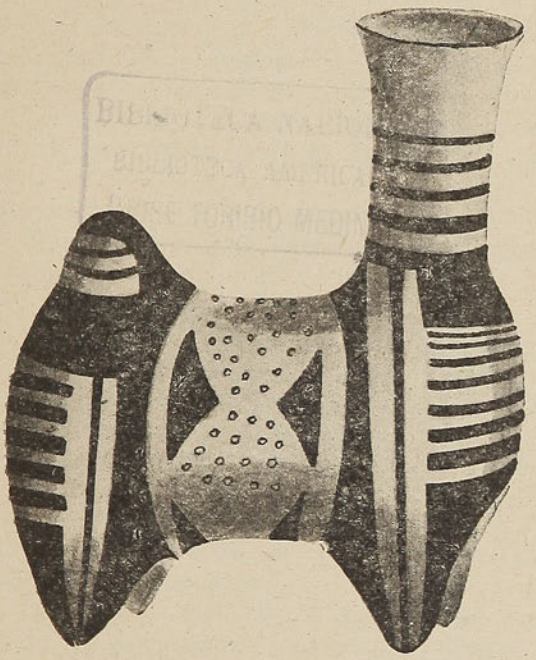
*Carlos H. Sotomayor*: Piedras horadadas. Valparaíso. 1944.

*Julio Viggiano Essain*: Instrumentología musical popular argentina. Córdoba. 1948.

*Agustín Zapata*: Los Precursores. Santa Fe. República Argentina, 1941.

# LIBRO SEGUNDO

## CULTURA DE EL MOLLE



# CAPITULO I

## PRELIMINARES

En el año 1938 mis exploraciones arqueológicas en el Valle de Elqui, cerca de la pequeña población de El Molle, dieron por resultado el descubrimiento de restos de una cultura desconocida hasta entonces, una cultura que pertenecía a una raza primitiva que tenía cráneos de paredes enormemente gruesas.

Mi primer anuncio lo hice a don Ricardo E. Latcham, Director del Museo Nacional de Historia Natural, quien me contestó con fecha 5 de agosto del mismo año 38:

"Me ha llamado mucho la atención aquel pueblo de crá-
" neos de paredes gruesas. Yo, años atrás, encontré en las can-
" teras de Santa Rita, entre Coquimbo y La Serena, una serie
" de esqueletos en perfecto estado cuyos cráneos llamaban la
" atención por sus paredes gruesas, las que llegaban a veces
" hasta a 10 mm. Dichos cráneos están actualmente en el Mu-
" seo Etnográfico de Smithsonian Institution de Washington.
" Publiqué un artículo sobre ellos, pero desgraciadamente no
" me queda sino un ejemplar.

"Posteriormente el Dr. Luis Vargas Flores, de Tocopilla,
" encontró en las vecindades de Quillagua, al norte de la pro-
" vincia de Antofagasta, numerosos cráneos del mismo tipo.
" En seguida, el Dr. Francisco Fonck halló otros del mismo
" tipo cerca de Quilpué y cita otro que se habría descubierto
" hace muchos años en Chiloé. En otras partes de América
" —Brasil, California, etc.—, se han hallado cráneos con la

" misma especialidad y los antropólogos le han dado el nom-
" bre de raza paleoamericana a este pueblo, considerándolo
" como el más antiguo del continente. Si aceptamos esta teo-
" ría, tendremos que conceder, que en Chile ha persistido mu-
" chos siglos, quizás milenios, después de haber desaparecido
" en otras partes del continente.

"Son muy interesantes los datos que Ud. da sobre el ce-
" menterio. No conocía anteriormente esta forma de colocar
" piedras blancas en los emplazamientos de las sepulturas. La
" distribución de los cadáveres es también novedosa.

"En verdad, no sabría opinar sobre el origen de este pue-
" blo, que en muchos aspectos parece ser distinto de los dia-
" guitas, como Ud. dice".

En esta carta el señor Latcham se refiere especialmente a los cráneos gruesos y su aparición en otros lugares de América; aun yo no le había remitido el material arqueológico que había extraído en mis excavaciones de El Molle. En enero y febrero de 1939, después de haber recibido todo el material arqueológico que he podido salvar de esta cultura, me vuelve a escribir al respecto: "...al parecer se trata de una cultura hasta ahora desconocida, la cual, por ahora, denomino Cultura de El Molle".

Por fin en el año 1940 se publicó mi primer trabajo sobre estos nuevos descubrimientos en el Boletín del Museo Nacional de Historia Natural, con un extenso comentario de don Ricardo E. Latcham.

Voy a reproducir de ambos lo más importante con observaciones nuevas y algunas conclusiones que me han sugerido mis estudios posteriores de esta cultura.

Ya en un artículo anterior sobre un cementerio indígena en Compañía Baja, cerca de La Serena (Boletín del Museo Nacional del año 1936)., hice referencia a unos cráneos de paredes muy gruesas que había encontrado en uno de los grupos del cementerio y dije al respecto: "Estos cráneos se encontraron siempre en sepulturas en tierra (no en cistas de piedra); generalmente no contenían alfarería, por lo que tenemos la impresión de que provenían de una raza inferior, subyugada por los diaguitas y que quizás ha estado al servicio de ellos".

Mis excavaciones y exploraciones en el Valle de Elqui han probado ahora la existencia de una raza inferior en cultura a los diaguitas que han vivido en dicho valle y probablemente también en otros puntos de la provincia de Coquimbo.

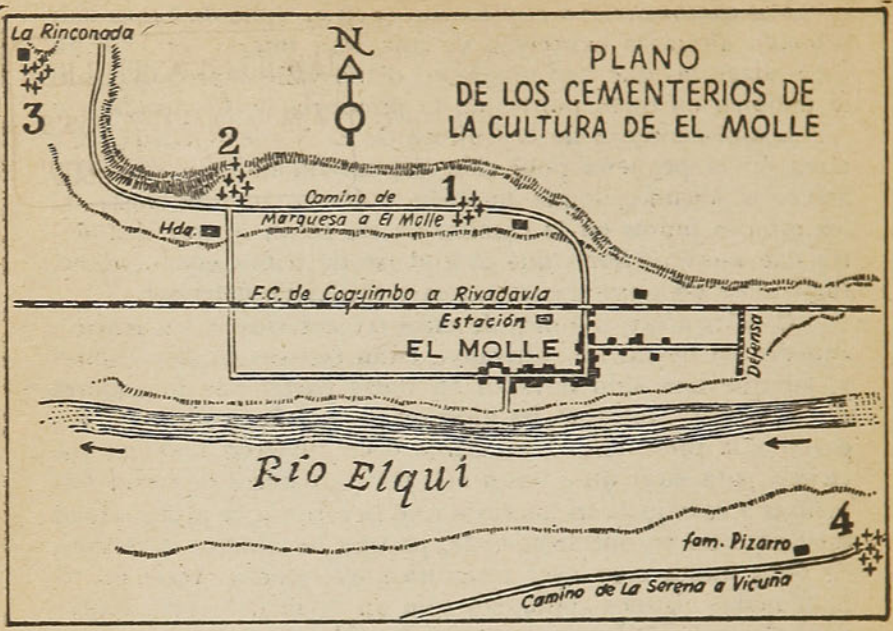
Los cementerios de la Cultura de El Molle se encuentran cerca de la pequeña población del mismo nombre entre La Serena y Vicuña, donde también encontré una fortaleza de los mismos indios en la cumbre de un cerro, lo que demuestra que éstos tuvieron que defenderse de tribus enemigas, refugiándose en puntos estratégicos y fáciles de defender.

Gracias a que algunos de estos cementerios se encuentran situados en tierras no cultivadas, están con sus señales visibles y, aunque han sido hoyados en todas partes por buscadores de "entierros", éstos no les hicieron gran daño, porque no llegaron a la profundidad suficiente o no tuvieron bastante paciencia para sacar unos seis o más metros cúbicos de tierra con piedras y cascajo, y en los casos que llegaron a la profundidad suficiente no encontraron nada, porque los ajuares funerarios de estos indios eran muy insignificantes; muchas veces no tenían nada; algunos contenían sólo un tembetá u otro objeto pequeño, que fácilmente pasa inadvertido.

*Los Cementerios*

Los cementerios de la Cultura de El Molle que he podido localizar son seis: cuatro están alrededor de la población de El Molle, como se puede ver en el planito, y los otros dos se encuentran unos 5 kilómetros más al Poniente por el lado Sur del río, a ambos lados del camino de La Serena y dentro de la hacienda Calera.

De los seis cementerios, el signado con el número 1 es, sin duda, el más antiguo; los emplazamientos marcados en su superficie con piedras blancas de río, son de menor diámetro que en los otros cementerios; también la profundidad de las sepulturas es menor, llegando sólo de 1.40 a 1.60 m. Los huesos están deshechos en su mayor parte. En este cementerio, a pesar de haber cavado más de 10 sepulturas, no hemos encontrado ajuar funerario; su extensión alcanza a más o menos




una hectárea. Parte de las señales han desaparecido con la construcción de una era en este lugar; las otras señales están muy borradas por el trajín de animales.

Los cementerios 2 y 3 tienen ruedos marcados con piedras blancas mucho más grandes que en el 1; los ruedos alcanzan 5 y 6 metros de diámetro. Cada uno de estos cementerios tiene una extensión de más de una hectárea, siendo la profundidad de las sepulturas a veces mayor de dos metros. En ambos se han perdido muchas marcas; en el 2 se hizo hace años una media luna para corrida de vacas y en el 3 también se había construído una era y además se han borrado muchas señales con los ranchos y corrales de una majada de cabras. En el 2 cavamos 18 sepulturas, pero sólo 5 tenían ajuar funerario. En el cementerio 3 descubrimos unas 13 sepulturas de las cuales proviene la mayor parte de la alfarería que hemos extraído.

El cementerio 4 se encuentra al lado Sur del río, en un

predio que pertenece a la familia Pizarro, junto al camino de La Serena a Vicuña; sus señales están casi completamente borradas, porque este terreno se ha sembrado en otros años de rulo; no hemos encontrado objetos culturales en este cementerio, pero por referencias sabemos que años atrás fueron sacadas de él algunas piezas de alfarería.

En condiciones parecidas, como el anterior, se encuentra el cementerio 5, situado en terreno cultivado, por lo cual es muy difícil ubicar las sepulturas, y las que eran aún conocibles, fueron cavadas por individuos que creyeron encontrarían objetos de valor comercial.

El cementerio 6 era muy parecido al 3 con respecto al ajuar de los muertos. Encontramos en él las dos piezas más interesantes de alfarería, varios tembetás y un hermoso collar (que describiremos más adelante).

En lo siguiente doy una descripción de las características del cementerio 2, que es típico para los demás.

El cementerio se encuentra en una suave falda del terreno, que nace de los cerros altos que circundan el valle por el lado norte, cerca de las casas de la hacienda El Molle. De lejos se ve una gran cantidad de piedras blancas de río que se destacan del fondo obscuro de la tierra. Estas piedras blancas, del tamaño medio de un puño de hombre, forman bandas circulares de unos 50 cms. de ancho, por un diámetro de 4 a 6 metros. En el centro de esta banda circular, hay generalmente un núcleo de piedras blancas todas enterradas hasta un poco más de la mitad en el suelo y, diseminadas en varias partes, unas piedras más grandes, algunas de color rojo; estas son las señales visibles del cementerio.

Encontramos debajo de la banda circular, restos de niños y hacia el centro, las osamentas de los adultos. Eran verdaderas sepulturas de familia. Los hoyos estaban rellenados en su mayor parte con piedras del río, entremezcladas con tierra. Las piedras han sido traídas ex profeso desde el lecho del río, que dista unos 1.000 metros del cementerio, porque no las hay en los alrededores ni en el subsuelo que es de tierra y de cascajo de las rocas eflorescientes que se han desprendido de los cerros.

Las sepulturas de los adultos tienen una profundidad de 1.60 hasta 2 metros y más. Parece que había cierta relación entre la estatura del difunto y la profundidad de la sepultura. En el fondo y a veces en capas superiores había piedras planas de río de 50 a 70 cms. de diámetro que, en algunos casos, parecen haber servido para tapar las comidas que pusieron al muerto en la sepultura; en otros casos formaron una verdadera cubierta sobre el cadáver. En una de las sepulturas encontramos 3 capas de estas piedras. La gran cantidad de piedras de río empleadas por estos indios para sepultar a sus muertos, pasaba a menudo de varias toneladas.

Para dar una mejor idea sobre la forma de sepultación, copio en seguida algunos apuntes de mi diario de excavaciones:

"El 20 de agosto de 1940, en un rebusque del cementerio 6, pudimos ubicar una sepultura ya cubierta de tierra, cuyo ruedo de piedras era de unos 6 metros de diámetro; en el centro había una piedra grande plana, de unos 60 cms. de diámetro y tres piedras de menor tamaño, de color rojo, una de éstas en el ruedo.

"Cavamos el centro que tenía muchas piedras de río del tamaño de un puño de hombre y más grandes, mezcladas con tierra. A los 40 cms. de profundidad encontramos otra piedra plana como la que estaba encima y sucesivamente dos más a diversas profundidades, pero en distintas direcciones, formando su ubicación un triángulo.

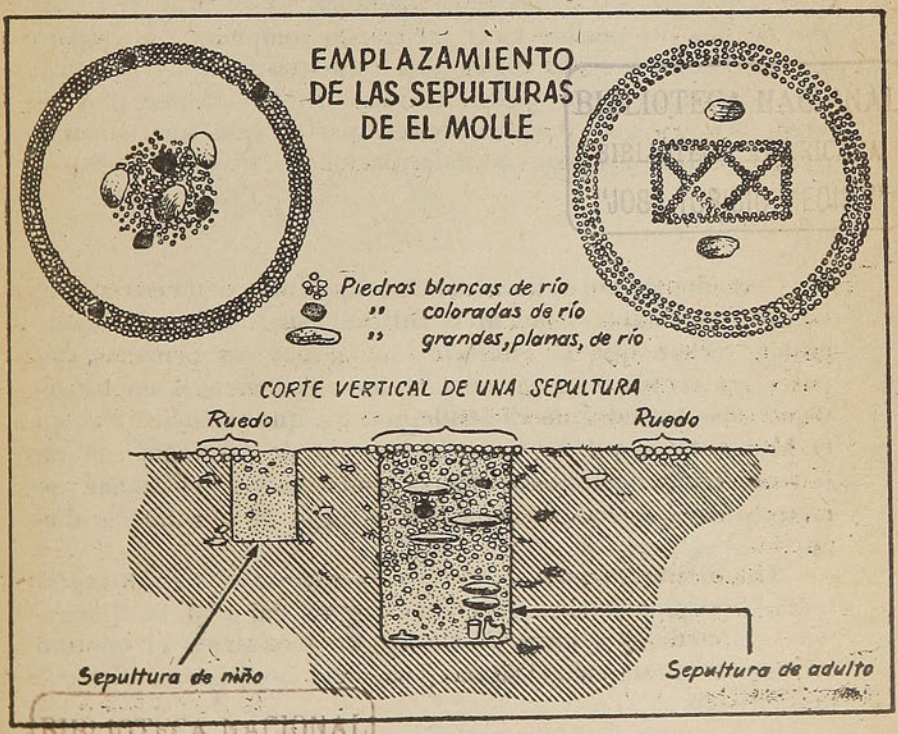
"A 1.35 m. apareció una piedra larga, cilíndrica, de unos 40 cms. de largo por 15 cms. de diámetro y poco más abajo otra; como pudimos ver después estaban en la parte que corresponde a la cabecera de la osamenta. Por fin, a la profundidad de 1.80 m. encontramos restos de huesos, muy deshechos. En la última parte de la excavación, el terreno era casi puramente de tierra, con una u otra piedra de río.

"La cabeza estaba hacia el Oriente y al lado de ella encontramos las dos piezas de alfarería Nº 6 y 14 de la ilustración; al lado opuesto, hacia los pies, encontramos una cachimba de piedra blanca.

"El 21 de agosto tuvimos la suerte de encontrar otra se-

pultura en este mismo cementerio, la que estaba en un camino en el trecho que había sido reemplazado por una variante; sus señales ya no estaban y sólo la pudimos conocer gracias a nuestra experiencia, por unas piedras que asomaban en la huella. Esta sepultura resultó ser la más interesante de todas por su ajuar; tenemos la impresión que era del cacique de la tribu, que estaba enterrado con sus tres mujeres; las osamentas estaban un poco mejor conservadas. Al lado del cráneo masculino encontramos un hermoso tembetá, el más grande que hemos hallado en estas excavaciones; es de una piedra trasparente rojiza, hacia la punta el color es más amarillento y un poco arqueada hacia arriba (Fig. 6 de los tembetás); tiene desde su base 8 cms. de largo.

"Junto a la cabeza de una de las otras tres osamentas




BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

que creemos era de la favorita, encontramos un hermoso collar, el cual parece haber estado enrollado en el cuello. Sacamos con todo cuidado unos mil quinientos discos que formaron el collar. En el mismo sitio encontramos los aros pequeños de cobre, Nº 3, y el brazalete que ilustramos con la Fig. 5 de los objetos de cobre, el que llevaba puesto en el brazo".

Creemos que las piedras grandes y planas que encontramos muchas veces en los emplazamientos, o sus marcas exteriores, indicaban la calidad del muerto, mientras las piedras rojas indicaban el número de muertos colocados en las sepulturas. No nos ha sido posible confirmar fehacientemente esta suposición.

Representamos dos señales de sepultura de esta cultura y un corte vertical de una. En muchas sepulturas había más de una osamenta. Como los huesos estaban ya en muy mal estado, no nos fué posible sacar un cráneo completo. Los cráneos tienen, como ya se ha dicho, una característica muy peculiar; son de paredes cuyo espesor fluctúa entre 7 y 11 mm. Por las observaciones que pudimos hacer, parece que son del tipo braquicefálico; algunos con deformaciones artificiales, oblicuas.

*La alfarería*

Los objetos encontrados en las sepulturas demuestran que este pueblo estaba en un nivel cultural muy inferior a los diaguitas. Parece que la alfarería pasaba por sus primeras etapas y era escasa. El total de las piezas encontradas en los cementerios alrededor de El Molle, son 21, que se encuentran en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago; son casi todos cantaritos altos de forma simétrica y bases planas, características que los distingue desde luego de la alfarería diaguita.

Las diferentes piezas de alfarería encontradas están representadas esquemáticamente en las figuras del 1 al 14. Indicamos sus medidas y otros detalles y, en paréntesis, el número con que figuran en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago.

*Alfarería encontrada en los Cementerios alrededor de El Molle*

(Numeración definitiva de los diferentes tipos)



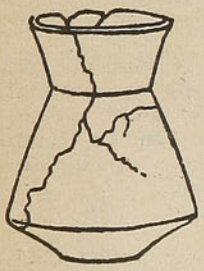
1

Tipo 1. Cántaro gris negro, pulido.

Medidas:

| | | |
|---|---|---|
| Altura | 17 | cm. |
| Boca | 12.5 | " |
| Base | 5 | " |
| Diámetro máximo | 13,3 | " |
| Grosor | 4 | mm. |

(12.083).



2

Tipo 2. Cántaro gris negro, bien pulido.

Medidas:

| | | |
|---|---|---|
| Altura | 16 | cm. |
| Boca | 10,5 | " |
| Base | 5,5 | " |
| Diámetro máximo | 11,7 | " |
| Grosor | 4 | mm. |

La sección del cuello tiene 5 cm. de altura, el cuerpo hasta el ancho máximo mide 7 cm., de ahí hasta la base 4,5 cm. (12.081).



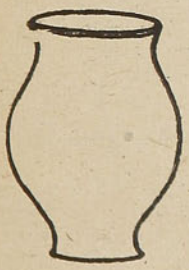
3

Tipo 3. Cántaro gris negro, pulido.

Medidas:

| | | |
|---|---|---|
| Altura | 12 | cm. |
| Boca | 7 | " |
| Base | 5 | " |
| Mayor diámetro | 10 | " |

Este cantarito tiene una ranura fina que circunda el cuello en su base con un ojetillo a un lado (originariamente dos), que debe haber servido para suspenderlo y quizás para insertar un pequeño adorno de lana (borla) (?). La parte del cuello mide 2,5 cm. de altura. (12.085).



4

Tipo 4. Cántaro gris negro, pulido.

Medidas:

| | | |
|---|---|---|
| Altura | 12 | cm. |
| Boca | 7,7 | " |
| Base | 4,5 | " |
| Diámetro máximo | 8,5 | " |
| Grosor | 4 | mm. |

(12.216).



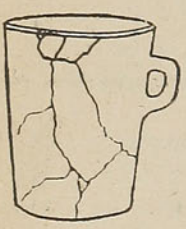
5

Tipo 5. Cántaro rojo, enlucido.

Medidas:

| | | |
|---|---|---|
| Altura | 16,5 | cm. |
| Boca | 12,3 | " |
| Base | 7,3 | " |
| Grosor | 3 | mm. |

(12.150).



6

Tipo 6. Cántaro gris negro, bien pulido.

Medidas:

| | | |
|---|---|---|
| Altura | 16 | cm. |
| Boca | 12,5 | " |
| Base | 7,5 | " |
| Grosor | 4 | mm. |

Este cántaro es el único que tiene un asa que comienza 3 cm. más abajo del borde, abarcando desde su comienzo hasta su término 4 cm. La abertura del asa es casi redonda con un diámetro interno de 16 mm.
(12.215).



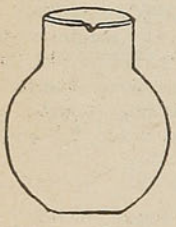
7

Tipo 7. Cántaro rojo, pulido (muy quebrado).

Medidas:

| | | |
|---|---|---|
| Altura | 16,5 | cm. |
| Boca | 6,8 | " |
| Base | 5 | " |
| Grosor | 3 | mm. |

(12.080).



8

Tipo 8. Cántaro negro, pulido.

Medidas:

| | | |
|---|---|---|
| Altura | 9 | cm. |
| Boca | 5 | " |
| Base | 6 | " |
| Diámetro máximo | 7,3 | " |
| Grosor | 3 | mm. |

(12.217).



9

Tipo 9. Taza gris (muy quebrada).

Medidas:

| | | |
|---|---|---|
| Altura | 12,5 | cm. |
| Boca | 17 | " |
| Base | 9 | " |

(12.079).



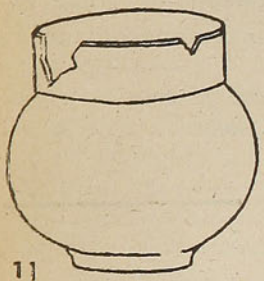
10

Tipo 10. Cantarito muy tosco, quebrado, con restos de un asa.

Medidas:

| | | |
|---|---|---|
| Altura | 6 | cm. |
| Boca | 4,7 | " |
| Base redondeada. | | |
| mayor diámetro | 7 | " |

(12.152).



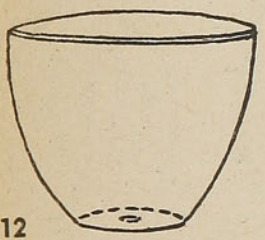
11

Tipo 11. Cantarito negro, quebrado.

Medidas:

| | | |
|---|---|---|
| Altura | 10 | cm. |
| Boca | 8 | " |
| Base | 3,5 | " |
| Diámetro máximo | 9,5 | " |
| Grosor | 4 | mm. |

(12.082).



12

Tipo 12. Taza de color rojo, pulida, con manchas negras.

Medidas:

| | | |
|---|---|---|
| Altura | 9 | cm. |
| Boca | 10,6 | " |
| Base | 6 | " |
| Grosor | 7 | mm. |

Esta taza tiene una perforación en su base de 7 mm. de diámetro. Por su grosor, su forma y la perforación en el fondo puede haber servido de crisol (?)



13

Tipo 13. Pequeño cantarito de color rojo.

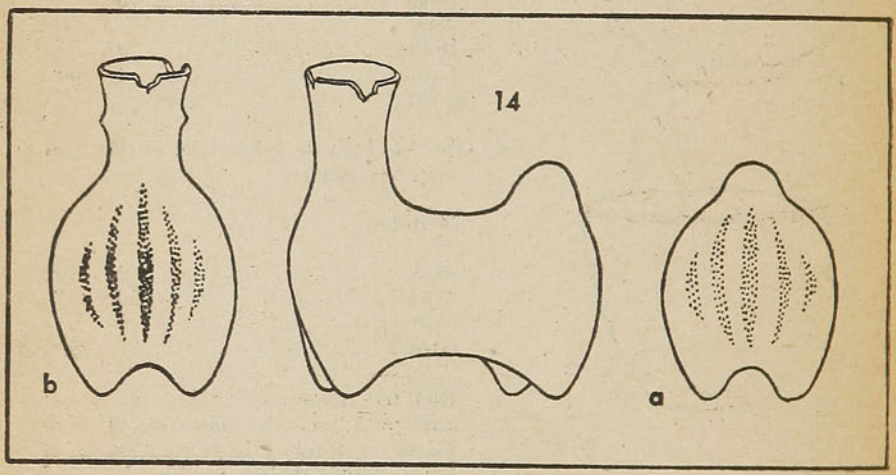
Medidas:

| | | |
|---|---|---|
| Altura | 7 | cm. |
| Boca | 1,3 | " |
| Diámetro máximo | 3,2 | " |

(12.237).

14.—Es la única pieza asimétrica; constituye probablemente una primera manifestación de estilización zoomorfa; parece que se ha querido representar el guanaco o la llama; consta de dos cuerpos que tienen cada uno dos pequeñas prolongaciones en la base; ambos cuerpos están unidos por una sección central. El primer cuerpo tiene como coronación el gollete con dos pequeñas protuberancias a ambos lados y el otro termina en una prominencia. Las medidas de esta pieza son: largo total 19 cms., altura del primer cuerpo con el gollete 18 cms., altura del segundo cuerpo 13 cms., el mayor ancho, visto de frente (14ª) es 10 cms.

Esta interesante pieza tiene en su parte anterior y posterior, apenas perceptible, una decoración pictórica que consta de 5 rayos verticales.




Una pieza de alfarería similar a la descrita anteriormente y, que tiene, sin duda, la misma procedencia, se encuentra en la colección del señor Eliseo Peña Villalón (actualmente en el Museo de La Serena). Esta pieza está muy bien conservada y ostenta un dibujo ya un poco más perfecto. No conocemos su procedencia, pero por los datos que hemos recogido, casi no nos cabe duda que procede del cementerio Nº 4 del plano, en el cual se han encontrado, tiempo atrás, algu-

nas piezas de alfarería que fueron llevadas a Santiago, según nos lo dice un vecino de esa localidad. En la ilustración fotográfica al final, damos el diseño de esta pieza, cuyas medidas son: largo total 11 cms., altura del primer cuerpo 13,8 cms., altura del segundo cuerpo 9,6 cms., ancho frontal 7 cms.

El dibujo está también bastante débil, pero perfectamente conocible.

Poco después que apareció mi primer trabajo sobre la Cultura de El Molle, fué regalado al Museo a mi cargo un interesante cantarito ornitomorfo que tiene las características de la alfarería de El Molle; fué encontrado por la señora Isolina Barraza de Estay, cerca de Huanta, unos 70 km. al Poniente de El Molle en un valle cordillerano dondé también se encontraron 2 tembetás que estaban en poder del cabo de carabineros de ese Retén. Este pequeño cantarito representa una primitiva estilización de un ave. Las alitas parece que estaban sobrepuestas y se han desprendido.

Las medidas de este cantarito son:

| | |
|---|---|
| Altura | 14 cm. |
| Boca | 4,5 cm. |
| Largo del cuerpo | 9 cm. |
| Mayor ancho | 6,5 cm. |

Entre la alfarería sacada en los cementerios de El Molle hay, además de las piezas ilustradas del 1 al 14;

2 que se asemejan al tipo 1; 1 que se asemeja al tipo 2; 1 que se asemeja al tipo 4; 2 que se asemejan al tipo 5.

*Alfarería grabada*

En mis anotaciones de las excavaciones en El Molle del año 1938 he anotado como remitido al Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, con la primera remesa de material proveniente de esas excavaciones, un fragmento de alfarería grabada con finas rayas paralelas, hechas por incisión, encontrado en el cementerio Nº 3 de la Rinconada y otro

fragmento de la misma especie encontrado en la fortaleza de esa cultura que descubrimos en la cima de un cerro.

No habiendo encontrado más que esos dos vestigios de alfarería grabada, no le dimos mayor importancia a este hallazgo y los anoté sólo como un detalle; pero en 1944 recibí una carta del famoso arqueólogo del American Museum of Natural History de New York, señor Junius Bird, en que me escribe que en la colección arqueológica del Dr. Schwenn que fué regalada a ese Museo Americano por el señor Crocker, se encuentra un vaso *gris negro con decoración grabada (incisa)* del cual me manda una fotografía preguntándome si ese vaso pertenecía a la Cultura de El Molle por mí descrita.

En realidad, el vaso que en el Museo Americano lleva el Nº 122245 y que ilustramos en Lám. II, h, corresponde en nuestra clasificación tipológica del presente trabajo, al 3. Tiene la forma y la característica línea grabada en el nacimiento del cuello con sus dos ojetillos a ambos lados, pero su cuerpo y su cuello están cubiertos con una decoración incisa de rayas paralelas en zigzag.

También su procedencia "Valle de Elqui" indica la probabilidad de que este vaso pertenecía a la cultura de El Molle.

Don Ricardo E. Latcham en su Alfarería Indígena Chilena, en el capítulo Alfarería Diaguita, ilustró en pág. 152, 4 piezas de alfarería grabada, que según dice, fueron sacadas de un cementerio indígena en el fundo de San Agustín, situado sobre el Río Chalinga, afluente del Choapa, por don Roberto Rengifo, el año 1917.

A pesar de que los dibujos no aparecen muy exactos, resalta una similitud en la forma de nuestro vaso 3 con el vaso b de Latcham; otra vez tenemos la línea que circunda el cuello con los dos ojetillos. El cuello está decorado con incisiones de líneas y puntos; también los otros 3 vasos tienen afinidad con otros tipos de los de El Molle y desde luego todos parecen tener asientos planos. La descripción en el libro de Latcham es muy pobre, como lo hace notar el mismo autor; no dice nada del color de los vasos ni da detalles del enterratorio, de manera que no me atrevo a hacer más comparaciones, pero no cabe duda que esos vasos no son diaguitas, pero

bien pueden pertenecer a la Cultura de El Molle, de la cual aun conocemos poco y tenemos que admitir que quizás en otras partes ha tenido aún mayor desarrollo que en El Molle y quizás le pertenezcan esos vasos con decoración geométrica incisa, cuyos restos hemos encontrado ya en muchas partes.

*Los Tembetás*

Hemos encontrado en estos cementerios, con bastante frecuencia, un adorno labial llamado tembetá o bezote, objeto que está aún en uso en tribus del Brasil y El Chaco.

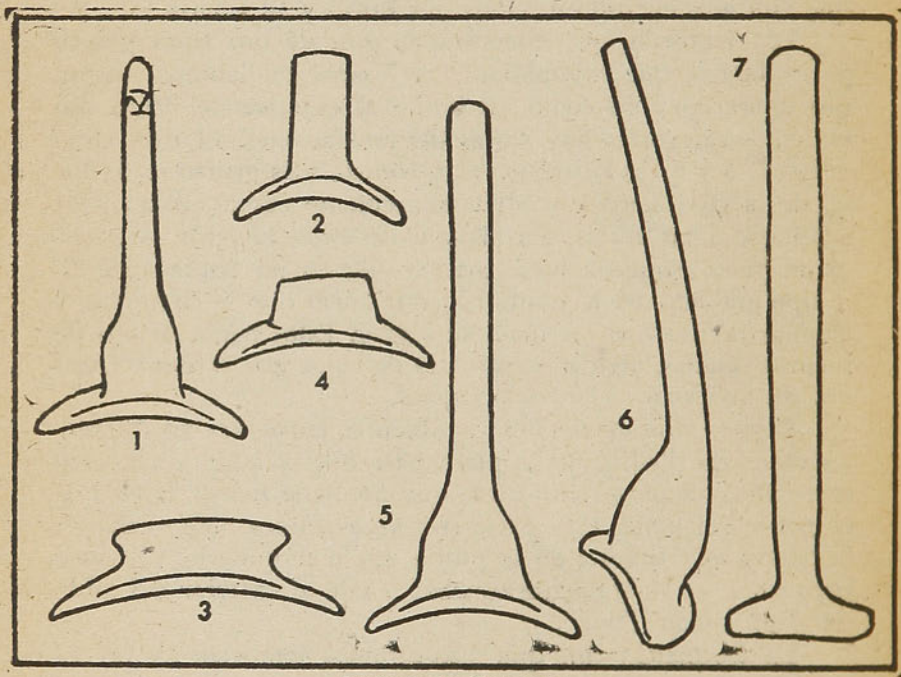
Los tembetás que encontramos son de dos tipos principales: largos, que sobresalían 5 a 7 cms. del labio, y cortos, que aparecían sólo como un botón al exterior del labio. En estas dos categorías hay varias diferenciaciones. El tipo largo (Figs. 1, 5 y 6) es cilíndrico algo cónico, más grueso en la base, de la cual salen dos alitas suavemente curvas, como para adaptarse a las encías. En algunas de éstas, la parte larga está un poco arqueada hacia arriba (6); en un tembetá de este tipo grabado, en la punta hay dos líneas que la circundan y algunas rayitas que las unen en zigzag. Estos tembetás son de piedras vetadas, algo transparentes de color gris verdoso. Otras son de materiales blancos o rojizos.

El otro tipo de tembetá también se encuentra en diferentes clases de piedra; de la placa base que se adapta a las encías, sale una parte cilíndrica, que no tiene mayor largo que el grosor del labio. Esta parte es a veces cónica, más ancha en la base y más angosta en la punta (4) o termina en un disco cuyo plano es ligeramente cóncavo y sale al exterior del labio como un botón (3).

La frecuencia con que encontramos tembetás en las sepulturas de esta cultura, indica que su uso ha sido muy difundido entre este pueblo; en cambio, en centenares de sepulturas de la Cultura Diaguita que hemos tenido ocasión de examinar, no hemos encontrado nunca un tembetá, lo que nos inclina a creer que este artefacto no era de uso entre los diaguitas y los ejemplares que se encuentran en diversas co-

lecciones diaguitas, son de la cultura cuyos cementerios hemos encontrado en El Molle.

Con respecto a este adorno labial o tembetá, dice el señor Latcham en su comentario, entre otras cosas: "La primera " tembetá que conocimos proveniente del valle del Elqui, se " halla en el pequeño Museo del Seminario Conciliar de La " Serena. Era del tipo de pitón y llevaba en la superficie una " decoración lineal. La tarjeta que acompaña al objeto dice " simplemente Elqui, sin especificar el punto preciso de su " hallazgo.




Formas de Tembetas.

"De los cuarenta o más tembetás que hemos examinado, " unos treinta, cuyo origen conocemos, fueron hallados en el " departamento de Elqui y es probable que los demás tengan " igual procedencia original".

El señor Jorge Iribarren Ch., con motivo de sus estudios sobre el tembetá, bezote o labret y su dispersión, ha estudiado con especial detenimiento la colección de tembetás provenientes de mis excavaciones en El Molle y me ha permitido reproducir de su libro "Notas preliminares sobre la dispersión continental de un adorno del labio en los pueblos aborígenes, el bezote, labret o tembetá", la parte referente (Págs. 54 al 56 de su libro).

Del libro de don Jorge Iribarren Ch.:

"44 al 62.—Tembetás del paradero de El Molle. Los ejemplares de esta procedencia y que forman parte de la colección del Museo de Historia Natural de Santiago, son los siguientes:

"44.—Tembetá alargado de base ensanchada, pronunciadamente curvo, material translucido, ópalo.

| | | |
|---|---|---|
| Largo total | 70 | mm. |
| Diámetro apical | 6 | " |
| Diámetro en el ensanchamiento basal | 16 | " |
| Diámetro mayor de las alas | 33 | " |
| Diámetro menor | 10 | " |

"45.—Tembetá alargado recto, jaspe, fracturado.

| | | |
|---|---|---|
| Largo total | 61 | mm. |
| Diámetro apical | 10 | " |
| Diámetro en el ensanchamiento basal | 19 | " |
| Diámetro mayor de las alas (1\|2) | 22 | " |
| Diámetro menor | 11 | " |

"46.—Tembetá alargado, manchado, encurvado, en ónix. Ejemplar 12063.

| | | |
|---|---|---|
| Largo total | 56 | mm. |
| Diámetro apical | 7 | " |
| Diámetro del ensanchamiento basal | 18 | " |
| Diámetro mayor de las alas | 35 | " |
| Diámetro menor | 6 | " |

"47.—Tembetá traslúcido y manchado, jaspe.

| | | |
|---|---|---|
| Largo total | 36 | mm. |
| Diámetro apical | 5 | " |
| Diámetro del ensanchamiento basal | 12 | " |
| Diámetro mayor de las alas | 28 | " |

"48.—Tembetá tipo ensanchado en la base de eje corto, ópalo. Ejemplar 12090.

| | |
|---|---|
| Largo total | 24 mm. |
| Apice | 9 " |
| Diámetro en el ensanchamiento | 16 " |
| Diámetro mayor de las alas | 32 " |

"49.—Tembetá alargado, muy encurvado, con algunas decoraciones anulares en el ápice, en ónix. Ejemplar 12299.

| | |
|---|---|
| Largo total | 57 mm. |
| Diámetro apical | 6 " |
| Diámetro en el ensanchamiento | 19 " |
| Diámetro mayor de las alas | 42 " |
| Diámetro menor | 18 " |

"50.—Tembetá alargado, en toba porfírica. Ejemplar 12089.

| | |
|---|---|
| Largo total | 55 mm. |
| Diámetro apical | 8 " |
| Diámetro mayor de las alas | 28 " |
| Diámetro menor | 16 " |

"51.—Tembetá alargado, en jaspe. Ejemplar Nº 12298.

| | |
|---|---|
| Largo total | 27 mm. |
| Diámetro apical | 10 " |
| Diámetro del ensanchamiento basal | 15 " |
| Diámetro mayor de las alas | 25 " |
| Diámetro menor | 18 " |

"52.—Tembetá muy alargado, de gran curvatura, en ónix. Ejemplar 12123.

| | |
|---|---|
| Largo total | 83 mm. |
| Diámetro apical | 7 " |
| Diámetro del ensanchamiento | 18 " |
| Diámetro mayor de las alas | 32 " |
| Diámetro menor | 13 " |

"53.—Tembetá de tipo cilíndrico con alas, en jaspe.

| | |
|---|---|
| Diámetro de la cara externa | 15 mm. |
| Altura | 15 " |
| Diámetro mayor de las alas | 31 " |

"54.—Tembetá discoidal con alas, en arcilla silicatada.

| | |
|---|---|
| Diámetro en la cara externa | 14 mm. |
| Altura | 10 " |
| Diámetro mayor de las alas | 34 " |

"55.—Discoidal con alas.

| | |
|---|---|
| Diámetro del disco | 15 mm. |
| Altura | 8 " |
| Diámetro mayor de las alas | 29 " |

"56.—T. discoidal con alas, arcilla silicatada.

| | |
|---|---|
| Diámetro del disco exterior | 15 mm. |
| Altura | 10 " |
| Diámetro mayor de las alas | 29 " |

57.—T. discoidal, en arcilla silicatada.

| | |
|---|---|
| Diámetro del disco exterior | 17 mm. |
| Altura | 10 " |
| Diámetro mayor de las alas | 30 " |

"58.—T. discoidal con alas, jaspe.

| | |
|---|---|
| Diámetro de la cara externa | 12 mm. |
| Altura | 14 " |
| Diámetro de las alas | 19 " |

"59.—T. discoidal con alas.

| | |
|---|---|
| Diámetro del disco exterior | 14 mm. |
| Altura | 18 " |
| Diámetro de las alas | 33 " |

"60.—T. con alas discoidal, en greda silicada.

| | |
|---|---|
| Diámetro del disco exterior | 19 mm. |
| Altura | 10 " |
| Diámetro mayor de las alas | 30 " |

"61.—T. discoidal con alas, en arcilla silicatada.

| | |
|---|---|
| Diámetro del disco exterior | 23 mm. |
| Altura | 7 " |
| Diámetro de las alas | 36 " |

62.—Podría considerarse, en ese orden numérico, al objeto alargado de uso impreso y que corresponde a esta misma colección".

El 62, en el orden numérico del señor Iribarren ,está dibujado en nuestra ilustración, bajo el Nº 7.

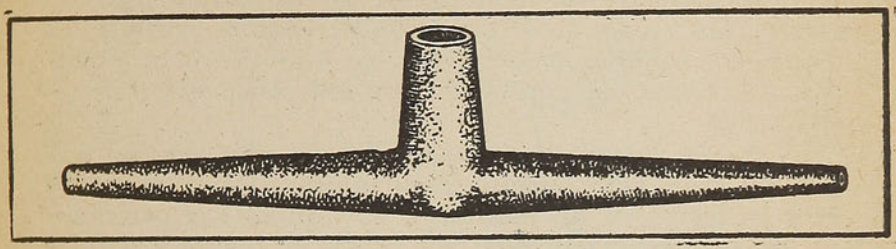
*Las cachimbas o pipas para fumar*

Otro artefacto encontrado con relativa frecuencia en las sepulturas de esta cultura, son las cachimbas o pipas; son de piedra blanca o vetada como mármol. En la ilustración se muestra la forma típica de esas pipas (Véase también las fotos de Lám. II).

Del hornillo cilíndrico y vertical, algo más ancho en su base, salen dos brazos cilíndricos, que se adelgazan un poco hacia los extremos. Uno de estos brazos está perforado hasta el hornillo; el otro es ciego y debe haber servido para sostener la pipa con la mano.

Don Ricardo E. Latcham, en su comentario, cree que los indios de El Molle adquirieron estas pipas de los diaguitas, entre los cuales cree que estaban muy difundidas. El señor Latcham se ha formado su opinión sobre esta cultura por el estudio de los objetos que he mandado al Museo Nacional y por sus grandes conocimientos de las culturas precolombianas, pero como todos estos conocimientos son imperfectos, habrá que modificar todavía muchos conceptos a medida que se siga investigando. Así, por ejemplo, se ha creído que los objetos culturales que se encontraron en suelo chileno, y que denotaban cierta perfección, eran originarios de los incas, y sabemos hoy con seguridad que pertenecen a culturas independientes: la diaguita, la atacameña, etc. Asimismo, se creía que el tembetá era de uso de los diaguitas y ahora he podido establecer que este artefacto pertenecía a una cultura hasta ahora desconocida. Con las pipas resulta igual que con los tembetás; en todas mis excavaciones no he encontrado, en sepulturas de características diaguitas, cachimbas o pipas del tipo descrito. Los ejemplares que he tenido en mis colecciones, los he comprado, una a un hacendado de Vallenar, cuyos inqui-

linos la habían encontrado en su hacienda al interior del río Huasco, y la otra perteneció al señor Elías Espoz, quien la obtuvo en Copiapó, pero también proveniente de cementerios no diaguitas.



Por este motivo creo que también estas cachimbas eran artefactos de uso entre las tribus que formaban parte de esta cultura que hemos denominado de El Molle.

Damos aquí los pormenores de 5 cachimbas procedentes de El Molle que se encuentran en el Museo de Historia Natural de Santiago.

a. Largo: 14,6 cm.; alto (en la parte central del hornillo) : 3,2 cms.; diámetro del hornillo (en la boca) : 1,5 cm.; diámetro de la boquilla: 0,06 cm. Es de piedra blanca.

b. Largo: 15,3 cm.; alto: 3,8 cm.; diámetro hornillo: 1,2 cm.; diámetro boquilla: 0,5 cm. Es de piedra oscura jaspeada.

c. Largo: 10,5 cm.; alto: 3,5; diámetro hornillo: 1,2-1,5 cm. (elíptico) ; diámetro boquilla: 0,6 cm. La boquilla es la parte más corta de las dos salientes. Es de piedra roja oscura.

d. Largo: 9 cm.; alto: 4,1 cm.; diámetro hornillo: 1,3 cm.; diámetro boquilla: 0,7 cm. (es la saliente más larga). Es de piedra jaspeada blanco-café.

e. Largo: 9,2 cm. (quebrado) ; alto: 3,5 cm.; diámetro hornillo: 1,7 cm.; diámetro boquilla: 0,7 cm. (la saliente de la boquilla es completa; está quebrada por el otro lado). Es de piedra blanca.

*Los objetos de cobre*

Los objetos de cobre encontrados en las sepulturas, demuestran que también la elaboración de este metal estaba en sus comienzos. En una de las sepulturas encontramos un pedazo de cobre nativo. Posiblemente les ha servido para sus labores. Los artefactos de cobre son de los más sencillos; los brazaletes y anillos son sencillamente fajas de cobre, dobladas en la forma requerida y abiertas entre las puntas algo redondeadas.

Los aros son placas rectangulares con una pequeña perforación en la parte superior para suspenderlos; el grosor de éstos es apenas de un milímetro; en algunos hay principios de una decoración, teniendo dos hileras de puntos repujados en la parte superior y otros en la parte inferior (1).

El brazalete (5) tiene un largo, extendido, de 16 cms., en el centro mide 15 cms. de ancho, siendo un poco más angosto en los extremos; encontramos otro ejemplar un poco más angosto.

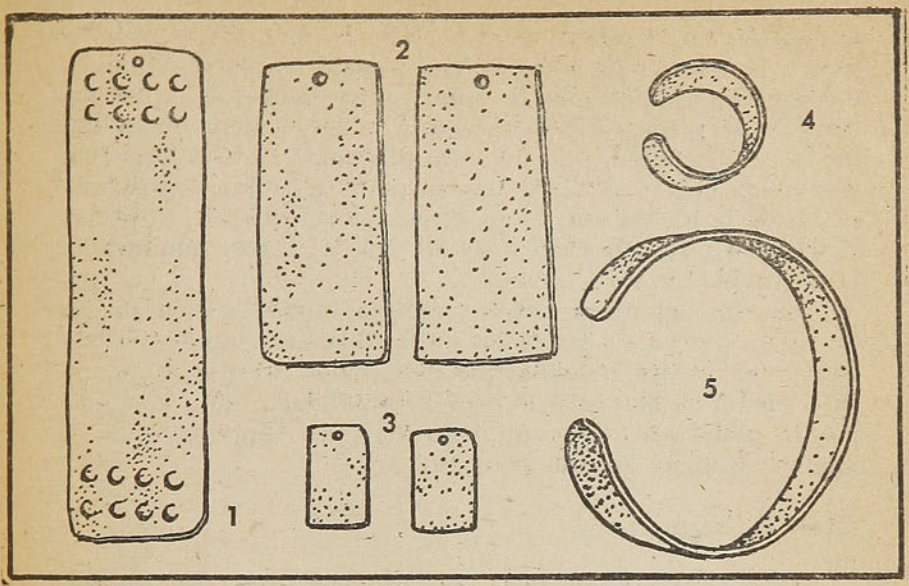
De los aros de cobre, el 1 mide 78 mm. de largo por 22 de ancho; el 2 mide 48 mm. de largo por 22 de ancho y el 3, tiene sólo 1,5 cm. de largo por 1 cm. de ancho.

Con respecto a los objetos de cobre, dice el señor Latcham en su comentario:

"Podemos determinar aproximadamente la época de es-
" ta cultura por su contenido. Los diaguitas comenzaron a
" desarrollar la metalurgia del cobre después de la influen-
" cia chincha, allá por el siglo XIII. Como entre los artefac-
" tos de la cultura hallada en El Molle se encuentran varios
" de cobre, es seguro que dicha cultura se desarrolló entre
" los siglos XIII y XIV, posiblemente a mediados de ese pe-
" ríodo".

No puedo estar de acuerdo con esta conclusión a que llega el señor Latcham con respecto a la época en que ha existido esta cultura de El Molle, por los siguientes motivos:

Primeramente por el estado de las osamentas, que denotan una edad muy superior que la de los diaguitas de la edad




Objetos de cobre.
(Aros, brazalete, anillo).

chincha-atacameña a que se refiere el señor Latcham; en segundo lugar, porque he encontrado objetos de cobre en el cementerio más antiguo de la cultura diaguita, en la quebrada de Las Animas, en el cual las osamentas se habían desintegrado ya en su mayor parte, lo que prueba que la metalurgia ha existido en Chile mucho antes. Para mí, esta cultura de El Molle tiene una edad mucho mayor; el cobre puede haber sido introducido en tiempos de Tiahuanaco, cuya época aun no se ha podido fijar, estando los arqueólogos en completo desacuerdo. Pero, parece seguro que es anterior al siglo VI de nuestra era.

*Objetos de piedras*

Hemos encontrado pocos objetos líticos en los cementerios de El Molle. El más interesante lo constituye una pequeña batea de piedra plana que tiene una forma ovalada, algo

asimétrica. En la superficie se ha labrado una concavidad, como en las piedras de moler, y está pintada en parte, dividiéndola en dos campos: uno de color rojo y el otro del color natural de la piedra. La división es a lo largo, pero no exactamente por la mitad, sino un poco diagonal, abarcando la parte pintada más o menos la tercera parte del total. Las dimensiones de la piedra son: largo 12 cm., ancho 9,5 cm. El grosor es desigual y fluctúa entre 26 y 36 mm.; la mayor hondura de la concavidad es de 15 mm.

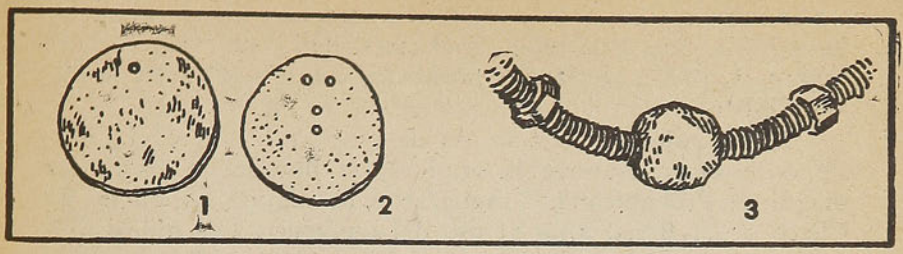
En una sepultura encontramos la mitad de una piedra de moler, parecida a las de los indios diaguitas; junto con ella había una piedra redonda que debe haber servido de mano. Esta piedra se encontró a poca profundidad, junto con otra piedra plana que tenía un lado un poco cóncavo, como si también hubiera servido para moler.

*Otros hallazgos*

Con relativa frecuencia encontramos aros (ver ilustración). El 2 es un aro de concha de 6 cm. de diámetro, con 4 perforaciones; la mayor parte de estos aros estaban quebrados. También encontramos algunos discos verdes de carbonato de cobre (malaquita), de diferentes tamaños, iguales a los que encontramos en la cultura diaguita. Hallamos un solo collar, en el cementerio 6 del plano; este collar, que constaba de discos finitos, de una masa calcárea, tenía algunos discos de carbonato de cobre y en el centro una piedra verde perforada. El collar mide todavía 1,75 m. de largo, a pesar de que muchos discos estaban quebrados y otros deben haberse perdido en la tierra (3).

No hemos encontrado puntas de lanzas o de flechas en las sepulturas ni en los alrededores de los cementerios, y es probable que las armas de esta tribu eran piedras, quizás lanzadas con hondas, y otras armas de madera, mientras que los indios diaguitas chilenos tenían lanzas y flechas con puntas de piedra muy bien labradas.

Frente al fundo Maitenes, entre El Molle y Almendral, en el alto de uno de los cerros de la ribera sur del río Elqui,




Varios: aros de concha, parte de collar.

*Fortaleza indígena en el Valle de Elqui*

hay una saliente de rocas abruptas, casi perpendiculares, de considerable altura y que parece una verdadera atalaya; en su cima hay una plataforma amplia para contener un regular número de familias con su ganado. Este punto estratégico que domina el valle por ambos lados en una extensión de más de 15 kilómetros, lo habían elegido los indios para un refugio fortificado.

La ascensión hasta este lugar es bastante penosa. Tuvimos conocimiento de él por cuidadores de cabras, a quienes les había llamado la atención las figuras de piedras de río, que marcaban algunas sepulturas en el recinto de la fortaleza. También creyeron que se trataba de onzas enterradas y por eso encontramos allí algunos hoyos.

La fortaleza es inaccesible por tres lados por obra de la naturaleza. Rocas casi perpendiculares, muy altas, hacen imposible la ascensión; sólo por la parte que está unida con el macizo de cerro era vulnerable, pero también aquí hay una defensa natural y otra artificial; una quebrada de varios metros de profundidad la divide del cerro y en el borde una gran "pirca" de piedras, hecha por los indios. En el recinto mismo de la fortaleza existen unas seis o siete sepulturas con sus marcos de piedras de río, que no dejan duda de que esta fortaleza perteneció a los indios de cráneos gruesos y posiblemente, eran de guerreros muertos durante algún sitio.

Examinando las demarcaciones de sepulturas, encontramos sólo 40 a 60 cm. de tierra sobre la base rocosa; no encon-

tramos restos óseos y sólo algunos fragmentos de su alfarería. Es posible que esta tribu haya trasladado sus muertos, en tiempo de paz, a tierra más profunda, o que sus huesos se hayan deshecho.

He llegado a la conclusión de que los indios de El Molle vivieron en esta región antes de la llegada de los indios diaguitas. Probablemente inmigraron de alguna región de El Chaco o del Brasil (por el uso del tembetá). Los indios diaguitas llegaron después del otro lado de la cordillera, y guerrearon con los indios de El Molle, a los cuales probablemente, después de largos períodos de guerra, pudieron dominar o extinguir su población masculina, gracias a sus mejores armas. Las mujeres jóvenes de la tribu de El Molle fueron llevadas como presa y se mezclaron con sus enemigos, lo que explicaría el hallazgo en muchos cementerios diaguitas de un porcentaje de cráneos de paredes gruesas o semigruesas.

Creo que esa cultura ha estado difundida en gran parte del territorio ocupado por la cultura diaguita, por el hallazgo de los tembetás y cachimbas.

He obtenido tembetás que fueron hallados en Combarbalá, y otros cerca de Copiapó y en el litoral de Caldera. Cachimbas se han hallado en Copiapó y en varias otras partes; si no se han encontrado los cementerios es probable que se deba a que sus señales están borradas, por estar en tierras de cultivo, y como la profundidad de las sepulturas es generalmente de más de 1.50 m., sería muy raro que se descubran, mientras que los cementerios diaguitas se descubren muchas veces hasta con el arado.

Otra dificultad para descubrir los cementerios de la Cultura de El Molle, es que las sepulturas están muy separadas unas de otras y que sus huesos, casi deshechos, no llaman la atención; a eso hay que agregar la falta de ajuar funerario en una gran parte de las sepulturas y se comprende que puede pasar un largo tiempo antes de descubrir otros cementerios de esta cultura.

Lo encontrado en El Molle y en otros cementerios del valle, representa sólo una etapa de la evolución de este pueblo, etapa que denominaremos con MOLLE I. No sospecha-

bamos entonces que esta cultura tuviera un desarrollo tan notable como se manifiesta en posteriores excavaciones, especialmente en Hurtado, de que hablaremos en otro capítulo.

NOTA.—El año 1954 se encontró en el kilómetro 25 del camino de Vicuña a La Serena un enterratorio de objetos arqueológicos de la Cultura de El Molle. Fué durante el arreglo de dicho camino por una cuadrilla de trabajadores que sacaron tierra de un sitio que queda casi precisamente al pie de la primitiva fortaleza que acabamos de describir.

El enterratorio no tenía señales externas y sólo escasas piedras de río mezcladas con la tierra; no hacía la impresión de un cementerio sino como de un enterratorio de emergencia.

Los trabajadores de la cuadrilla habían sacado 3 tembetás, una hermosa pieza de alfarería y dos placas de cobre, objetos, que el inspector del trabajo había obsequiado al señor Jorge Iribarren, quien a su vez los donó al Museo.

Nosotros nos pusimos a cavar por espacio de varios días para tratar de localizar algo más, lo que, excepto de unos grandes fragmentos de alfarería del Molle, fué imposible.

¿Cómo se podría explicar este hallazgo? ¿Acaso tiene relación este enterratorio con la típica demarcación de algunas sepulturas, que años atrás habíamos encontrado arriba en el recinto de la fortaleza?

Puede haber ocurrido, que durante algún sitio o acción hayan muerto algunos Mollinos, que fueron provisoriamente sepultados en el mismo recinto, pero en vista que la capa de tierra en este lugar es muy delgada, pudiera ser, que, una vez pasado el peligro, trasladaron a sus muertos a un sitio donde había tierra mas profunda, dejando las demarcaciones con sus piedras blancas en su sitio primitivo.

Corroboraría esta tesis, que según dijeron los trabajadores, las osamentas encontradas junto con los objetos eran tres, que corresponderían a las tres tembetás, que en general eran atributos masculinos.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

# CAPITULO II

## LA CULTURA DE EL MOLLE, O SUBTRIBU DE ELLA, EN LA COSTA

En el capítulo anterior se ha tratado lo referente a mis excavaciones y al material recogido en los cementerios cerca de la localidad de El Molle, pero el hallazgo o descubrimiento de una cultura desconocida no era completo, porque a pesar de nuestros esfuerzos durante años, no podíamos encontrar más huellas de ella. Por cierto, era sumamente difícil localizar sus cementerios, porque si estaban en tierras de cultivo, las señales superficiales habían desaparecido.

Entretanto, llegaron a mis manos tembetás que habían sido encontrados en Copiapó y en Combarbalá. En la colección del Dr. Schwenn (hoy en el Museo Arqueológico de La Serena), aparecen varios ejemplares de botoques largos que dicho doctor encontró en Cachiyuyo (Prov. de Atacama). Una cachimba de la forma referida la obtuve en Vallenar y otra en Copiapó. Todo eso me indujo a creer que la Cultura de El Molle tenía un área de dispersión bastante amplia, ya que sus artefactos típicos se encontraban en casi todo el territorio diaguita chileno, pero no en sepulturas de esa cultura.

Buscando en la región interior había descuidado la costa, y no fué pequeña mi sorpresa cuando en 1944, durante una excursión que realizamos con un miembro de la Sociedad Arqueológica de La Serena a Quebrada Honda, unos 40 kms. al Norte de La Serena, por la costa, encontramos en un cementerio indígena un tembetá de tipo corto y una ollita de forma típica de El Molle.

Describí este hallazgo en el Boletín Nº 1 de la Sociedad

Arqueológica de La Serena y reproduzco aquí lo principal de aquél artículo:

"...efectivamente encontramos, más o menos unos 800 m. tierra adentro, un pequeño cementerio donde se habían hecho varios hoyos, en los que, según los informantes, se habían encontrado osamentas humanas y en uno de ellos un cántaro rústico, cuyas características correspondían a las de la cultura de El Molle.

Pudimos localizar unas tres sepulturas, una de un niño de poca edad y dos de adultos, las que no tenían ningún ajuar; los cráneos pertenecían al tipo dolicocéfalo.

Buscando y recorriendo toda esta región encontramos, al segundo día, en un plan cerca del anterior, otro cementerio que, al parecer, había sido excavado tiempo atrás, porque se pudieron distinguir perfectamente las depresiones que habían quedado en el terreno cuando se hicieron los hoyos. Descubrimos dos sepulturas por las piedras grandes plantadas como señales, que también existían en el anterior, y excavamos ambas. En una de estas sepulturas encontramos sólo restos óseos de un niño; en la otra, restos de tres personas adultas y de una llama.

La primera osamenta la encontramos a 1.20 m. de profundidad; estaba extendida, con la cabeza hacia el mar y las rodillas dobladas, de manera que los pies estaban cerca del nacimiento del fémur. Este indio tenía cerca de la mandíbula un hermoso tembetá del tipo corto. No encontramos más ajuar en ésta ni en la anterior sepultura.

Un poco más al Poniente de la osamenta a que nos hemos referido, aparecieron otros restos óseos humanos, pero a menor profundidad (más o menos a 90 cm.), de los cuales pudimos sacar el cráneo (un poco quebrado) que, como el perteneciente a la primera osamenta, era de paredes gruesas, aunque no tanto como los de la tribu de El Molle. El primero tenía paredes craneales de 5 a 6 mm.; este último de 4 mm. También la forma de la cabeza pertenecía al tipo dolicocéfalo. Esta osamenta estaba doblada como las de los indios atacameños, con el mentón sobre las rodillas.

Casi encima de la segunda osamenta, pero desplazado un poco hacia el Poniente, había un hacinamiento de huesos humanos calcinados, inclusive cráneo, y un poco más al lado Sur, los huesos de llama o guanaco.

El tembetá encontrado es igual al tipo corto que usaban los mollinos, pero más grande; entre los numerosos tembetás que hemos encontrado en los cementerios de El Molle, no existe ninguno de estas dimensiones.

El tembetá de Quebrada Honda es de un material parecido al alabastro, de una tonalidad amarillo pálido. Sus medidas son:

| | | |
|---|---|---|
| Diámetro del disco exterior | 2,6 | cm. |
| Diámetro mayor de las alas | 4 | " |
| Altura | 1,2 | " |
| Diámetro del cilindro | 2,2 | " |
| Ancho | 2 | " |

(Número del Museo Arqueológico de La Serena: 981).

Las medidas del cántaro son:

| | | |
|---|---|---|
| Altura total | 18 | cm. |
| Mayor diámetro | 14 | " |
| Boca | 12 | " |
| Asiento | 4 | " |

(Número del Museo Arqueológico de La Serena: 714).

El cántaro es de factura ordinaria y está tiznado.

No considerando suficiente este hallazgo para admitir con seguridad que se trataba de esa cultura, a principios del año 1947, hicimos nuevamente una excursión con miembros de la Sociedad Arqueológica de La Serena a un lugar de la costa llamado Los Infieles, un poco más al norte de Cruz Grande, y tuvimos la suerte de encontrar en un pequeño cementerio indígena una hermosa cachimba de piedra del tipo "mollino". En un segundo viaje al mismo lugar encontré dos tembetás más, un hermoso collar de pedacitos de concha y dos

brazaletes de cobre (hoy día en el Museo Arqueológico de La Serena).

Con estos nuevos hallazgos ya no cabe duda de que habíamos encontrado nuevamente las huellas de la cultura de El Molle, confirmándose que en las provincias de Coquimbo y Atacama han existido dos culturas —fuera de la de los indios pescadores primitivos, anteriores a la dominación incaica— una más primitiva que denominamos de "El Molle", que ya tenía una alfarería sencilla, de vasos simétricos, generalmente sin asas y con asientos planos, que usaba el tembetá de piedra y cachimba del mismo material y tenía nociones de metalurgia. La otra, que llamamos "Diaguita-Chilena", tenía ya una cultura muy superior; usaba alfarería artísticamente decorada con dibujos geometrizantes, hechos con una técnica y gusto artístico sorprendente, quizás única en su género; usaba el arco, lanzas y dardos como armas. Tejía la lana y usaba diversos metales para sus herramientas y adornos.

La más antigua de estas culturas era naturalmente la de El Molle. La tribu portadora de ella, debe haber llegado a Chile durante las grandes migraciones de miles de años atrás, de que hablan varios arqueólogos, desde regiones del Brasil o del Chaco, donde el tembetá está aún en uso entre algunas tribus. La inmigración debe haber tomado su camino, probablemente, por el Altiplano boliviano o por el noroeste de la Argentina, donde entre los hallazgos arqueológicos aparece el tembetá.

Como pueblo cazador, con rudimentarios conocimientos de la agricultura, sus primeros asientos deben haber sido en el interior del país, como en El Molle, donde encontré las primeras huellas de su cultura; luego irradiaron hacia el norte y sur y hasta la costa. En esta última parte encontraron condiciones de vida mucho más fáciles, de lo que recibimos una confirmación patente en el segundo viaje a Los Infieles; estábamos acampados en una playa cercana al lugar de nuestras excavaciones, cuando nuestro trabajador, que era experto en mariscar, sacó en la mañana antes del desayuno: 8 jaivas (cancer platycarcinus), 17 "locos" (molusco marino de concha muy fuerte que vive adherido a las rocas), y varias

otras especies marinas alimenticias, que bien pudieron haber constituído el alimento de una familia regular durante un día. Además, habían abundantes perdices y otros pájaros de caza en dicho lugar.

Los inmigrantes deben haberse mezclado con los indios pescadores que estaban establecidos desde tiempos inmemoriales en la costa; de ellos aprendieron el aprovechamiento de la alimentación que proporciona el mar. Eso trajo, naturalmente, un gran cambio en sus costumbres, recibiendo muchos aportes de los pescadores. Las grandes conchas de "locos" reemplazaron la enorme cantidad de tiestos de alfarería que les costaba mucho fabricar. Los moluscos comestibles fueron asados en el rescoldo del fuego y para comerlos se sirvieron de palitos o instrumento de hueso con punta; así lo he visto hace años en un lugar solitario de esta costa, donde vivía la familia de un cazador de "chungungos" (Lutra felina) en condiciones que no deben haber variado mucho desde unos 500 años atrás. La familia, compuesta de la madre y de 11 niños, de los cuales el mayor andaba desnudo y los demás semidesnudos, se habían agrupado alrededor de dos fuegos en los que se asaban los mariscos de la manera descrita.

Que este mestizaje se produjo en tiempos ya bastante remotos, lo podemos ver en los cráneos. Entre los que hemos sacado en la costa ya no habían cráneos típicamente gruesos como los que encontramos en El Molle, pero siempre tenían un grosor sobrenormal. La forma se acerca a la subdolicocefalía. Lógicamente, a este respecto, no podemos llegar a conclusiones más precisas sin antes haber visto un mayor número de cráneos de estos lugares.

La diferencia en la sepultación con la de El Molle se explica por la falta de tierras profundas en las partes rocosas de la costa donde ellos vivían; de ahí que aceptaron la costumbre de los pescadores de enterrar sus muertos en los conchales antiguos que han formado grandes planicies de tierra y conchas. También aceptaron la manera de señalar sus sepulturas con grandes piedras plantadas. No sabemos si en la costa los indios de El Molle aprendieron el uso del arco y las flechas de los indios pescadores, porque en El Molle no he-

mos encontrado esas armas ni tampoco en las pocas sepulturas que hemos hallado hasta ahora en la costa, pero es probable.

*Dos cráneos bien conservados*

A fines de 1950 aparecieron dos osamentas de individuos pertenecientes, al parecer, a la tribu de El Molle, en un arenal frente a la playa de La Herradura (Bahía de Guayacán frente a Coquimbo). Fueron descubiertas al abrir un camino al balneario y pude intervenir en la excavación, quedando en poder del Museo los dos cráneos y un cántaro negro finamente pulido que corresponde por su forma al tipo 2 de nuestra clasificación presentada al comienzo del capítulo I.

Las medidas de este cántaro son:

| | | |
|---|---|---|
| Altura | 17 | cm. |
| Boca | 9 | " |
| Mayor diámetro | 13 | " |
| Base | 5,5 | " |

(Numeración en el Museo: 2331).

Los cráneos como también el cántaro están perfectamente bien conservados debido a que estaban sepultados en la arena.

Los dos cráneos tienen las siguientes medidas cefálicas:

*Cráneo Nº* 2329

| | | |
|---|---|---|
| Largo | 17,5 | cm. |
| Transversal | 13 | " |
| Indice cefálico | 74 | " |

*Cráneo Nº* 2330

| | | |
|---|---|---|
| Largo | 17 | cm. |
| Transversal | 13,5 | " |
| Indice cefálico | 79 | " |

El índice de ambos corresponde a un tipo metacéfalo acercándose al dolicocéfalo; igual podemos decir de los cráneos encontrados en los otros puntos de la costa que hemos mencionado anteriormente.

Cuando hicimos las excavaciones en El Molle, no pudimos determinar exactamente el tipo craneal porque no nos fué posible sacar un cráneo completo, y si dijimos entonces que nos parecía que eran del tipo braquicéfalo no teníamos más apoyo que la aparente impresión que recibimos al verlos dentro de la sepultura, pero es admisible que la población originaria de los indios de El Molle, que en esa localidad parecen representar un núcleo muy antiguo, haya sido del tipo braquicéfalo, habiéndose mezclado en la costa con los pescadores primitivos que, según mis experiencias, eran dolicocéfalos y de ahí se ha producido una metacefalía. Igual cosa ha pasado con el grosor de los cráneos que en El Molle fué extraordinario, pero en varias localidades donde se han encontrado los restos de esa cultura, posteriormente, ya no tiene ese espesor, sino uno intermedio entre el normal y el muy grueso.

En estos dos cráneos que ilustramos en la Lám. IV, llama la atención el enorme desgaste de su dentadura. Por lo general, los habitantes prehistóricos de la costa, como los diaguitas-chilenos, que vivieron cerca de la desembocadura del río Coquimbo, se alimentaban de los productos de mar: pescado, mariscos, algas, etc., especies que constituyeron su principal alimento; su dentadura corresponde también a una alimentación mixta y no hemos encontrado nunca entre sus restos dentadura con un desgaste como lo demuestran esos dos cráneos de la cultura de El Molle.

En mis investigaciones sobre la prehistoria de esta región, he llegado a la conclusión de que los indios que formaron la Cultura de El Molle estuvieron antes que los diaguitas-chilenos en este territorio, pueblo éste que probablemente ha llegado del otro lado de la cordillera. Los indios de El Molle, que tenían una cultura más primitiva, posiblemente sucumbieron ante la invasión de los diaguitas-chilenos y fueron subyugados o exterminada su población masculina y hecho presas las mujeres, como era costumbre en esos tiempos.

Las mujeres tuvieron que servir a sus nuevos amos como esclavas.

Es entonces muy probable que los dos cráneos que nos preocupan, pertenecieron a dos servidoras o esclavas de los amos de esta costa, los diaguitas-chilenos, y considerando su dentadura podemos deducir o sospechar con fundamento que se trata de dos mujeres que estaban por entero dedicadas a la confección de la "chicha" de maíz.

Se sabe que casi todos los indios americanos preparaban una bebida fermentada para sus fiestas, que se hacía de bayas o frutas, pero los pueblos que tuvieron a su alcance el maíz, la fabricaron preferentemente de este grano, el cual pudieron obtenerlo todo el año. Para la fabricación de la chicha, el maíz fué masticado, generalmente por mujeres, y depositado el producto de la masticación en un tiesto de greda, donde se dejaba fermentar (aun hoy día se conserva este método entre algunos pueblos de América).

El maíz fué cultivado por los diaguitas-chilenos y quizás también por los Molles en el interior de los valles y probablemente también en las amplias terrazas de ambos lados del río Coquimbo, cerca de su desembocadura en el mar.

Sólo este continuo trabajo de la masticación de un grano duro como el maíz, pudo haber originado el desgaste tan extraordinario de la dentadura que muestran los dos cráneos de nuestra referencia.

El cráneo 2329 demuestra que su poseedora llegó a una edad respetable; las suturas craneanas están virtualmente soldadas y a pesar de esto conserva su dentadura completa. El esmalte en los planos de fricción ha desaparecido por completo.

No existen caries propiamente dichas, pero en el centro del primer molar mayor izquierdo, inferior, del cráneo 2329, se ha formado una cavidad limpia de unos 2 mm. de profundidad que abarca exactamente la superficie de la pulpa de esta muela (¿causa del desgaste?); lo mismo sucede con los dos primeros molares mayores, superiores, del cráneo 2330.

El cráneo 2330 es de una mujer relativamente más joven, es decir, si la primera puede haber tenido 90 a 100 años, ésta representaría unos 20 años menos. También su dentadura es-

tá gastada del mismo modo. Le faltan 4 dientes delanteros, superiores, que los debe haber perdido en un accidente muchos años antes de su muerte, porque los dientes correspondientes, inferiores, que no tuvieron contraparte, han conservado su tamaño normal y también su esmalte en las partes de fricción.

Las osamentas correspondientes a los dos cráneos descritas se encontraron a un metro de profundidad y a unos tres metros de distancia una de otra.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

# CAPITULO III

## CEMENTERIO DE LA CULTURA DE EL MOLLE EN HURTADO

Al principio del año 1954 ingresó a las colecciones del Museo Arqueológico de La Serena una partida de material arqueológico procedente de un cementerio de la Cultura de El Molle, que fué descubierto cerca del pueblo de Hurtado situado en el valle del mismo nombre, en la provincia de Coquimbo.

Este material arqueológico demuestra una evolución sorprendente, comparado con el que exhumó el autor de estas líneas, el año 1938, cerca de la población de El Molle, en el valle de Elqui.

El descubrimiento del nuevo cementerio se hizo en una pequeña localidad, a poca distancia de Hurtado, llamada Turquía. Un vecino, don Valentín Angel, efectuando excavaciones de utilidad casera, encontró esqueletos humanos y luego artefactos indígenas, tembetás, objetos de metal y tiestos de barro cocido.

Por suerte tuvo conocimiento de estos hallazgos don Jorge Iribarren Ch., quien se dedica hace tiempo a estudios arqueológicos y que vivía cerca del lugar del descubrimiento, quien se hizo presente en las excavaciones y junto con un notable aficionado a la arqueología, don Mario Rivero, quien entonces ocupaba un puesto de sanidad en Hurtado, se dieron a la tarea de excavar ese cementerio.

Es evidente que los objetos arqueológicos procedentes del cementerio de Hurtado pertenecen a una etapa cultural más avanzada de ese pueblo, cuyos cementerios encontramos en

1938 en El Molle y sus alrededores. En esos cementerios de El Molle, la alfarería era aún escasa y constaba principalmente de vasos o cántaros sin asa, de fondo plano, algunos finamente pulidos, de color gris pardo, rojo o negro, pero sólo dos de estos tenían un principio de decoración y de formas que representaban estilizaciones zoomorfas; en cambio en el cementerio de Hurtado, que abarca sólo un reducido espacio, comparado con los de El Molle, se han encontrado mucho más piezas de alfarería, que en los 6 cementerios de El Molle, y esta alfarería de Hurtado va enriquecida de nuevas formas y de una decoración, ya incisa o grabada o pintada en los colores rojo y blanco.

Este gran progreso también se manifiesta en sus trabajos metalúrgicos que se encontraron en el ajuar funerario de Hurtado y que consta de variados trabajos en cobre que también encontramos en El Molle, pero además se encontró una serie de placas de oro, de plata y de una combinación de metales, que aun no se ha examinado, que son completamente extraño en los objetos culturales conocidos hasta ahora de esa cultura. Una de las placas de oro, que son circulares y muy delgadas, lleva una decoración hecha por la técnica del pujado, que representa a 7 ofidios y algunas decoraciones geométricas.

En la cerámica aparece en el nuevo material una decoración incisa o grabada y en otros vasos una decoración pintada en los colores rojo y blanco hecha ya con una seguridad y técnica, que hace pensar que esa evolución ha tenido un desarrollo bastante largo. La decoración incisa consta de motivos sencillos aplicados con mucha prolijidad y tiñendo en algunos tiestos, los zurcos o el fondo de la grabación de color blanco, haciendo así resaltar mejor el dibujo sobre el fondo negro pulido del vaso, que tiene forma de un florero moderno.

La decoración pintada se sirve principalmente de motivos escalonados pintados rojo sobre fondo blanco. En ambas decoraciones la incisa y la pintada, aparece un dibujo curioso, que asemeja una estilización zoomorfa, combinada con un dibujo escalonado, muy original.

En resumen —con los nuevos hallazgos, nuestros conoci-

mientos de la Cultura de El Molle han aumentado enormemente. Conocemos una etapa primitiva de este pueblo, cuyas huellas encontramos en la costa, en los cementerios de Los Infieles, Quebrada Honda y más al norte, en los cuales aparece únicamente la tembetá corta discoidal, la cachimba de 2 brazos, una tosca alfarería de uso doméstico para poner al fuego, collares de concha y simples artefactos de cobre como adornos.

Luego conocemos una etapa de esta cultura cuyo típico asiento era en el interior del valle de Elqui. El Molle probablemente también en otras partes, con su gran variedad de tembetás y cachimbas, una alfarería ya de dos tipos, doméstica y finamente pulida, collares de discos finitos, mayor abundancia de artefactos de cobre y con sus característicos emplazamientos en sus sepulturas, hechas de piedras de río, blancas y algunas de color rojo, que demostraron en sus sepulturas un verdadero culto a la piedra del río. No faltaron adornos de conchaperla y cuentas de carbonato de cobre, etc.

En el nuevo cementerio descubierto en Hurtado y cuyos ajuares funerarios hemos hecho pasar una revista preliminar, se demuestra un progreso cultural que casi no se puede justificar con sólo un autodesarrollo, sino que se debe probablemente a una influencia extraña de culturas vecinas y esas influencias extrañas deben haber perseverado durante un buen espacio de tiempo para que fueran involucradas en las costumbres y actividades de ese pueblo y deben haber dejado sus marcas en diferentes partes donde ha vivido ese pueblo, por lo que creemos, que muchos de sus cementerios aun no se han descubierto y que probablemente se encuentran en territorios andinos o precordilleranos como el pueblo de Hurtado, que se encuentra a más de 1.000 metros de altura, sobre el nivel del mar.

En las formas mismas de la cerámica hay grandes novedades dentro del material traído de Hurtado. Cántaros que tienen a primera vista un parecido con huacos peruanos llaman la atención. Estos cántaros son formados por un depósito tronco-cónico que en su parte superior lleva una asa-puente, hueco, del que salen dos golletes, uno con boca abierta y el otro cerra-

do, pero con agujeritos a manera de colador. Dos de estos cántaros son de color negro pulido, un tercero es de fondo blanco crema con una decoración pintada en color rojo que parece una estilización zoomorfa, traducido en un dibujo escalonado.

Otro cantarito muy original y hermoso es formado de un pequeño depósito tronco-cónico de formas nuevas; vale citar uno que representa una figura antropomorfa, el cántaro es entero de color rojo y es la primera estilización antropomorfa que conocemos en esta cultura.

Entre los objetos hallados en Hurtado, naturalmente no falta la tembetá, el típico adorno labial de los indios de esta cultura. Se han encontrado 10 ejemplares de diversas formas y piedras semifinas, entre ellas las típicas tembetás de El Molle de forma larga delgada que sobresalían del labio inferior de 5 a 7 centímetros.

No se han encontrado cachimbas de piedra, que también son típicos distintivos de la cultura de El Molle. No es de creer, que la costumbre de fumar que indica la presencia de cachimbas en el ajuar funerario de esta cultura haya sido abandonada, pero puede ser que en la búsqueda no hayan sido encontradas, ya que en El Molle, las cachimbas siempre se encontraban distante del demás ajuar, o puede ser también, que las hayan hecho en esa localidad de otro material, como de madera, por falta de piedras adecuadas o simplemente para facilitar su hechura.

En otros puntos como en Huanta, situado en un afluente del Río Elqui o Coquimbo, a más de 1.000 metros de altura sobre el nivel del mar y en Alcohuaz, muy arriba en el valle de Elqui, también a más de 1.000 metros de altura, se han encontrado objetos arqueológicos parecidos a los encontrados en Hurtado, pero, en pequeños yacimientos aislados. Puede ser que con el tiempo se encuentren los cementerios.

Como ya hemos dicho esta etapa de esta cultura se diferencia bastante de la anterior, encontrada cerca de El Molle. Median entre una y otra, seguramente cientos de años, por lo que he creído justificado llamar esta etapa MOLLE II para diferenciarla de la etapa anterior.

# CAPITULO IV

## LA CULTURA DE EL MOLLE EN EL VALLE DEL HUASCO Y EN CHALINGA

Teníamos fundadas sospechas que la Cultura de El Molle ha existido también en otros valles y no sólo en el de Elqui, porque años atrás conseguimos una pipa o cachimba, tipo Molle, en Vallenar, procedente del interior del valle del Huasco. Tembetás había conseguido en Copiapó, que según el informante procedían de un cementerio indígena, que llamaban de los "Chanchoquíes". Otras tembetás conseguimos en Combarbalá, mucho más al sur.

Al principio del presente año (1955) por fin, tuvimos una confirmación efectiva de nuestra sospecha o suposición, es decir, de la existencia de la Cultura de El Molle en el valle del Huasco y en el Sur, en el Río Chalinga, afluente del Choapa.

El ingeniero del Departamento de Riego (Santiago), don Hans Niemeyer (socio de la Sociedad Arqueológica de La Serena), durante sus múltiples comisiones profesionales había descubierto cementerios de la Cultura de El Molle en el valle del Huasco y en Chalinga.

El señor Niemeyer puso los datos precisos de estos cementerios a disposición del Museo Arqueológico de La Serena y no sólo los datos sino también comprobantes de material arqueológico que obtuvo en excavaciones preliminares.

Las excavaciones organizadas por el Museo a raíz de estos datos fueron a cargo de don Jorge Iribarren Charlín —ahora arqueólogo del Museo de La Serena— y en ellas tomó parte

el señor Niemeyer y cooperó también la Sociedad Arqueológica de La Serena.

*VALLE DEL HUASCO*

A 25 kilómetros de Vallenar hacia el interior del valle, en la hacienda La Higuera, donde el señor Niemeyer cumplía una faena profesional, encontró varios túmulos y otros más al interior, cerca de la Quebrada de Pinte.

Los túmulos son sepulturas indígenas —montones de piedra y tierra que cubren las sepulturas, formando montículos de forma tronco-cónica de variadas dimensiones. En su centro tienen generalmente una conformación más sólida de piedras formando un cuadro que rodea las sepulturas, que se encuentran a diversas profundidades bajo el suelo. En el valle del Huasco parece que las dimensiones de estos túmulos no eran de mayor altura que uno a dos metros, por un diámetro que llegaba en un caso a 32 metros.

En el valle Central ha sido muy frecuente esta clase de sepulturas entre la población prehistórica y también en Coquimbo existían en muchas partes, pero, hoy en día casi no se encuentran porque han sucumbido a la curiosidad de mineros y buscadores de entierros, que no desesperan de encontrar tesoros.

En el valle del Huasco parece que esta clase de sepulturas-túmulos eran los enterratorios de la cultura de El Molle, pues así lo demuestran los cementerios en la hacienda La Higuera y en Pinte en los cuales se encontraron los restos de esta cultura.

Los objetos arqueológicos encontrados en los mencionados túmulos de Higuera y de Pinte, constan de pipas o cachimbas de piedra blanca, como la descrita e ilustrada en el Cap. I. Tembetás de diferentes tipos, cortos y largos y de variados materiales, entre ellos uno de forma larga de color amarillo azufre, que encontró en Pinte el señor Niemeyer; objetos de cobre, entre ellos algunos extraordinarios, como una pinza depilatoria de grandes dimensiones y de una forma rara, que no habíamos visto antes, una aguja de cobre, también por pri-

mera vez en esta cultura y un adorno de cobre plano, que se parece a un ave estilizada con las alas abiertas; la alfarería parece que no alcanzó la perfección como en El Molle ni menos como en Hurtado—, dentro de las formas tipológicas de esta cultura, es sin embargo, más rústica y relativamente escasa.

Un hallazgo interesante constituyen los collares, que principalmente fueron encontrados en Pinte. Collares similares al que yo había exhumado en el cementerio N° 6 del Molle. Constan de discos finitos de una masa calcárea, finamente redondeados y perforados en su centro, para ensartarlos en un hilo. En Quebrada de Pinte se encontraron varios collares, que en su totalidad tienen más de 4.000 de estos disquitos que tienen un grosor de medio a un milímetro por un diámetro de dos a cuatro mm. Están tan bien trabajados estos disquitos, que ensartados parecen de una sola pieza. ¡Qué enorme trabajo! ¡Y qué paciencia para hacer estos adornos!

El material que ha servido para fabricar estos collares parece que han sido valvas marinas porque algunos disquitos tienen a un lado una capa de conchaperla. ¿Cómo habrán cortado esos discos?

El Dr. Julius Spinner, residente en La Cruz, persona que posee grandes conocimientos en arqueología, me dice en una correspondencia con respecto a esos collares, sobre los cuales había consultado su opinión, que Karl von den Steinen en su obra "Entre los naturales del Brasil Central", (1897), dice:

"Entre los Bakairi fabricaban con mucho esfuerzo hermosos collares, verdaderos trofeos del trabajo manual, que entre las otras tribus eran muy apreciados y que en 1884 también los encontró entre los Suyá. Una clase de estos collares constaba de pequeños discos o perlas planas de un milímetro de grosor por 3 a 5 mm. de diámetro. Los disquitos son muy regulares y perfectamente redondos, de un color blanco mate con un brillo azulejo. Fueron cortados de las valvas "piú" (Orthalicus melanostomus) con los dientes y perforados. Los diminutos disquitos fueron desgastados y alisados después de tal manera que ensartados en un hilo parecen una movible serpiente. Estas cadenitas o collares fueron intercaladas con discos del mismo porte cortados del fruto de la palmera Tu-

cum. La perfecta regularidad entre los discos la consiguen desgastándolos entre dos fragmentos de alfarería y no sobre piedra. Los Bakairi son llamados "Los señores de las cadenas de concha".

En uno de los collares de Pinte se han alternado los discos calcáreos, cada cierto trecho, por discos o pedacitos de malaquita. El hecho, que hemos encontrado esos collares también en sepulturas de la cultura diaguita-chilena, pero relativamente en menor cantidad, deja abierto el interrogante, si estos collares eran objetos de comercio entre los indios o, si fueron fabricados por los mismos indios, en este caso probablemente por los del Molle.

Otro interesante hallazgo en los túmulos del Huasco fueron tres puntas de flechas de piedra. Una de ellas fué encontrado con el ajuar del indio, y las otras dos estaban dentro del material que formaba el túmulo. Anteriormente no se habían encontrado esas puntas de proyectiles en los yacimientos de esta cultura, pero este hallazgo indicaría posiblemente que los Molles adoptaron, al menos en ese valle, el uso del arco. Las puntas son de pedernal, una de ellas tiene pedúnculo y son de factura bastante tosca.

Las excavaciones en el valle del Huasco mostraron también la presencia de la Cultura Diaguita-Chilena en ese valle, recogiéndose numerosos fragmentos de su alfarería, de la fase arcaica, cerca de los túmulos y aun mezclado en las capas superficiales de ellos. Entre estos fragmentos he podido reconocer un gran pedazo de una fuente globular enlucida de color negro por dentro, descubrimiento interesante, porque esta clase de alfarería pertenece a la etapa más antigua de la alfarería arcaica diaguita. Habíamos encontrado una fuente similar en el cementerio de la Quebrada de Las Animas, otra parecida encontró después el Dr. Carlos Toro en S. Carlos (Elqui) y un fragmento de la misma clase encontró últimamente el señor Iribarren, cerca de Los Choros, en la costa.

El Museo espera poder extender y ampliar las excavaciones en el valle del Huasco, excavaciones que pueden aportar aún mayores conocimientos sobre la interesante cultura de El Molle.

Hace poco nos llegó un informe de nuestro colaborador del Museo señor Hans Niemeyer, en que nos avisa que ha descubierto un cementerio indígena de esta cultura en Chalinga, afluente del Río Choapa, remitiéndonos de este nuevo yacimiento arqueológico dos cantaritos completamente quebrados que se encontraron, junto con una tembetá blanca de forma discoidal en un potrero de "Arboleda Grande" al hacer una acequia.

A poca profundidad, unos cuarenta a sesenta centímetros bajo el suelo aparecieron dos esqueletos, a una distancia de 4 metros uno de otro, que tenían a su lado los objetos nombrados como ajuar funerario.

Los cantaritos los describe así el señor Niemeyer (al escribir estas líneas aun no habían llegado al Museo):

1º Cantarito pequeño de altura apreciada en 15 cm. en forma cilíndrica, alfarería delgada (4 mm.), con superficie áspera, apenas suavizada. Borde recto, ligeramente expandido, fondo plano y asa pequeña en forma de arco, con sección plana regular.

2º Cántaro pequeño, alfarería corriente de pared de 6 mm. de grosor, con superficie áspera, apenas suavizada. Borde recto con pequeña insinuación de cintura bajo él. Fondo convexo. Lleva dos mamelones cónicos, horizontales bajo el borde y próximo a la cintura.

El tembetá que acompañaba estos cantaritos pertenece al tipo 4 en la ilustración de las tembetás en el Cap. I.

En el Cap. 1º "Alfarería Grabada", me he referido a 4 cantaritos que don Ricardo E. Latcham ilustra en su libro "Alfarería Indígena Chilena" como alfarería diaguita. Su procedencia es S. Agustín sobre el Río Chalinga, afluente del Choapa. Como ya he mencionado en el referido párrafo, es probable que estos tiestos pertenecen a la Cultura de El Molle, con lo que se confirma ahora la existencia de esta cultura en el valle de ese río y probable también en el del Choapa

y posiblemente ya en su fase más desarrollada como lo demuestran los 4 cantaritos.

Con lo dicho podemos dar por probado que la Cultura de El Molle se ha extendido por lo menos —en el norte hasta el valle del Huasco y por el sur hasta el Choapa—, pero no creemos que estos eran los verdaderos límites, ya que tembetás, que eran los verdaderos precursores en los descubrimientos, se han encontrado en San Pedro de Atacama (sin tomar en cuenta los pretendidos hallazgos en Iquique) por el norte, y por el sur, hasta Cartagena donde encontró tembetás el Dr. Schädel, sin tomar en cuenta otros hallazgos en Chile Central.

Creo no equivocarme al decir, que hasta la fecha (1955) recién tenemos descubierto una parte de esta interesante cultura, que llamamos de "El Molle" y acaso la menor.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

# APENDICE

*Radio Carbón* 14.— Era lógico el deseo de tratar de obtener por este notable invento del Profesor Libby, de la Universidad de Chicago un dato cronológico sobre esta cultura y poniéndonos de acuerdo con el Prof. Libby, el Museo Arqueológico de La Serena le envió 1.5 kilos de huesos procedentes de las excavaciones de El Molle cifrando en este envío la esperanza de levantar un poco el velo sobre la cronología de estos pueblos; desgraciadamente la contestación del Prof. Libby desvaneció esas esperanzas, porque dice, que los huesos remitidos no contienen carbón, o sólo en tan ínfima cantidad que no sirven para el ensayo.

Después de las últimas excavaciones por el señor Iribarren en los túmulos del valle del Huasco, volvimos a mandar restos de madera (probablemente de algarrobo) que se habían conservado en uno de los túmulos del fundo La Higuera, pero no tuvimos mejor suerte con este nuevo envío, porque fué devuelto con una atenta carta de la Universidad, anunciándonos que la oficina del Radio Carbón 14 del Prof. Libby había sido clausurada por tiempo indefinido, porque el Prof. Libby había sido llamado a colaborar en la gran Institución Atómica del Estado.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA CHILENA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

# INDICE

*Nota del Editor* ..... 7

*Prólogo del Autor* ..... 9

LIBRO PRIMERO

LA CULTURA DIAGUITA CHILENA

Capítulo I. Prehistoria del territorio diaguita chileno 13

Capítulo II. Diaguitas argentinos y diaguitas chilenos 38

Capítulo III. Manufacturas del norte y del sur ..... 47

Capítulo IV. Primera exploración arqueológica del litoral de Atacama ..... 50

Capítulo V. Segunda exploración arqueológica del litoral de Atacama ..... 59

Capítulo VI. Los diversos cementerios indígenas ..... 65

Capítulo VII. La alfarería diaguita chilena ..... 111

Capítulo VIII. La metalurgia diaguita chilena ..... 134

Capítulo IX. Objetos de hueso ..... 143

Capítulo X. Objetos líticos ..... 151

Capítulo XI. Collares y adornos ..... 159

Capítulo XII. Instrumentos musicales ..... 160

Capítulo XIII. Algunas prácticas y costumbres ..... 162

Capítulo XIV. Petroglifos de Coquimbo y Atacama ..... 166

Capítulo XV. Piedras tacitas ..... 171

Bibliografía para el Libro Primero ..... 174

LIBRO SEGUNDO

LA CULTURA DE EL MOLLE

Capítulo I. Preliminares ..... 177

Capítulo II. La cultura de el Molle, o subtribu de ella, en la costa ..... 204

Capítulo III. Cementerio de la cultura de el Molle en Hurtado ..... 213

Capítulo IV. La cultura de el Molle en los valles del Huasco y del Chalinga ..... 217

*Apéndice* ..... 223

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CULTURA DIAGUITA CHILENA

por *F. L. Cornely*

se terminó de imprimir bajo el sello de Editorial Del Pacífico S. A., el 11 de Mayo de 1956, en las prensas de la misma Editorial, San Francisco 116 Santiago de Chile.

COLECCION

C O N O C I M I E N T O

*(Algunos títulos de la Colección)*

Filosofía del Trabajo
por *Frank Tannenbaun*

El sentido existencial de la Política
por *Ismael Bustos*

El problema comunista
por *Jaime Castillo*
(Premio Municipal de Ensayo
1956)

A Través del marxismo
por *Julio Silva*

De Lenin a Malenkov
por *Julián Gorkin*

Indonesia
por *Tibor Mende*

Pakistán
por *Tibor Mende*

Birmania
por *Tibor Mende*

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.
Ahumada 57 — Casilla 3126
Santiago de Chile